MARC LEVY
El autor francés más vendido del mundo. Más de 45 millones de ejemplares
Una chica como ella

En la Quinta Avenida de Nueva York podemos encontrar un pequeño edificio que no es realmente como los demás… Sus habitantes están muy encariñados con su ascensorista, Deepak, que se ocupa de hacer funcionar un antiguo y venerable ascensor mecánico. Pero la feliz vida de esta comunidad se ve alterada cuando el ascensorista del turno de noche tiene un accidente que hará que llegue Sanji, el misterioso sobrino de Deepak, para sustituirle. Nadie se puede imaginar que quien ahora viste el uniforme de ascensorista sea la cabeza de una inmensa fortuna en Bombay… y menos Chloé, que vive en el último piso.

Entra en el número 12 de la Quinta Avenida, atraviesa el hall, sube a bordo del ascensor y pídele al ascensorista que os lleve a…

…la comedia neoyorquina más deliciosa.

Marc Levy

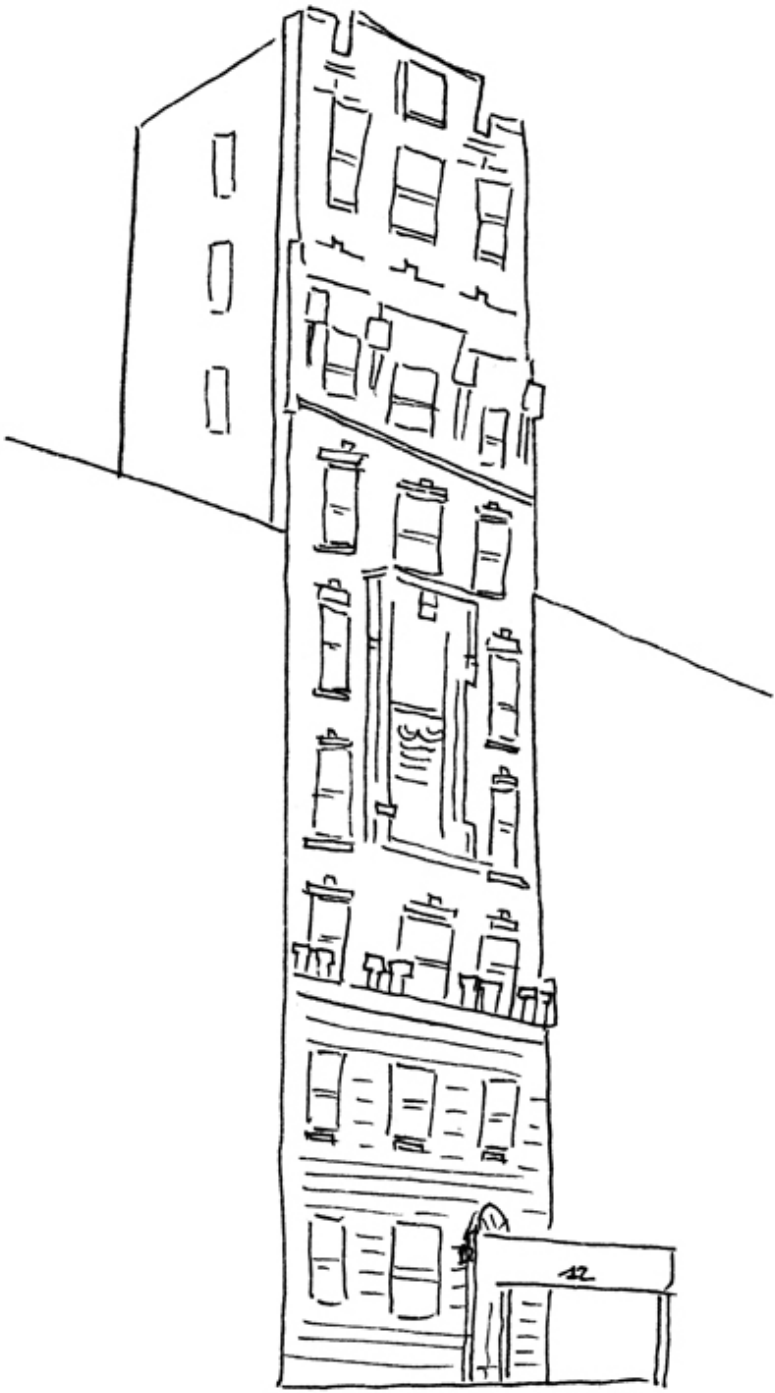
Una chica como ella

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2021

Título original: *Une fille comme elle*
Marc Levy, 2018
Traducción: Isabel González-Gallarza, 2020
Ilustraciones: Pauline Lévêque
Retoque de cubierta: Eibisi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A ti, mi cómplice desde hace tanto tiempo.
A mis hijos, que siempre me maravillan


12

Mi diario día a día

El día en que se me paró el reloj

Primero fue un olor como a fuegos artificiales, y luego la negrura que envuelve el cielo nocturno cuando se apaga el castillo final.

Recuerdo haber entreabierto los párpados y visto los ojos de mi padre, donde la rabia se mezclaba con las lágrimas. Y a mis padres juntos, uno al lado del otro: una escena tan inverosímil que pensé que la morfina me la estaba jugando.

La enfermera me tomaba la tensión. Algunas noches al dormirme vuelvo a ver su rostro. Me han dicho que tengo una sonrisa bonita, mis amigos decían que me da encanto; la de Maggie no tiene ni punto de comparación. Los que se la cruzan fuera del hospital solo ven a una mujer de formas generosas, pero los que la conocen saben que ese cuerpo alberga un corazón en proporción, y que no me digan nunca más que solo la delgadez es hermosa.

Julius estaba apoyado en la puerta, la gravedad de su mirada me asustó; él se dio cuenta y sus facciones se suavizaron. Me habría gustado hacer alguna broma, encontrar la palabra adecuada para relajarlos a todos. Podría haberles preguntado, por ejemplo, si había ganado la carrera, estoy segura de que papá se habría reído, bueno, igual no. Pero de mi boca no salía sonido alguno —ahí ya sí que me asusté de verdad —. Maggie me tranquilizó: tenía un tubo en la garganta, sobre todo no debía tratar de hablar, ni tragar saliva siquiera. Ahora que había recuperado el conocimiento, me lo quitarían. Ya no tenía ninguna gana de hacer reír a mi padre.

Chloé

*

1

Al final de la tarde, cuando empieza su hora punta, Deepak ya ha hecho tres viajes. Ida y vuelta a la séptima planta para subir al señor Williams, comentarista del canal Fox News; otro para bajar al señor Groomlat, el contable que ocupa un despacho en la primera planta; y otro hacia la sexta, con el golden retriever de los Clerc, una pareja de franceses. Su ama de llaves recogerá al perro en el rellano y le dará a Deepak un billete de diez dólares, que este le entregará acto seguido al paseador de perros, que espera en el vestíbulo.

Deepak consulta su reloj. La señora Collins no tardará en llamarlo. La viuda se empeña en cerrar la puerta de su casa con tres vueltas de llave, como si alguien pudiera entrar en el edificio sin que él lo vea. Pero las manías de los vecinos del número 12 de la Quinta Avenida forman parte de su vida diaria; más aún, la constituyen.

Después de ayudar a la señora Collins a sacar la llave de la cerradura, la acompaña hasta la planta baja antes de subir rápidamente a la primera. La señorita Chloé lo espera delante de la reja y lo saluda sonriendo, debe de haber nacido con una sonrisa en los labios. Al entrar en el ascensor le pregunta cómo ha ido el día, a lo que él responde:

—Con sus altibajos, señorita.

Dejar la cabina exactamente al mismo nivel que los rellanos es todo un arte. Deepak lo hace con los ojos cerrados, pero cuando acompaña a la señorita Chloé desde su despacho en la primera planta hasta el apartamento que ocupa en la octava, pone una atención especial.

—¿La señorita saldrá esta noche? —le pregunta.

Una pregunta en nada indiscreta, solo se trata de advertir a su compañero del turno de noche por si la señorita Chloé necesitara sus servicios.

—No, ahora un baño caliente y me voy directa a la cama. ¿Está mi padre?

—Lo sabrá cuando entre en casa —le contesta.

Deepak tiene dos religiones, el hinduismo y la discreción. En los treinta y nueve años que lleva de ascensorista en este edificio elegante de la Quinta Avenida no ha revelado jamás el más mínimo dato sobre las idas y venidas de sus empleadores, y menos aún a los allegados de estos.

*

El número 12 de la Quinta Avenida es un edificio de piedra sillar de ocho plantas, con un apartamento por planta, salvo la primera, que alberga dos despachos. A razón de una media de cinco trayectos de ida y vuelta por planta y por día, a lo que hay que añadir la distancia que separa los rellanos, Deepak recorre 594 kilómetros al año. Desde el principio de su carrera, el total asciende a 22572. Deepak guarda como oro en paño una libretita en el bolsillo interior de la levita, donde lleva cuenta de sus viajes verticales, como hacen los aviadores con las horas de vuelo.

Dentro de un año, cinco meses y tres semanas, habrá recorrido 23 448 kilómetros, el equivalente exacto de tres mil veces la altura del Nanda Devi. Una hazaña y el sueño de toda una vida. Como todo el mundo sabe, la Diosa de la Alegría es la montaña más alta contenida por entero en territorio indio.

Completamente manual, el ascensor de Deepak es una antigüedad, de hecho, no quedan más que cincuenta y tres en toda Nueva York que se accionen mediante una palanca, pero para los vecinos de este edificio es el vestigio de todo un arte de vivir.

Deepak es depositario de un conocimiento en vías de extinción, y no sabe si eso lo entristece o lo enorgullece.

Todas las mañanas, a las 6:15, Deepak entra en el número 12 de la Quinta Avenida por la puerta de servicio. Baja la escalera que lleva al sótano y se dirige a su taquilla en el trastero. Cuelga sus pantalones demasiado grandes y sus jerséis descoloridos y se pone una camisa blanca, un pantalón de franela y una levita cuyo

plastrón bordado en oro luce con orgullo la dirección de su lugar de trabajo. Se alisa el fino cabello hacia atrás, se cubre la cabeza con una gorra y, tras una ojeada final al espejito que cuelga de la pared del cuarto, sube a tomar el relevo del señor Rivera.

Durante la media hora siguiente, saca brillo a la cabina, primero a la madera barnizada, con cera y una suave gamuza, y después a la palanca de cobre. Subir a bordo de su ascensor es hacer un breve viaje en un vagón del Orient Express, o, si se alzan los ojos para admirar el fresco de estilo renacentista que adorna el techo, subir al cielo en el féretro de un rey.

Un ascensor moderno les resultaría más económico a los propietarios. Pero ¿cómo cuantificar el valor de un «buenos días», de una escucha atenta? ¿Cómo valorar la paciencia de aquel que media con delicadeza en los conflictos de los vecinos, la importancia de aquel que ilumina sus mañanas con una palabra amable, les informa sobre el tiempo, les regala sus buenos deseos el día de su cumpleaños, vela por sus apartamentos cuando están de viaje, los tranquiliza con su presencia cuando vuelven solos para afrontar la noche? Ser ascensorista es mucho más que un oficio, es un sacerdocio.

Desde hace treinta y nueve años, las jornadas de Deepak son muy similares. Entre la hora punta de la mañana y el final de la tarde, se instala detrás de su mostrador de recepción, situado en el vestíbulo. Cuando se presenta algún visitante, cierra la puerta del edificio y lo conduce a bordo de su ascensor. Recoge también los paquetes, limpia dos veces al día el gran espejo de la entrada y las lunas de la puerta de hierro forjado. A las 18:15, cuando llega el señor Rivera para relevarlo, Deepak le confía su reino. Vuelve a bajar al sótano, cuelga la camisa blanca, el pantalón de franela y la levita, deja la gorra sobre el estante, vuelve a ponerse la ropa de calle, se alisa el cabello hacia atrás, echa una última ojeada al espejo y se arrastra hasta el metro.

Washington Square es una estación poco frecuentada, Deepak encuentra siempre un asiento, que le cede a la primera pasajera que entra en el vagón cuando el tren se llena en la calle 34. Cuando se vacía en la calle 42, Deepak vuelve a sentarse, abre el periódico y lee las noticias del mundo hasta la calle 116. Después recorre a pie los setecientos metros que lo separan de su casa. Hace ese trayecto

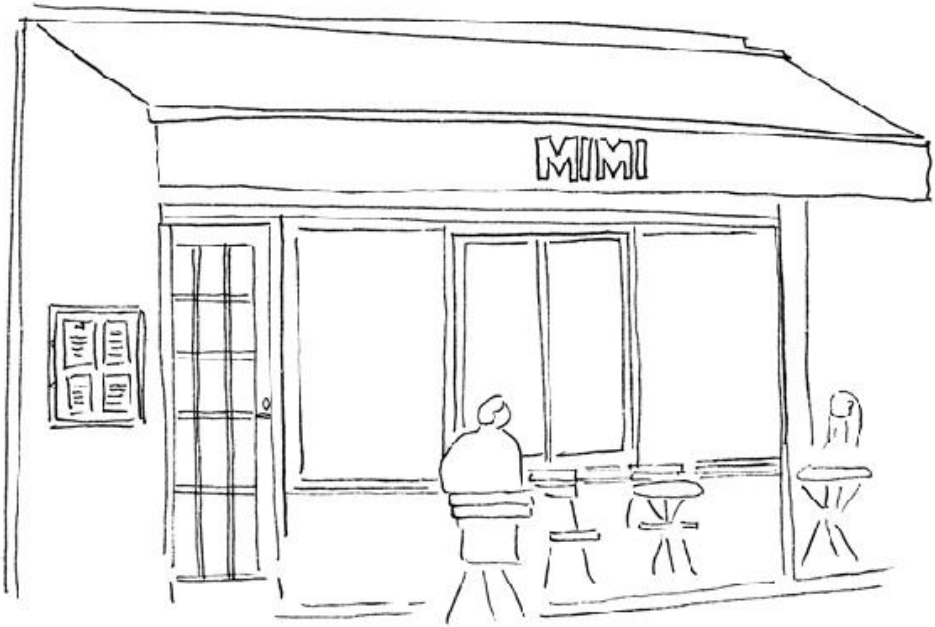
mañana y noche, tanto bajo el sol del verano como bajo la lluvia otoñal o las tormentas de nieve que azotan el cielo en invierno.

A las 19:30 se reúne con su esposa y cena con ella. Lali y Deepak solo se han saltado esta norma una vez en treinta y nueve años. Lali tenía entonces veintiséis, y Deepak, muy nervioso, le sostenía la mano en la ambulancia, mientras las contracciones se sucedían. El que debería haber sido el día más hermoso de sus vidas marcó un drama del que jamás volvieron a hablar.

Los jueves alternos, Lali y Deepak salen a cenar a un restaurantito de Spanish Harlem.

Deepak aprecia su vida rutinaria tanto como ama a su esposa. Pero esa noche, al sentarse a la mesa, esa rutina estaba a punto de llegar a su fin.

*


MIMI

2

El vuelo de Air India concluía sobre el asfalto del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. Sanji se levantó para coger su bolsa del compartimento de equipajes, se precipitó hacia la pasarela, encantado de ser el primero en salir del avión, y recorrió deprisa los pasillos. Llegó jadeante a la gran sala donde se alineaban las garitas del control de inmigración. Un agente poco afable le preguntó por los motivos de su visita a Nueva York. Sanji contestó que venía en viaje de estudios, y presentó la carta de invitación de su tía, que se declaraba garante de su solvencia. El agente no se tomó la molestia de leerla, pero levantó la cabeza para examinar a Sanji. Momento de incertidumbre en el que, por un simple delito de facciones, todo visitante extranjero puede ser conducido a una sala de interrogatorio antes de ser devuelto a su país de origen. El agente acabó por sellarle el pasaporte, garabateó la fecha de expiración de su derecho de estancia en territorio estadounidense y le ordenó que circulara.

Sanji recogió su maleta de la cinta, franqueó el control de aduanas y caminó hacia el punto de encuentro donde esperaban los conductores de limusina. Vio su nombre en el cartel que uno de ellos sostenía en la mano. Este tomó su maleta y lo llevó hasta el coche.

La Crown negra rodaba por la 495, escabulléndose entre el tráfico fluido del anochecer, el asiento era mullido, y Sanji, agotado por un largo viaje, sintió ganas de dormitar. Su conductor se lo impidió entablando conversación mientras las torres de Manhattan se dibujaban en el horizonte.

—¿Negocios o placer? —le preguntó.

—No son incompatibles —contestó Sanji.

—¿Túnel o puente?

El conductor le recordó que Manhattan es una isla, por lo que había que elegir por dónde llegar hasta ella, antes de asegurarle que la vista desde Queensboro Bridge valía la pena aunque exigiera dar un corto rodeo.

—¿Viene usted de la India?

—De Bombay —confirmó Sanji.

—Entonces igual termina como yo de conductor, es lo que hacen la mayoría de los indios que vienen aquí; primero los Yellow Cab, Uber los más listos, y, para un puñadito de elegidos, una limusina como esta.

Sanji miró el carné grapado a la guantera. Junto a la fotografía del conductor se leía su nombre, Marius Zobonya, y su número de licencia, 8451.

—¿No hay médicos, profesores o ingenieros polacos en Nueva York?

Marius se rascó la barbilla.

—No que yo sepa. Aunque, bueno, el fisio de mi mujer es eslovaco —reconoció.

—Es una gran noticia que me llena de esperanza, pues me horroriza conducir.

El conductor dejó el tema. Sanji se sacó el móvil del bolsillo para consultar sus mensajes. El programa de su estancia en Nueva York se anunciaba ajetreado. Era preferible que se librara cuanto antes de sus obligaciones familiares. La tradición exigía que le mostrara su gratitud a esa tía que tan amablemente le había dirigido una carta de recomendación, tanto más amablemente cuanto que no la conocía de nada.

—¿Estamos lejos de Harlem? —le preguntó al conductor.

—Harlem es grande, ¿este u oeste?

Sanji desdobló la carta y comprobó la dirección del remite.

—El 225 de la calle 118 Este.

—Estamos a unos quince minutos —contestó el conductor.

—Muy bien, pues vamos para allá primero y ya iremos al Plaza después.

La limusina recorrió el carril rápido que bordeaba el East River y el Harlem River hasta detenerse delante de un edificio de ladrillo rojo de los años setenta.

—¿Está seguro de que es aquí? —preguntó Marius.

—Sí, ¿por qué?

—Porque Spanish Harlem es el barrio puertorriqueño.

—Mi tía a lo mejor es una india de Puerto Rico —replicó Sanji con tono irónico.

—¿Quiere que lo espere?

—Sí, por favor, no tardaré mucho.

Por prudencia, sacó su equipaje del maletero y se dirigió al edificio.

*

Lali dejó la olla en la mesa, levantó la tapa y el aroma se extendió por el comedor. Al entrar en casa, a Deepak le sorprendió verla vestida con sari, cuando nunca se lo ponía, pero que le hubiera preparado su plato preferido lo sorprendió aún más, pues lo reservaba para las noches de fiesta. Quizá su esposa por fin se hubiera decidido a obrar con sentido común. ¿Por qué darse un festín solo en muy raras ocasiones? En cuanto le hubo servido, Deepak le comentó la actualidad del día, le gustaba hacerle un resumen detallado de lo que había leído en el metro. Lali lo escuchó distraída.

—Igual se me ha pasado comentarte que recibí una llamada de Bombay —dijo, volviendo a servirle.

—¿De Bombay? —repitió Deepak.

—Sí, de nuestro sobrino.

—¿Cuál de ellos? Tenemos por lo menos veinte sobrinos a los que no conocemos.

—El hijo de mi hermano.

—Ah —bostezó Deepak, que sentía que le iba entrando sueño—. ¿Está bien?

—Mi hermano murió hace veinte años.

—¡Me refiero a tu sobrino!

—Lo comprobarás tú mismo muy pronto.

Deepak dejó el tenedor.

—¿Qué quieres decir exactamente por «muy pronto»?

—La comunicación no era buena —contestó Lali en tono lacónico—. Me pareció comprender que quería pasar un tiempo en Nueva York y que necesitaba una familia que lo acogiera.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Deepak, desde que dejamos Bombay, me das tanto la tabarra con tus parrafadas sobre el esplendor de la India que a veces tengo la impresión de que ha quedado fija en el tiempo como una pintura rupestre. Y ahora que la India viene a ti, no irás a quejarte, ¿no?

—No es la India lo que viene a mí, sino tu sobrino. Y ¿qué sabes de él? ¿Es alguien como es debido? Si necesita que lo alojemos, es porque estará sin blanca.

—Como lo estábamos nosotros cuando llegamos aquí.

—Pero estábamos decididos a trabajar duro, no a ocupar la casa de unos desconocidos.

—Unas pocas semanas, tampoco es para tanto.

—¡A mi edad unas semanas pueden ser lo que me quede de vida!

—Eres grotesco cuando te pones melodramático. De todas maneras tú te pasas todo el día fuera de casa. A mí me hace mucha ilusión llevarle a conocer la ciudad, ¿no irás a privarme de ese placer?

—Y ¿dónde va a dormir?

Lali echó una ojeada al final del pasillo.

—¡De ninguna manera! —se indignó Deepak.

Dejó la servilleta, cruzó el salón y abrió la puerta de la habitación azul. La había pintado así tres decenios antes. Desmontar la cuna fabricada con sus propias manos había sido la experiencia más dolorosa de su vida. Desde entonces solo entraba allí una vez al año, se sentaba en la silla colocada junto a la ventana y rezaba en silencio.

Deepak se quedó sin respiración al ver la manera en que su mujer había transformado la habitación.

Lali llegó por detrás y lo abrazó.

—Un soplo de juventud no puede hacernos daño.

—¿Y cuándo se supone que llega ese sobrino? —preguntó Deepak, justo cuando sonaba el telefonillo.

*

Mientras esperaba a su invitado en el rellano, Lali se arregló un poco el sari y se pasó la mano por el cabello recogido en un moño y sujeto con una peineta de asta clara.

Sanji empujó la puerta del ascensor, vestía vaqueros, camisa blanca y una americana a medida, y calzaba unas deportivas

elegantes.

—No te imaginaba así —dijo Lali algo azorada—. Estás en tu casa.

—Lo dudo —masculló Deepak detrás de ella—. Voy a servirle un té a nuestro invitado de paso, mientras tú vas a cambiarte.

—No hagas caso a este viejo cascarrabias —intervino Lali—. Deepak se burla de mi atuendo, no sabía qué clase de hombre llamaría a nuestra puerta. Nuestra familia era muy conservadora.

—La India ha cambiado mucho. ¿Me esperabais?

—Claro que te esperaba. Cómo te pareces a él —suspiró Lali mirándolo—, tengo la impresión de volver a ver a ese hermano con el que llevo cuarenta años sin hablarme.

—No lo aburras con esas viejas historias, estará agotado —terció Deepak, acompañando a su invitado hacia el comedor.

Lali volvió después de cambiarse el sari por un pantalón y una blusa, y encontró a los dos hombres sentados a la mesa, intercambiando no sin esfuerzo unas pocas palabras de circunstancias. Le sirvió a su sobrino unos dulces, le preguntó si había tenido buen viaje y le contó todos los lugares a los que quería llevarlo. Lali se esforzaba por hablar por los dos, pues su marido no era muy locuaz. Sanji, que esperaba el momento adecuado para marcharse sin parecer descortés, ahogó un bostezo, lo que le dio a Deepak la ocasión de anunciar que ya era hora de que todos se fueran a descansar.

—Tu habitación está preparada —anunció Lali.

—¿Mi habitación? —se inquietó Sanji.

Lali cogió a su sobrino del brazo y lo llevó hasta el cuarto azul. Sanji lo miró, circunspecto.

Sobre un sofá cama tapizado de pana gruesa Lali había puesto unas sábanas naranja, dos almohadas de flores y una colcha de *pat chwork* hecha a mano. También había cogido la consola de la entrada para convertirla en un pequeño escritorio auxiliar sobre el que había colocado un jarrón de barro lleno de flores de papel.

—Espero que te guste la decoración, es una alegría para mí recibirte en nuestra casa.

Se acercó a correr las cortinas y le dio las buenas noches.

Sanji miró su reloj, eran las 19:15. Le aterraba la idea de sacrificar una *junior* suite en el Plaza, con vistas a Central Park, por

una habitación de seis metros cuadrados en Spanish Harlem, y buscó alguna estratagema para salir airoso del atolladero sin ofender a su tía. Cautivo de las buenas formas, llamó al conductor, con un nudo en la garganta, para avisarle de que ya no necesitaba sus servicios. Y, oyendo crujir el colchón bajo su peso, se puso a soñar con la cama *king size* en la que debería haber dormido esa noche.

*

En el número 12 de la Quinta Avenida, Chloé abría la puerta de su piso de doscientos cincuenta metros cuadrados. Dejó las llaves en el velador de la entrada y recorrió el pasillo. Con sus fotos en las paredes, ese pasillo era una auténtica galería de su vida. Le gustaban algunas, como la de su padre a los treinta años, con su abundante cabellera y su cara de Indiana Jones, que volvía locas a sus amigas del instituto; odiaba otras, como aquella de una entrega de medallas tras una carrera en San Francisco, en la que su madre posaba con cara de funeral la víspera del día en que había hecho las maletas, y sentía cierta nostalgia ante la del perro que había sido parte de la familia cuando sus padres y ella aún formaban una.

De la biblioteca se escapaba un rayo de luz. Entró en silencio y observó a su padre. Su cabellera seguía igual de abundante, pero ya no pelirroja sino cenicienta. Inclinado sobre su escritorio, el profesor Bronstein corregía evaluaciones.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó Chloé.

—Enseñar el keynesianismo a un grupo de alumnos granujientos es más satisfactorio de lo que parece. ¿Y qué tal tu audición? —preguntó sin levantar la mirada—, ¿concluyente?

—Lo sabré dentro de unos días, si me llaman para una segunda entrevista, a menos que reciba la sempiterna carta explicándome por qué no han considerado mi solicitud.

—¿Hoy no cenas con Schopenhauer?

Chloé miró a su padre y retrocedió hacia la puerta.

—¿Te tienta una cenita a solas con tu hija? Estaré lista en media hora —añadió antes de retirarse.

—¡Veinte minutos! —le gritó su padre.

—Eso es lo que se tarda en llenar la bañera. ¡El día que arregles las cañerías, podré cumplir con tus plazos! —Oyó su padre a lo

lejos.

El profesor Bronstein abrió un cajón, rebuscó entre sus papeles en busca de un viejo presupuesto y contempló afligido el importe exigido. Lo dejó en su sitio y volvió a enfrascarse en sus correcciones hasta que Chloé llamó a su puerta… mucho más tarde.

—He llamado al señor Rivera, date prisa.

El señor Bronstein se puso la chaqueta y se reunió con su hija en el rellano. La reja del ascensor ya estaba abierta, Chloé entró la primera en la cabina, seguida de su padre.

—Deepak me había dado a entender que no saldrían esta noche —se disculpó casi el ascensorista del turno de noche.

—Cambio de planes —contestó Chloé alegremente.

Rivera accionó la palanca y la cabina empezó a moverse.

Llegados a la planta baja, abrió la reja y se apartó para dejar pasar a Chloé.

Fuera, el cielo estaba azul noche y la temperatura era suave.

—Vamos enfrente, a Chez Claudette —sugirió el profesor.

—No podemos abusar indefinidamente de su generosidad, algún día tendremos que saldar nuestra cuenta.

—Indefinidamente no, pero un tiempo más sí, y te vas a alegrar, hoy he pagado al de la tienda de alimentación.

—Mejor vamos a Mimi, invito yo.

—¿Has ido a pedirle dinero a tu madre? —le preguntó su padre, preocupado.

—No exactamente, he ido a verla, se suponía que íbamos a pasar un rato juntas, pero estaba ocupada haciendo el equipaje. Su *gigoló* se la lleva a México, bueno, más bien ella se lo lleva a él. Entonces, para acallar su conciencia, se ha sacado unos billetes del bolso, sugiriéndome encarecidamente que fuera a comprarme ropa.

—Igual deberías haberle hecho caso.

—Lleve lo que lleve, nunca es de su gusto, mientras que tú y yo compartimos el de la cocina francesa —dijo ella, bajando por la avenida.

—¡No tan rápido, que yo no voy rodando! —protestó el señor Bronstein—. Y deja de llamar así a Rodrigo. Llevan viviendo juntos quince años.

—Ella le saca veinte y lo mantiene.

Bordearon Washington Square Park y bajaron por Sullivan

Street. El señor Bronstein entró en Mimi, donde los recibió una camarera anunciando en voz alta que su mesa estaba lista. Sin embargo, en el bar esperaba un buen puñado de clientes… Los habituales disfrutaban de cierto trato de favor. El profesor se instaló en el banco corrido y, mientras un camarero quitaba la silla de enfrente para dejar sitio a la silla de ruedas de Chloé, esta se acercó a una pareja que no dejaba de mirarlos.

—Es un modelo Karman S115, edición limitada. Se lo recomiendo, es muy cómodo y se pliega fácilmente —precisó antes de reunirse con su padre.

—Voy a pedir los ñoquis a la parisina, ¿y tú? —le preguntó él con aire crispado.

Chloé prefirió una sopa de cebolla y pidió dos copas de Pomerol.

—¿Quién le ha dado plantón a quién? —la interrogó el señor Bronstein.

—¿De qué estás hablando?

—Esta mañana me has dicho que volverías tarde, y te he oído rebuscar en el armario durante un buen rato.

—Iba a quedar con mis amigas, pero después de la audición estaba tan cansada que…

—¡Chloé, por favor!

—Julius está desbordado, así que me he adelantado.

—¡Llamarse Schopenhauer siendo profesor de filosofía exige el máximo rigor, supongo! —ironizó su padre.

—Papá, por favor, ¿te importa cambiar de tema?

—¿Qué es de esa señora de la que te ocupabas? Si mal no recuerdo, su pareja la trataba como a un jarrón chino. No hace mucho me explicabas que la conducta de ese hombre era la causa de su desgracia y, paradójicamente, la fuente de su felicidad.

—No fue eso lo que te dije, al menos no así. Sufre un tipo de síndrome de Estocolmo, se considera tan insignificante que se siente deudora de su amor.

—¿Le has sugerido que deje a ese hombre por uno más amable?

—Mi papel se limita a escuchar a mis pacientes y ayudarlos a tomar conciencia de lo que expresan.

—¿Al menos has encontrado la manera de resolver su problema?

—Sí, estoy trabajando en ello, enseñándole a ser más exigente, ha progresado mucho, pero si estás tratando de decirme algo, sé

más directo.

—Simplemente que no debes ser menos exigente que cualquier otra mujer.

—¿Esa es tu manera de cambiar de tema? Tú sufres el síndrome del padre celoso.

—Igual tienes razón, si hubiera podido consultarte antes de que me dejara tu madre…, pero solo tenías trece años —suspiró el profesor—. ¿Por qué te empeñas en ir de un proceso de selección a otro cuando eres brillante en lo que haces?

—Porque estoy empezando mi carrera de terapeuta, solo tengo tres pacientes y estamos en las últimas.

—No te corresponde a ti ocuparte de nuestras necesidades. Si todo va bien, pronto firmaré un ciclo de conferencias que nos sacará del bache.

—Pero que te alejará y te agotará, ya va siendo hora de que vuelva a ser autónoma.

—Deberíamos mudarnos. Este piso está por encima de nuestras posibilidades, no podemos con tanto gasto.

—Me he reconstruido dos veces en este piso, cuando nos marchamos de Connecticut y después de mi accidente, y además ahí es donde quiero verte envejecer.

—Temo que ese tiempo haya llegado ya.

—Pero si solo tienes cincuenta y siete años, la gente que nos mira está convencida de que somos pareja.

—¿Qué gente?

—La que está sentada a mi espalda.

—Entonces, ¿cómo sabes que nos miran?

—Lo noto.

Las veladas entre Chloé y su padre solían terminar con un jueguecito que practicaban con un placer lleno de complicidad. Callados, se miraban fijamente, y cada cual tenía que adivinar lo que pensaba el otro, orientándolo con simples gestos o movimientos de cabeza. Su jueguecito rara vez pasaba inadvertido para sus vecinos de mesa. Eran de los pocos instantes en que Chloé disfrutaba de que la observaran, pues era a ella a la que miraban y no su silla de ruedas.

*

EL
BARRIO

3

Las cortinas de flores apenas tamizaban la luz del día, por lo que Sanji abrió los ojos nada más amanecer. Se preguntó dónde estaba, pero el rosa y el azul que coloreaban la habitación se lo recordaron enseguida. Metió la cabeza debajo de la almohada y volvió a dormirse. Unas horas más tarde, cogió el móvil de la mesita de noche y saltó de la cama. Se vistió deprisa y salió de la habitación con el pelo revuelto.

Lali lo esperaba sentada a la mesa de la cocina.

—Bueno, entonces ¿quieres ir a visitar el MET o el Guggenheim? O igual prefieres dar un paseo por Chinatown, Little Italy, Nolita o el Soho, lo que quieras.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —le preguntó algo aturdido.

Lali no trató de ocultar su decepción.

—Desayuna —le ordenó.

Sanji se sentó en la silla que Lali había apartado con el pie.

—Vale —concedió—, pero deprisa, llego tarde.

—¿A qué te dedicas, si no es indiscreción? —le preguntó, sirviendo leche en un cuenco de cereales.

—A la *high-tech*.

—¿Y eso qué significa?

—Concebimos nuevas tecnologías que hacen la vida más fácil a la gente.

—¿Podrías concebirme un sobrino que me sacara un poco de la rutina? ¿Con el que pudiera pasear y me hablara de mi país o me contara cosas de mi familia, con la que no hablo desde hace tanto tiempo?

Sanji se levantó y se sorprendió besando a su tía en la frente.

—Prometido —añadió enseguida, incómodo por esa efusión espontánea—, en cuanto pueda, pero ahora de verdad me tengo que

ir a trabajar.

—Pues, hala, corre, ya me estoy acostumbrando a tu presencia. Por si acaso se te hubiera pasado la idea por la cabeza, de ninguna manera vas a dormir en otra parte que no sea bajo mi techo durante tu estancia en Nueva York. Me ofenderías terriblemente. Y no se te ocurriría ofender a un miembro de tu familia, ¿verdad?

Sanji salió del apartamento poco después, sin más remedio que dejar allí su maleta.

Descubrió Spanish Harlem en ese bonito día de primavera. Escaparates abigarrados, aceras abarrotadas de gente, calles llenas de tráfico en las que resonaba un concierto de bocinazos, en todo ese jaleo solo faltaban unos cuantos *rickshaws*. Veinte horas de avión para acabar teletransportado a una versión puertorriqueña de Bombay, y el golpe de gracia fue tener que llamar al Plaza para anular su reserva, justo antes de meterse en el metro.

La India se había modernizado desde que su tía se marchara, pero algunas tradiciones persistían, entre ellas, el respeto debido a los mayores.

*

Sanji salió del metro en la estación de la calle 4; llegaba tarde a su cita. Al bordear las verjas de Washington Square Park, oyó una melodía. En lugar de rodear el parque, lo atravesó, avanzando como un niño que siguiera al flautista de Hamelín. En mitad de un sendero había un trompetista tocando. Sus notas se elevaban entre las ramas de los tilos americanos, los arces noruegos, los olmos chinos y las catalpas norteñas. Se había formado un corrillo alrededor del músico. Cautivado, Sanji se acercó y se sentó en un banco.

—Será nuestra pieza, no podemos olvidarla —susurró una joven sentada a su lado.

Sorprendido, Sanji volvió la cabeza.

—Cuando dos personas se conocen, siempre hay una melodía para señalar el momento —añadió la joven en tono alegre.

Era de una belleza esplendorosa.

—Es broma, parecías tan absorto que resultaba conmovedor.

—Mi padre tocaba el clarinete divinamente. *Petite Fleur* era su melodía preferida, esta pieza ha arrullado toda mi infancia…

—¿Sientes nostalgia de tu tierra?

—Creo que por ahora no, no llevo mucho tiempo aquí.

—¿Vienes de lejos?

—De Spanish Harlem, a media hora de aquí.

—*Touchée*, estamos en paz —contestó ella divertida.

—Vengo de Bombay, ¿y tú?

—De la vuelta de la esquina.

—¿Sueles venir a este parque?

—Casi todas las mañanas.

—Entonces, igual tengo el placer de volver a verte, ahora he de irme pitando.

—¿Tienes nombre? —le preguntó ella.

—Sí.

—Encantada, «Sí», yo soy Chloé.

Sanji sonrió, la saludó con un gesto de la mano y se alejó.

*

El edificio en el que trabajaba Sam estaba en la esquina de la calle 4 Oeste con MacDougal, en el lado sur del parque. Sanji se presentó en la recepción, donde le rogaron que esperara un momento.

—No has cambiado nada —exclamó Sanji al volver a ver a su amigo.

—Tú tampoco, tan puntual como siempre. ¿No tienen servicio despertador en el Plaza?

—Estoy en otro hotel —contestó tranquilamente Sanji—, ¿empezamos a trabajar?

Sam y Sanji se habían conocido quince años antes en las aulas de Oxford. Sanji estudiaba Informática, y Sam, Económicas. A este Inglaterra le había resultado más extraña que a Sanji.

De vuelta en la India, Sanji había creado una empresa que había prosperado en los últimos años. En cuanto a Sam, era agente de bolsa en Nueva York.

La amistad entre ambos expatriados se había mantenido por correo electrónico, pues se escribían regularmente, y cuando Sanji había decidido buscar fondos en Estados Unidos para financiar sus proyectos, naturalmente se le había ocurrido apelar a Sam. Sanji odiaba hablar de dinero, lo cual resultaba desconcertante para un

director de empresa.

Pasaron la mañana elaborando el plan de negocio que pronto darían a conocer a los inversores. Las cifras previstas eran muy atractivas, pero a Sam no terminaba de gustarle la presentación de Sanji y no había dejado de reprochárselo.

—Eres demasiado impreciso y no vas al grano: nuestros mandantes tienen que ver en ti a un socio a largo plazo y no solo al diseñador de una aplicación, por genial que sea. Lo que los cautiva es la India.

—¿Quieres que me ponga un turbante y que hable con acento para parecer exótico?

—Sería más elegante que esos vaqueros y esa camisa arrugada. En este país sobran programadores, lo que cautivará a los inversores son los cientos de miles de usuarios de tu red social solo en la región de Bombay.

—¿Y por qué no haces tú la presentación? Pareces saber mejor que yo lo que hay que decir y lo que no.

Sam observó a su amigo. Sanji venía de un linaje indio acomodado. Los padres de Sam eran simples comerciantes de Wisconsin y habían tardado diez años en devolver el préstamo que había financiado sus estudios.

Si tenía éxito en ese tema, le demostraría a su jefe que era digno de proyectos de gran envergadura, y este quizá le ofreciera un puesto de socio, la ocasión de cambiar de vida.

Pragmático, Sam no envidiaba a Sanji en nada, al contrario, lo admiraba. Pero contaba con servirse de la reputación de su familia para atraer a sus clientes, aunque por motivos encomiables Sanji no quisiera valerse de ella de ninguna manera.

—Bueno, por qué no, después de todo —contestó— en la facultad se me daba mucho mejor que a ti hablar en público.

—Si las clases hubieran sido en hindi, las cosas habrían sido distintas.

—Eso habría que verlo. Vete a dar un paseo; cuando vuelvas, te haré una presentación de tu proyecto, ¡y ya me dirás si no resulto más convincente que tú!

—¿Y dentro de cuánto tiempo tengo que volver para admirar tu talento?

—Una hora, ¡no necesito más! —contestó Sam.

Al salir del edificio, Sanji fue a parar delante de la verja del parque, el trompetista se había marchado y, con él, la melodía de *Petite Fleur*. Entonces se le ocurrió llamar a su tía para invitarla a almorzar.

*

Lali se reunió con él media hora más tarde delante de la fuente de Washington Square Park.

—Me apetece alta cocina, te dejo elegir el mejor restaurante del barrio, e invito yo, por supuesto —dijo Sanji al recibir a su tía.

—No hace falta malgastar el dinero, he traído una cesta llena de cosas ricas.

Mientras su tía extendía un mantel de papel sobre el césped y disponía platos de cartón y cubiertos de plástico, Sanji se preguntó si el destino se estaba ensañando con él.

—Tiene gracia que nos veamos en este parque —comentó Lali.

—¿Por qué? La oficina de mi socio está al lado.

—Mi marido también trabaja muy cerca de aquí.

—¿Cómo era mi padre cuando erais niños?

—Era reservado, siempre observando a los demás. Un poco como tú. No digas que no, anoche no apartabas la mirada de Deepak. Pero no debiste de ver gran cosa, porque detrás de ese rostro malhumorado se oculta un hombre lleno de sorpresas. De hecho, nunca ha dejado de asombrarme.

—¿A qué se dedica?

—¡Menudo interrogatorio, pero tú a mí no me cuentas nada! Conduce.

—¿Un taxi?

—Un ascensor —contestó Lali divertida—. Se ha pasado la vida en una cabina aún más vieja que él.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el parque de Shivaji. Me encantaba ver los partidos de críquet. Iba todos los domingos. Era mi rato de libertad. Si mi padre llega a enterarse de que iba a ver a los chicos jugar, me habría caído una buena reprimenda. Deepak era un bateador increíble. Acabó por fijarse en la chica sentada sola en las gradas. Yo era bonita de joven. Un día, en un partido bastante reñido, Deepak miró hacia mí y falló, lo cual sorprendió a todo el mundo, pues era

brillante eliminando a los lanzadores del equipo contrario. Sorprendió a todo el mundo menos a mí. Una vez terminado el partido, vino a sentarse dos filas por debajo de la mía, pues nadie debía vernos hablar. Me dijo que le había costado una buena humillación y que, para compensarlo, tenía que aceptar volver a verlo. Cosa que hice el domingo siguiente, pero esa vez salimos del parque y fuimos a pasear por la bahía de Mahim. Nos sentamos al pie de un templo que da al espigón. Empezamos a hablar, y desde entonces no hemos parado. Pronto cumpliremos cuarenta años de vida en común, y cuando se va a trabajar por las mañanas, lo echo de menos; tanto que a veces vengo a pasear a este parque: él trabaja al principio de la Quinta Avenida, en el número 12 —precisó, señalando con el dedo el arco de Washington Square Park—. Pero odia que vaya a molestarlo. Esa dichosa casa es su reino.

Lali calló y observó a su sobrino.

—Te pareces a mí, no a mi hermano. Lo veo en tu mirada.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Sanji en tono burlón.

—Veo orgullo y sueños.

—Tengo que irme a trabajar.

—¿Te vuelves a tu *high-tech*?

—No es un lugar, sino mi propio reino. Esta noche tengo un compromiso, no me esperéis para cenar, no haré ruido cuando vuelva.

—Aun así te oiré. Pásalo bien, y mañana u otro día iremos a visitar algunos de mis lugares favoritos.

Sanji acompañó a su tía hasta el metro; camino de la oficina de Sam dirigió la mirada hacia la marquesina del número 12 de la Quinta Avenida.

*

Los vestíbulos son testigos de la historia de un edificio y de la de sus ocupantes, de esa extraña comunidad de personas que apenas se conocen. Los grandes momentos de sus vidas recorren el hueco de la escalera: nacimientos, matrimonios, divorcios, fallecimientos…, pero las gruesas paredes de las viviendas burguesas no dejan que se filtre nada de su intimidad.

El vestíbulo en el que acababa de adentrarse Sanji estaba revestido de madera de haya. Una gran araña y apliques de cristal

iluminaban un lujo preciado, espejeando sobre el suelo de mármol, con su rosetón central en forma de estrella cuyas puntas señalaban los puntos cardinales. No se había descuidado ni un detalle para preservar el estilo original. Sobre el mostrador de la recepción había un teléfono de baquelita de otra época; antaño se utilizaba para llamar al conserje, pero hacía tiempo que ya no tiritaba. Abierto de par en par había también un cuaderno negro cuyas páginas se llenaban perezosamente con los nombres de los visitantes. Detrás de ese mostrador dormitaba Deepak. El chasquido de la puerta no lo despertó.

Sanji carraspeó y Deepak se sobresaltó.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó cortésmente, ajustándose las gafas.

Cuando enfocó mejor, hizo una mueca.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a ver este lugar del que tan bien me ha hablado mi tía.

—¿Nunca has entrado en un edificio? ¿Vives en el barrio de chabolas de Dharavi?

—Quería descubrir el famoso ascensor…

—Del que también te ha hablado Lali, supongo.

—Al parecer es magnífico y hay que ser un experto para manejarlo.

—Así es —contestó Deepak cediendo al halago.

Se volvió para asegurarse de que estaban solos. Cogió la gorra y se la puso. Sanji reconoció que, con ese bonito uniforme, su tío político parecía un comandante.

—Bueno —masculló—, a estas horas no llama nadie, así que sígueme, vamos a dar una vuelta, pero con discreción, ¿entendido?

Sanji asintió. Se sentía como si le hubieran dado permiso para visitar un museo fuera del horario de apertura. Deepak abrió la reja y le pidió a su sobrino que entrara en la cabina. Con la mano en la palanca, aguardó unos instantes, como para darle un poco más de solemnidad al breve viaje que se disponían a emprender.

—Escucha —dijo—, cada ruido tiene su importancia.

Sanji distinguió un chisporroteo eléctrico, seguido del ronroneo del motor, que despertaba, y la cabina se elevó despacio, con un ligerísimo soplido.

—¿Ves? —añadió Deepak—, toca una partitura, una nota diferente en cada rellano, las reconozco con los ojos cerrados, me indican dónde me encuentro, en qué instante tengo que bajar esta palanca para que la cabina aterrice suavemente.

El ascensor se detuvo en el quinto. Inmóvil, Deepak aguardaba una muestra de admiración; parecía tan importante para él, que Sanji fingió estar impresionado.

—El descenso es aún más bonito, y exige mucha destreza, por el contrapeso, que pesa más que nosotros. ¿Entiendes?

Sanji volvió a asentir. Pero cuando la cabina se puso en movimiento, sonó el móvil de Deepak. Este detuvo el ascensor moviendo la palanca.

—¿Hay una avería? —preguntó Sanji.

—Calla, que estoy pensando. Me llaman al octavo —dijo, volviendo a mover la palanca.

La cabina subió, mucho más deprisa que antes.

—¿Se puede regular la velocidad incluso?

—Debe de ser el señor Bronstein, pero no es su horario habitual. Quédate detrás de mí y no digas nada. Si te saluda, le devuelves el saludo, como si fueras un simple visitante.

Una joven en silla de ruedas esperaba de espaldas en el rellano del octavo para entrar marcha atrás.

—Buenos días, señorita —dijo Deepak cortésmente.

—Buenos días, Deepak, pero ya nos hemos saludado dos veces esta mañana —contestó ella entrando en la cabina.

Sanji se arrimó por completo a la pared, detrás de ella.

—¿No detiene el ascensor para dejar al caballero? —preguntó Chloé cuando dejaron atrás la primera planta.

Deepak no necesitó justificarse, el ascensor acababa de detenerse en la planta baja. Abrió la reja y, en el último segundo, retuvo a Sanji, que se disponía a ayudar a Chloé a salir. Deepak se precipitó al vestíbulo para abrirle la puerta.

—¿Necesita un taxi, señorita?

—Sí, por favor —contestó ella.

Entonces se sucedieron toda una serie de acontecimientos. Un mensajero se presentó con un paquete, mientras detrás del mostrador sonaban tres timbrazos. Deepak le pidió al mensajero que esperara un momento, lo que pareció disgustarle sobremanera.

—Tres timbrazos, es el señor Morrison —masculló Deepak—, bueno, primero me ocuparé de su taxi.

—Y de mi paquete ¿quién se ocupa? —protestó el mensajero siguiéndoles hasta la acera.

Chloé lo cogió, lo dejó sobre su regazo y firmó el albarán.

—Ah, es para los Clerc. ¿Qué habrá dentro? —exclamó con malicia.

Deepak le lanzó una mirada imperiosa a su sobrino, que seguía bajo la marquesina. Sanji avanzó hasta colocarse delante de Chloé y se apoderó del paquete.

—Voy a dejarlo sobre el mostrador, a menos que quieras abrirlo tú —le dijo.

Hizo lo que había dicho y volvió a salir enseguida. Deepak estaba en mitad de la avenida, con un brazo levantado y un silbato en los labios, al acecho de un taxi. Sin embargo, acababan de pasar tres Yellow Cab con las bombillas encendidas.

—No quiero meterme en lo que no me importa, pero siguen llamando —le informó Sanji.

—Deepak, vaya a buscar al señor Morrison, puedo arreglármelas sola —intervino Chloé.

—Yo me encargo del taxi —propuso Sanji acercándose a su tío.

—Ojo, no uno cualquiera —murmuró Deepak—, solo los que tienen una puerta lateral corredera.

—¡Entendido! No sé quién será ese tal señor Morrison, pero no parece muy paciente.

Deepak vaciló y, al ver que no le quedaba otro remedio, volvió a entrar en el edificio, dejando a Sanji con Chloé.

—¿Estás bien? —le preguntó este.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —contestó ella con frialdad.

—Por nada, me parecía haberte oído murmurar.

—Debería haber salido antes, voy a llegar tarde.

—¿Una cita importante?

—Sí, mucho…, bueno, eso espero.

Sanji saltó a la calzada y paró a un taxi… que no era del modelo que le había indicado su tío.

—Todo un detalle que por poco te dejes atropellar —dijo Chloé avanzando hacia él—, y no quisiera parecer ingrata, pero no me va a ser fácil meterme en este taxi.

—Llegas tarde, ¿no?

Sin más demora, Sanji se inclinó sobre ella, la levantó en brazos y la dejó en el asiento trasero con delicadeza. Después plegó la silla, la guardó en el maletero y volvió a cerrar la puerta.

—Ya está —dijo muy satisfecho.

Chloé lo miró fijamente.

—¿Te importa que te haga una pregunta?

—En absoluto —contestó él inclinado sobre la puerta del taxi.

—¿Cómo hago cuando llegue?

Sanji se quedó perplejo.

—¿A qué hora es la cita?

—Dentro de quince minutos, justo lo que se tarda en llegar, si no hay mucho tráfico.

Sanji consultó su reloj, rodeó el taxi y se sentó al lado de Chloé.

—Vamos allá —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Chloé inquieta.

—Depende de adónde vayas.

—A la esquina de Park Avenue con la 28.

—Yo también voy en esa dirección —contestó cuando ya arrancaba el taxi.

Se creó un silencio. Chloé volvió la cabeza hacia la ventanilla y Sanji hizo lo mismo por su lado.

—No tenemos por qué sentirnos incómodos —dijo por fin—. Te acompaño y…

—En realidad estaba pensando en mi broma en el parque hace un rato, espero que no la malinterpretaras. Lo siento, no pensaba que fuéramos a coincidir de nuevo en una ciudad tan grande, y menos aún el mismo día. ¿Qué hacías en mi ascensor?

—Subir y bajar.

—¿Es uno de tus pasatiempos favoritos?

—¿Cuál es esa cita tuya tan importante? Si no es indiscreción.

—Una prueba para conseguir un papel. ¿Y a ti qué se te ha perdido por la calle 28?

—Una prueba también, pero en mi caso con unos inversores.

—¿Trabaja en finanzas?

—Y ese papel ¿es para la tele o para el cine?

—No sabía que tuviéramos ese punto en común con los indios.

—¿Tuviéramos?

—Soy judía. Atea pero judía.

—¿Y qué punto en común tenemos?

—Responder a una pregunta con otra pregunta.

—¿No se puede ser indio y judío?

—¡Acabas de darme la razón!

El taxi aparcó junto a la acera.

—¡Puntualidad absoluta! Te explicaré a qué me dedico si el azar nos brinda la ocasión de volver a vernos —contestó Sanji saliendo del taxi.

Fue a abrir el maletero, desplegó la silla y sentó en ella a Chloé.

—¿Y por qué habríamos de volver a vernos?

—Buena suerte con el papel —contestó Sanji antes de subirse de nuevo al taxi.

Chloé miró al coche dar media vuelta en el cruce y dirigirse hacia la parte baja de la ciudad.

*

El móvil de Sanji no había dejado de vibrar durante todo el trayecto, pero se había cuidado mucho de contestar a la llamada. Sam debía de morirse de impaciencia en su despacho.

Sanji llegó, incapaz de justificar su retraso y menos aún ese aire de felicidad total que no lo abandonaba; Sam lo recibió con cierta frialdad. En ese contexto, tras escuchar la propuesta de su amigo y aunque la encontrara carente de poesía, no se atrevió a decírselo.

Tomaron una decisión: al día siguiente por la mañana Sam le presentaría el proyecto a uno de sus clientes más importantes, y Sanji se contentaría con hacer acto de presencia, como un rey.

Cenaron en Chinatown. Antes de separarse, Sam se ofreció a llevarlo a su hotel.

—Gracias, pero me alojo en Spanish Harlem —contestó Sanji.

—¿Y qué pintas tú ahí? —se inquietó Sam.

Sanji le explicó el malentendido que lo había obligado a instalarse en casa de su tía.

—¿Por qué no me pediste a mí esa carta?

—Porque ya te había molestado bastante.

—¡Estás loco! Sacrificar la comodidad de una *suite*, el servicio de habitaciones y los desayunos en la cama del Plaza por vivir con unos desconocidos no es valentía, es abnegación.

—No son unos desconocidos —lo corrigió Sanji, subiéndose a un taxi.

*

Los muelles del sofá cama se le clavaban en la espalda. Sanji se levantó y descorrió la cortina. La alegría ruidosa de las calles de Spanish Harlem volvió a recordarle Bombay. Sanji creía en las pequeñas señales de la vida, y se paró a pensar en la serie de circunstancias que lo habían llevado hasta ese cuartito con vistas a un colmado puertorriqueño, a casa de una tía desconocida. ¡Él, que había huido de su familia con feroz determinación!

La ruptura había ocurrido el día en que su padre se había desplomado en mitad de la frase durante una comida familiar. Recién fallecido, sus tíos ya discutían sobre el porvenir del Bombay Palace Hotel. Sanji se había prometido no parecerse a ellos nunca. Los había escuchado en silencio hablar con medias palabras de la herencia y del nuevo reparto de puestos en la gestión del hotel, antes de ir a recogerse ante los restos de un hombre del que había aprendido mucho, pero con el que no había tenido tiempo de compartir casi nada. Sus tíos consideraron entonces que una mujer sola no podía ocuparse de su hijo. Un niño necesitaba una autoridad paterna, y decidieron tomar al huérfano bajo su tutela. Desde ese momento, Sanji se juró librarse de ellos.

Vivió una juventud severa, entre internados y preceptores; Sanji aguardaba con impaciencia las vacaciones, cuando por fin se reunía con su madre. Después lo alejaron un poco más, enviándolo a Oxford, y la separación definitiva de los suyos se hizo efectiva a su regreso de Inglaterra. Sanji se encontró por casualidad con un antiguo compañero de clase. La conversación no tardó en centrarse en las chicas. La norma implícita permitía a los jóvenes frecuentarse mientras solo se tratara de divertirse. La decisión de a quién amar era competencia de las familias.

Sanji tuvo una idea. Puesto que pronto les confiscarían la frivolidad de la juventud, había que aprovecharla al máximo. ¿Cómo? Desarrollando una aplicación que permitiera conocer a gente sin que fuera cosa del azar, y sobre todo ampliando el horizonte más allá del círculo de las relaciones familiares o profesionales. La red social que imaginó sería mucho más

sofisticada que todas aquellas que habían desarrollado los estadounidenses. Las primeras versiones de su programa no tardaron en seducir a varios miles de usuarios, y ese número no dejó de aumentar. Había que invertir para perfeccionar la interfaz de la aplicación, contratar personal, alquilar oficinas, mejorar la comunicación para atraer a más y más clientes. Sanji había heredado la fortuna de su padre, aunque la mayor parte estaba en las acciones del Bombay Palace Hotel, de las que ahora poseía una tercera parte. El éxito superó todas sus expectativas. Un año después de su creación, la plataforma sumaba ya cien mil usuarios. Hoy esa cifra ascendía a cerca de un millón.

Un artículo publicado en *The Daily News* se hizo eco de este éxito, pero el periodista hacía hincapié en un problema que planteaba dificultades a la sociedad india: ¿estaba la red social creada por Sanji cambiando radicalmente las costumbres, y hasta dónde se le podía permitir llegar? El artículo, que no pasó inadvertido, suscitó una viva discordia entre Sanji y sus tíos. Solo su madre se mantuvo de su lado, aunque no entendiera gran cosa de lo que hacía su hijo. Él era feliz, y eso era lo único importante para ella.

Una vez que fue a cuidarla mientras sufría una larga enfermedad, se puso a hojear unos álbumes de fotos y se detuvo sobre un rostro que no conocía. Su madre le dijo que la joven que posaba era la hermana de su padre. Una tía a la que nunca había podido conocer porque había dejado a su familia para ir a casarse a Estados Unidos con un muerto de hambre.

Cuando su madre se hubo recuperado de su enfermedad, Sanji pudo dedicarse por completo a su negocio. El crecimiento de la empresa exigía encontrar nuevos capitales. Los bancos indios se mostraban reticentes por motivos de ética ligados a la naturaleza de una compañía a la que la prensa conservadora no dejaba de fustigar. A Sanji se le ocurrió entonces ir a buscar inversores allí donde sus competidores habían prosperado… Una solicitud de visado, una carta dirigida a una tía desconocida y un malentendido lo habían llevado a ese espantoso sofá cama.

Sanji corrió la cortina, deseando saber cómo se manifestaría la siguiente señal…

—¿No consigues dormir? —le preguntó Lali, abriendo la puerta de su habitación—. Pues, mira, yo tampoco, tengo insomnio. No sé si es una enfermedad o una bendición, cuanto menos se duerme más se vive, ¿no?

—Los médicos sugieren lo contrario.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te caliente algo? Ven, tranquilo, no vamos a despertar a Deepak, no lo haría ni un terremoto.

Sanji se sentó a la mesa de la cocina, Lali sacó un plato de *bibenca* y cortó dos generosas porciones del pastel de almendras.

—¿Y tú, insomnio o desfase horario?

—Ni una cosa ni la otra, estaba pensando.

—¿Te preocupa algo? ¿Necesitas dinero? —le preguntó Lali.

—Qué va, ¿qué te hace decir algo así?

—Conozco a tus tíos. Cuando murió papá, me expoliaron mi parte de la herencia. Oh, ya me imagino que esos pisos vetustos de los que era propietario no valían gran cosa, pero, aun así, es por principios, ¿entiendes? —añadió sacando el monedero del bolso.

—Guarda eso, ¿quieres?, me las apaño muy bien yo solo.

—Uno solo no llega a nada grande, los que lo piensan están pagados de sí mismos.

—Pues tu marido está solo en su ascensor.

—Deepak trabaja en estrecha colaboración con un colega que se encarga del turno de noche. He aceptado todas sus manías, incluso las que no tienen ningún sentido, le he otorgado todas las libertades, pero siempre he exigido que durmiera a mi lado.

—¿De verdad dejasteis la India para poder vivir juntos?

—No sé cómo serán las cosas ahora, pero en mis tiempos los matrimonios eran forzados, y los jóvenes no podían oponerse. Pero mi naturaleza no era la de someterme. Deepak no pertenecía a nuestra casta, pero nos queríamos y estábamos decididos, costara lo que costara, a no dejar que unos viejos cerriles decidieran nuestro futuro. Habíamos subestimado el «costara lo que costara», y tuvimos que huir de Bombay antes de que tu abuelo o uno de tus tíos matara a Deepak.

—¡Mi padre nunca hubiera permitido algo así!

—Se puso del lado de los hombres, lo que yo viví como una traición terrible pues, de mis tres hermanos, tu padre era el único

con el que tenía complicidad. Podría haberme respaldado, erigirse contra los arcaísmos de una familia en la que reinaba la hipocresía; no lo hizo. Pero no debería hablar así de él delante de ti, no está bien.

Era tarde ya, Sanji y Lali se despidieron, pero ni uno ni otro lograron conciliar el sueño.

*

En el número 12 de la Quinta Avenida hacía mucho tiempo que todos dormían, salvo la señora Collins, cuyo despertador acababa de sonar. La encantadora anciana que ocupaba el piso de la quinta planta se puso la bata y fue al salón. Tapó la jaula de su loro con un pañuelo de seda negro y entró en la cocina. Descorrió los cerrojos de la puerta de servicio y la entornó. Después fue al cuarto de baño, se empolvó las mejillas delante del espejo, se echó un poco de perfume en la nuca y volvió a meterse en la cama enseguida, donde aguardó, hojeando una revista.

*

El día en que salí del hospital

Al principio utilizaba una tabla. La colocaba entre la cama y la silla y me deslizaba sobre ella para pasar de una a otra. El truco me lo enseñó Maggie. Yo no era su primera paciente, y tenía una manera de explicar las cosas que no te daba tiempo a asustarte. Me prometió que algún día ya no la necesitaría, siempre y cuando desarrollara los músculos de los brazos. Tantos años de carreras para tener unas piernas de hierro, y ahora que ya no estaban ahí, tenía que volver a empezar de cero con los hombros y la nuca.

Una mañana el doctor Mulder me dijo que ya no tenía motivos para retenerme. Parecía triste al anunciarme esta noticia y pensé que igual quería que me quedara un poco más. Como estaba un poquito enamorada de él, y Maggie me había dado un último comprimido de oxicodona a escondidas, le propuse que se viniera conmigo. Se rio y me palmeó el hombro diciéndome que estaba orgulloso de mí. Luego me pidió que me preparara, al parecer había gente fuera esperándome. ¿Qué gente? Ya lo verá, me contestó con una sonrisita capaz de hacerme querer casarme con él en ese mismo instante.

No era consciente, pero en ese momento solo tenía una cosa en la cabeza: impregnarme de su rostro y de su olor mientras aún podía hacerlo. Se dibujaba otro antes y su después: con y sin el doctor Mulder.

Recorrí el pasillo sentada en la silla, empujada por papá. Los auxiliares, las enfermeras, las recepcionistas y los médicos de guardia levantaban el pulgar, aplaudían a mi paso y me felicitaban. Qué simpáticos todos, porque era yo quien tenía que aplaudirles, abrazarlos, decirles que con ellos había descubierto una humanidad que no sospechaba, pero que me había dado la fuerza para soportar el dolor. Y eso no era todo: cuando llegué al vestíbulo, me quedé pasmada.

Había periodistas, cámaras, flashes *que chisporroteaban, policías para protegerme y un centenar de personas anónimas venidas de toda la ciudad para felicitarme. Me puse a llorar como una magdalena,*

sobrecogida por toda esa atención, y volví a llorar en el coche, cuando comprendí que no me felicitaban por haber llegado casi a la meta, sino por haber sobrevivido.

*

4

Al salir de la audición, Chloé tuvo ganas de dar una vuelta por la avenida Madison. Después de todo, por qué no comprarse un vestido o un sujetador para complacer a su madre o, mejor todavía, a sí misma. Recorrió los escaparates, entró en un par de tiendas y renunció a comprarse nada de ropa. Flotaba en el aire ese aroma primaveral que te alegra el corazón, la acera estaba despejada, la audición había ido bastante bien… lo tenía todo para ser feliz sin recurrir a gastos superfluos. Rodeó Madison Park. De norte a sur, la Quinta Avenida descendía en suave pendiente, podía volver sola fácilmente.

Cuando apareció bajo la marquesina de su edificio, Deepak se precipitó a abrirle la puerta y la acompañó hasta el ascensor.

—¿A su despacho o a su domicilio? —le preguntó con la mano en la palanca.

—A casa, por favor.

La cabina se elevó.

—He conseguido el papel, Deepak. Empezamos a grabar la semana que viene —le confió Chloé al llegar a la primera planta.

—Enhorabuena. ¿Un bonito papel? —le preguntó él en la segunda planta.

—Sobre todo es un libro que me encanta.

—Entonces tengo que leerlo cuanto antes, bueno, mejor no, esperaré a poder escucharlo —se corrigió a la altura de la tercera.

—El hombre que estaba antes en el ascensor —preguntó Chloé en la cuarta—, ¿es un cliente del señor Groomlat?

—No puedo recordar a todos los visitantes.

La quinta planta desapareció en silencio.

—Bueno, este se ocupó del paquete de los Clerc y de conseguirme un taxi.

Deepak hizo como que reflexionaba hasta la séptima.

—No me he fijado mucho en él. Parecía cortés y solícito.

—Era indio, diría yo.

Octava planta. Deepak detuvo la cabina y abrió la reja.

—Tengo por principio no hacer preguntas a las personas que suben en mi ascensor, y menos aún sobre sus orígenes, sería del todo inapropiado por mi parte.

Dicho esto, se despidió de Chloé y volvió a bajar inmediatamente.

*

Sam colgó el teléfono con aire circunspecto; su jefe lo llamaba a su despacho sin preocuparse de saber si estaba ocupado. Eso no auguraba nada bueno. Sam se preguntó qué podría querer reprocharle. No pudo pensar mucho pues Gerald, el secretario de su jefe, llamó con los nudillos en el cristal y se dio unos golpecitos sobre la esfera del reloj, un gesto de lo más claro. Sam cogió un bloc de notas y un lápiz, y recorrió el pasillo con renuencia.

El señor Ward estaba al teléfono. No le ofreció asiento, peor aún, le dio la espalda y giró la silla hacia la cristalera con vistas a Washington Square Park. Sam lo oyó deshacerse en disculpas y prometerle a su interlocutor que habría sanciones. El señor Ward colgó el teléfono y se volvió hacia él.

—¡Aquí está! —explotó.

No auguraba nada pero que nada bueno, concluyó Sam.

—¿Quería verme? —preguntó.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—No —contestó Sam—, estoy en mis cabales.

—No le aconsejo que se haga el gracioso, a veces lo encuentro divertido, pero hoy no.

—¿Qué ha ocurrido hoy? —preguntó Sam tímidamente.

—¿Quién es ese muerto de hambre al que ha presentado esta mañana a uno de nuestros clientes más importantes?

Las piezas del rompecabezas se reunieron para formar la imagen del rostro aturdido de Sanji al llegar a su cita, tarde y desaliñado.

—Es un proyecto muy prometedor que culminará con importantes plusvalías.

—¿Un portal de citas en la India? ¡Ya puestos, por qué no un

club de estriptis en Bangladesh!

—No es lo que se imagina —farfulló Sam.

—No me imagino nada, y lo único que me importa es lo que ha entendido nuestro cliente. «Mi querido Ward, si soy inversor, y no uno cualquiera, de su agencia, es porque hasta ahora estaba convencido de compartir con usted ciertos valores, uno de los cuales es la moral, tan importante para mí como mis inversiones, blablablá…», le ahorro los detalles de una conversación penosa y le anuncio la conclusión que lo concierne a usted directamente: «¡Que no vuelva a verme el payaso de su empleado!». ¡La versión completa ha durado quince minutos! Espero que haya entendido el punto de vista de mi amigo.

—No puede estar más claro —contestó Sam, estoico.

—Pues ¡largo de aquí! —ordenó el señor Ward señalando la puerta con el índice.

Sam salió del despacho y se topó con Gerald, que no ocultaba su satisfacción.

—A uno que yo me sé le ha caído una bronca de cojones —dijo con una risita maligna.

—Qué elegancia la tuya, no sé para qué te gastas una fortuna en ropa de marca si luego eres así de fino.

—La elegancia la llevo dentro —contestó Gerald indignado.

—Tan dentro que no hay quien la vea.

Gerald se iba a atragantar de rabia, pero a Sam le traían sin cuidado los sentimientos del secretario de su jefe. Llevaba demasiado tiempo encajando los golpes sin decir nada, iba a trabajar todas las mañanas con un peso en el corazón y volvía por las tardes con un nudo en el estómago. Esta vez era demasiado.

Recordó un refrán indio que Sanji solía repetirle cuando estaban en Oxford: «Hay una cantidad increíble de gotas de agua que no colman el vaso».

—Me pregunto si era de verdad un refrán u otra de las citas que sacaba de sus lecturas —murmuró delante de Gerald, que no entendió palabra.

El vaso ya estaba lleno, y decidió jugarse el todo por el todo, no por diversión, de hecho, sino por orgullo. Apartó bruscamente a Gerald, que le cerraba el paso, y volvió al despacho del señor Ward.

—Una preguntita nada más: cuando su amigo invierte su dinero

en una empresa de armamento, o al día siguiente de las elecciones coloca una buena suma en un consorcio químico que ostenta la fama de ser uno de los mayores contaminadores del planeta, ¿el valor moral de sus actos no le supone un problema? No se moleste en pedirme que me siente.

Sam se dejó caer en un sillón frente a su jefe, que lo miraba anonadado.

—¿Conoce el yin y el yang, el cara o cruz de una moneda lanzada al aire? Ahora entenderá adónde quiero llegar. ¿Sabía usted que los dos payasos que inventaron el móvil que tiene en la mano empezaron sus investigaciones en un garaje, recogiendo componentes defectuosos de los cubos de basura de Lockheed? Y bien, ¿eran traperos o genios? Deje que le cuente dos o tres cosas de ese al que ha llamado «muerto de hambre» y, ojo, que conozco a unos cuantos muy simpáticos. Sanji proviene de una familia más rica que esta agencia de bolsa, tan rica que en la India vivía en una casa que más parecía un palacio. Su padre murió cuando tenía doce años. Sus tíos asumieron su tutela. Cuando cumplió dieciocho años, lo mandaron a Oxford, donde nos conocimos. Al volver a la India, Sanji hizo dos descubrimientos. El primero, en el testamento de su padre. Por oscuras historias de familia, no podía disponer de su herencia hasta cumplir los treinta. La herencia en cuestión es un complejo hotelero en pleno centro de Bombay. La otra cosa que Sanji descubrió, o más bien comprendió, fue que la dureza, por no decir la violencia de sus tíos durante su adolescencia solo tenía un fin: mantenerlo alejado de la gestión de ese palacio del que se habían apoderado. Y estaban decididos a prolongar su tutela más allá de su mayoría de edad. Para ser más precisos, se las habían agenciado para dirigir su vida a su antojo. Al volver de Oxford, Sanji podría haberse mostrado dócil unos años más y esperar a poder disfrutar de su fortuna, pero les dio con la puerta en las narices. Contado así, podría parecer que se trata de un acto de valentía sin grandes consecuencias, pero cuando te ves sin blanca, en la calle, y encima una calle de Bombay, es harina de otro costal. No estaba del todo equivocado cuando lo ha tildado de muerto de hambre, porque pasó muchas noches durmiendo al raso, sin un techo bajo el que cobijarse. Pero mi amigo es un luchador, orgulloso y digno. Encontró trabajo aquí y allá, consiguió una casa

decente y nunca perdió su increíble sed de conocimiento. Todo le suscita curiosidad, ninguna vicisitud parece darle miedo. Es lo que más admiro de él. En un bar en el que trabajaba de camarero se encontró con un viejo amigo del colegio. Este amigo tenía una idea descabellada, Sanji la desarrolló, y su proyecto pasó a convertirse en una empresa, una gran empresa. De modo que la pregunta que cabe plantearse ahora es muy sencilla. ¿Cuántos tipos como su cliente importante pasaron delante de ese famoso garaje donde dos jóvenes con pinta jipi trituraban componentes defectuosos, y cuántos soñarían hoy con no haber pasado de largo? Sanji ha recuperado sus acciones del Bombay Palace Hotel, le bastaría con venderlas para poder prescindir de nuestros servicios, pero no quiere hacer nada que pueda contrariar a sus tíos. Yo, si hubiera sufrido la mitad de la mitad de lo que le hicieron a él, no habría pensado en nada más que en perjudicarles. Él no; parece ser que en India el respeto a los mayores está por encima de todo. No puedo evitar pensar que ese código de honor es fruto de un grave masoquismo. Aunque, bueno, es un poco similar a mi relación con usted en todos estos años. Así es que pongamos las cartas sobre la mesa: ¿quiere entrar en este garaje o no? Si la respuesta es no, puede disponer de mi despacho desde esta misma tarde.

El señor Ward consideró a Sam con mucha atención y curiosidad. Volvió la silla hacia la cristalera, dándole la espalda.

—Tráigame ese proyecto, lo estudiaré de nuevo.

—No hace falta, para eso ya me tiene a mí.

—¿Cree en ello hasta el punto de arriesgar su carrera? Sabe que si le sale mal la jugada será su fin, y no solo en esta empresa.

—Y si me sale bien y le abro las puertas del mercado indio, ¿sabe que no me contentaré con una medalla?

Ward se volvió y miró a Sam fijamente a los ojos.

—Largo de aquí antes de que cambie de opinión.

*

Sam le contó a Sanji la prometedora conversación que había tenido con su jefe, cuidándose mucho de revelarle los detalles. Cuando alguien tan influyente como el señor Ward se decidía por un proyecto, era un paso adelante que había que celebrar.

—¿Podrías llegar puntual por una vez y vestido como es debido?

—le suplicó Sam.

—Diez minutos no es lo que se dice llegar tarde.

—¡Ayer fueron dos horas!

—Ah, sí, pero ayer fue por una buena razón, tuve que dar un rodeo para llevar a una mujer a una cita muy importante.

—Ah, ¿qué pasa, que la nuestra no era importante? ¿Quién es esa mujer, la conozco?

—No. Ni yo tampoco, de hecho.

Sam lo miró pasmado.

—Confirmado: ¡estás como una cabra!

—Si la hubieras visto no dirías eso —contestó Sanji.

—¿Cómo era? —exclamó Sam.

Sanji se alejó sin contestarle.

Al pasar por el edificio donde trabajaba su tío, levantó la cabeza hacia las ventanas de la octava planta y se preguntó si su pasajera habría conseguido el papel. Ojalá, pensó, y siguió andando. En Union Square, en medio de un concierto de bocinas ensordecedor, renunció a tomar un taxi y se adentró en el metro.

Salió en Spanish Harlem. Allí no había edificios de piedra sillar, ni marquesinas en las aceras y mucho menos porteros con librea. Simples casas de ladrillo rojas y blancas compartían el espacio con grandes torres de viviendas de protección oficial. Los efluvios, los colores, las fachadas agrietadas, el asfalto agujereado, la basura que cubría las aceras y la mezcla de lenguas formaban un paisaje abigarrado mucho más parecido a las calles de su juventud.

De vuelta en el apartamento, Sanji encontró a Lali sentada en el sofá del salón, inclinada sobre una labor de bordado. Entre muecas se esforzaba por retener sus gafas, que se le resbalaban sobre la nariz, mientras Deepak ponía los cubiertos en la mesa de la cocina.

—¿Cenas con nosotros? —le preguntó a modo de saludo.

—¿Y qué tal si os invito a cenar fuera?

—Hoy no es jueves, que yo sepa —contestó Deepak.

—Qué buena idea —terció Lali—. ¿Dónde podríamos ir para variar un poco? —añadió, mirando a su marido.

—Me gustaría probar la cocina americana —sugirió Sanji.

Deepak soltó un largo suspiro y guardó los cubiertos en el aparador. Descolgó su gabardina del perchero de la entrada y esperó. Lali dejó su labor y le guiñó un ojo a su sobrino.

—Está a tres manzanas de aquí —anunció Deepak abriendo la marcha.

En el cruce, Lali se aventuró por la calzada aunque el semáforo acabara de ponerse en rojo. Deepak no la siguió, y retuvo a su sobrino agarrándolo del cuello del abrigo.

—¿Ha ido todo bien con la señorita Chloé?

—Le he conseguido un taxi, ¿por qué?

—Por nada, bueno…, me ha hecho preguntas sobre ti.

—¿Qué clase de preguntas?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no es asunto mío?

—Mi ascensor es un confesionario, estoy obligado al secreto profesional.

El semáforo se puso en verde, y Deepak siguió andando como si nada. Un poco más tarde se detuvo delante del cristal abigarrado del restaurante El Camarada.

—En este barrio la cocina local es puertorriqueña —dijo abriendo la puerta.

*

En el número 12 de la Quinta Avenida el señor Rivera colocaba su radio debajo del mostrador. Sintonizó una emisora que comentaba un partido de *hockey* y se enfrascó en la lectura de una novela policiaca. La noche era suya.

Hacía un buen rato que los Bronstein habían vuelto a casa.

En la séptima planta, los Williams habían pedido la cena a domicilio. Comida china para el señor, que redactaba su crónica en su despacho, italiana para la señora, que dibujaba en el suyo. De lo que el señor Rivera concluyó que su xenofobia no les impedía apreciar la cocina extranjera.

El señor y la señora Clerc veían la televisión en su saloncito. Cuando la cabina pasaba por la sexta planta, se distinguía el sonido del televisor, cuyo volumen subían cada vez que hacían el amor.

Los Hayakawa habían abandonado la ciudad los primeros días de la primavera para marcharse a su casa de Carmel, de la que no regresarían hasta el otoño.

El señor Morrison, el propietario del tercero, estaba en la ópera o en el teatro como cada noche, y como cada noche cenaría en el

restaurante *Bilboquet* y volvería borracho como una cuba, a eso de las once.

Los Zeldoff no salían nunca más que para ir a la iglesia las tardes de misa mayor. La señora leía en voz alta un libro sobre los mormones y el señor la escuchaba, aburriéndose religiosamente.

En cuanto al señor Groomlat, hacía rato que había dejado su despacho en la primera planta. Sus respectivos horarios les impedían encontrarse, salvo la primera quincena de abril, pues el contable trabajaba hasta tarde. Su temporada alta, como le gustaba decir, pues sus clientes debían enviar su declaración de la renta antes del 15. En diciembre coincidían también, por los aguinaldos.

A las once el señor Rivera dejó su novela, convencido de haber resuelto la intriga, y ayudó al señor Morrison a entrar en su casa, lo cual no fue fácil, visto el estado en el que, una vez más, volvía ese borrachín empedernido. Tuvo que acompañarlo hasta su habitación, sostenerlo hasta la cama y quitarle los zapatos, antes de volver a su puesto detrás del mostrador.

A medianoche cerró con llave la puerta del edificio, se guardó en el bolsillo el móvil de trabajo, un hallazgo de los vecinos para poder contactar con él en cualquier momento, y subió por la escalera de servicio. Llegó sin aliento a la quinta planta, se enjugó el sudor de la frente y empujó con suavidad la puerta de servicio, que estaba entornada.

La señora Collins lo esperaba en la cocina, con una copa de burdeos en la mano.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. Seguro que no te ha dado tiempo a cenar.

—Me he comido un bocadillo antes de dejar la residencia, pero me vendría bien un vaso de agua —dijo besándola en la frente—. Estas escaleras acabarán con mis piernas.

La señora Collins le sirvió un gran vaso de agua, se sentó en su regazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Vámonos a la cama —murmuró—, se me ha hecho largo el día esperándote.

El señor Rivera se desvistió en el cuarto de baño, donde lo aguardaba un pijama nuevo, lavado y planchado, doblado sobre la repisa de mármol del lavabo. Se lo puso y se reunió en la cama con la señora Collins.

—Es precioso, pero no era necesario.

—He ido a Barney's a curiosear, estaba segura de que te sentaría de maravilla.

—Parece hecho a medida —contestó el señor Rivera, admirando la caída del pantalón.

Se metió entre las sábanas, comprobó que la alarma del despertador estaba puesta a las cinco y apagó la lamparita de noche.

—¿Cómo está? —susurró la señora Collins.

—Estaba tranquila, casi de buen humor, los médicos han vuelto a ajustarle las dosis. Me ha confundido con el pintor que está renovando el pasillo y me ha felicitado por mi trabajo. Todavía recuerda que le gusta el azul.

—¿Y has encontrado al culpable de tu novela?

—Es la enfermera, o la doncella, o igual son cómplices, mañana lo sabré.

El señor Rivera se acurrucó junto a la señora Collins, cerró los ojos y se quedó dormido.

*

Ocurría a veces que los fantasmas de sus piernas despertaban a Chloé en plena noche. Esa madrugada no era el dolor lo que la mantenía despierta. Sentada en la cama, ensayaba su texto. Se aplicaba incluso en hacer los gestos y la mímica que cuadraban con las intenciones de los personajes en las partes dialogadas de la novela.

Volvió al principio del capítulo y puso voz grave para interpretar la de Anton. En el libro, el joven palafrenero pronto buscaría impresionar a la joven a la que cortejaba. Chloé infló el pecho como un gallo. Y cuando la joven montó en su caballo y se alejó al galope, Chloé cerró el libro y lo dejó sobre la cama. Apartó las sábanas, se sentó en su silla y se acercó a la ventana. Observó la calle, bañada en la luz rosa del alba. Un hombre paseaba al perro, una mujer pasó por su lado y siguió andando deprisa. Una pareja vestida de fiesta se apeó de un taxi…

Chloé suspiró y corrió las cortinas. Su mirada se detuvo sobre el libro. Era una actriz invisible que se esforzaba por seguir su carrera de otra manera.

Fue a la cocina a hacerse un té.

El agua empezaba a hervir cuando se oyó un estruendo seguido de un grito terrible en la escalera de servicio. El cerrojo estaba demasiado alto para que pudiera alcanzarlo. Chloé trató de auparse haciendo fuerza con un brazo. Al no conseguirlo, apoyó la mejilla en la puerta y escuchó… Hubo un gemido, y después silencio.

Retrocedió, dio media vuelta con la silla, apagó el gas, recorrió el pasillo y fue a llamar a la puerta del dormitorio de su padre. Saltando de la cama, el señor Bronstein apareció delante de su hija, con el cabello revuelto.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—¡Sígueme, date prisa!

Lo llevó a la cocina y le explicó que había oído a alguien caer por el hueco de la escalera.

El señor Bronstein bajó corriendo. Cuatro plantas más abajo, le gritó a su hija que llamara a una ambulancia.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó, rabiosa de no poder descubrirlo ella misma.

—No pierdas tiempo, yo bajo a abrirles.

Chloé se precipitó a su habitación, cogió el móvil y marcó el número de urgencias. Después volvió a su puesto de vigilancia y descorrió del todo las cortinas.

Su padre esperaba en la acera. Se oyó el sonido estridente de una sirena, y una ambulancia aparcó delante del edificio. De ella salieron dos hombres que entraron en la casa por la puerta de servicio, seguidos del señor Bronstein.

Chloé fue cuatro veces de la cocina a su dormitorio.

Los paramédicos volvieron a salir y cargaron en la trasera del vehículo una camilla sobre la que yacía un hombre con el rostro cubierto por una mascarilla de oxígeno.

Chloé esperó a su padre en la puerta del apartamento. Apareció al fondo del pasillo.

—No se puede usar el ascensor —dijo sin aliento—. El señor Rivera está muy mal.

*

El día en que me cambiaron las vendas

El doctor Mulder me preguntó si quería verme las rodillas, explicándome que algunos amputados querían, pero otros no. En la duda, le sugerí que igual podía ver una sola.

Sabía lo que había perdido, pero no era consciente del alcance de las heridas. Allí donde tenían que haber estado mis pantorrillas, mi piel se encogía como un paisaje lunar. Me quedé estupefacta. Julius prefirió salir. Maggie me enjugó la frente con una compresa y papá salió al pasillo con Julius, probablemente para dejarnos a solas entre mujeres, o para que no le viera llorar.

Después Maggie me dijo que, en lo sucesivo, la oxicodona, la hidromorfona y el fentanilo pasarían a ser mis mejores amigos, pero solo por unos días. De ninguna manera podía apegarme demasiado a ellos. Me fascinaba la amabilidad de quienes me cuidaban, Maggie me llamaba su «terroncito de azúcar», igual le había inspirado esa imagen el estado de mis rodillas. A cada centímetro de vendaje que el médico me quitaba, me preguntaba si me dolía. Tengo que reconocer que su humanidad fue un gran consuelo para mí. Si hubiera podido llevármelos a los dos a casa… Pero el regreso aún estaba lejos.

Le cogía la mano a Maggie —en realidad, le trituraba los dedos—, y ella me repetía que lo estaba haciendo como una campeona, que era fantástica. Y cuando Mulder arrancó las últimas vendas, el dolor fue tan violento que vomité el desayuno; Julius había vuelto a la habitación, Maggie le dio la cuña, una escena de un romanticismo tremendo. No recuerdo nada de lo que pasó después, Maggie dijo que ya había sufrido bastante y no esperó a oír la opinión de Mulder para sedarme. Me puso una jeringuilla en la vía del brazo y di el gran salto.

Cuando volví a abrir los ojos, Julius seguía allí. Yo quería saber si había dormido mucho tiempo, como si eso fuera importante. Lo que me importaba era saber cuánto tiempo había estado a mi lado. Me miró con atención y me dijo, con una fragilidad que no era propia de él, que

estaría bien que me lavara el pelo. Después se echó a llorar y tuve que consolarlo yo. No dejaba de repetir cuánto lo sentía —¿por qué?—. Le contesté que no lo sintiera, que no era culpa suya. Pero él insistía, nada habría ocurrido si él no hubiera puesto su trabajo por encima de ese viaje que íbamos a haber hecho por Italia. Le comenté que podía haberme atropellado un coche, los italianos conducen como locos, y entones se reprochó no haberme acompañado. Qué habría cambiado, él no habría corrido en mi lugar… ¿Por qué tus allegados tienen la necesidad de sentirse culpables cuando te ocurre algo grave? Quizá sea su manera de empezar el duelo de una vida que ya nunca volverá a ser la misma. Hay un antes y un después. Pensando en el después, miré fijamente a Julius y le dije que no me debía nada. Me preguntó si me parecía bien que me lavara el pelo, bajo la vigilancia de Maggie. Al parecer mi cabello conservaba el olor de «14:50». No sé ponerle nombre a lo que ocurrió, así que he llamado así al instante en el que se me paró el reloj…, a las 14:50.

*

5

A las 6:15 Deepak entró por la puerta de servicio, bajó al sótano a ponerse el uniforme y subió a ocupar su puesto. Pese a tan rutinario principio, esa mañana no se parecería a ninguna otra. El vestíbulo estaba en plena efervescencia, los Clerc, los Williams y los Zeldoff hablaban con el señor Bronstein. El señor Morrison dormitaba, apoyado en la pared, la señora Collins recorría el portal de un extremo a otro, al borde de la histeria, y solo faltaba la señorita Chloé. Esa excitación general dejó pasmado a Deepak, cuando un enigma lo trajo de vuelta a la realidad en un momento. ¿Quién había traído a toda esa gente a la planta baja si su colega no estaba por ninguna parte?

El señor Bronstein fue el primero en reparar en su presencia y avanzó hacia él con expresión muy abatida.

—Mi querido Deepak, lo siento muchísimo, ha ocurrido un terrible accidente. El señor Rivera se ha caído por la escalera de servicio.

—¿Qué demonios hacía en la escalera de servicio a las cinco de la mañana? —exclamó el señor Williams.

—Esa cuestión no tiene mucha importancia ahora mismo, es su salud lo que debería preocuparnos —contestó la señora Clerc, que aún vestía un simple salto de cama.

—¿Qué han dicho los de la ambulancia? —terció la señora Williams para apoyar a su marido.

—Nada, pero sufría una fractura abierta en la pierna derecha, sin efusión de sangre, por suerte. Aunque aturdido, estaba consciente. He hablado con él, regía perfectamente —precisó el profesor.

—Recemos por que siga así —murmuró el señor Zeldoff mirando con disimulo el escote de la señora Clerc.

—Esperemos que le hayan hecho un escáner al llegar al hospital —añadió su mujer dándole una patada en la pierna.

—¿Qué hospital? —preguntó Deepak, impasible.

—He pedido que lo trasladen al Beth, uno de los médicos es amigo mío —contestó el señor Bronstein.

—Bien, imagino que cada uno de ustedes querrá volver a su casa cuanto antes, pero para ello tendremos que hacer dos viajes, por lo que procederemos con orden —anunció Deepak con el tono que habría adoptado el capitán de un barco durante una tempestad.

Pasó lista a sus viajeros: los Zeldoff, el señor Morrison, que dormía de pie —todo un misterio en sí—, y, por último, la señora Collins… Deepak miró a su alrededor y la sorprendió rebuscando detrás del mostrador. Abrió el cajón, lo cerró enseguida y se inclinó sobre el suelo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le murmuró Deepak.

La señora Collins acababa de encontrar lo que buscaba, se incorporó y le entregó un libro de bolsillo, que Deepak se guardó discretamente.

—Puede contar conmigo —dijo sobriamente—. Si es tan amable de dirigirse al ascensor y, de camino, despertar al señor Morrison, se lo agradecería enormemente…

Un centenar de metros en vertical y unos minutos más tarde, por fin solo en su cabina, Deepak bajó el transportín, se sentó y apoyó la cabeza entre las manos. Tenía que avisar a su mujer de que trabajaría hasta tarde. Los vecinos necesitarían sus servicios para volver a sus casas a última hora del día; después iría al hospital. ¿Quién se ocuparía del turno de noche? ¿Cuánto tiempo aceptarían los propietarios utilizar la escalera después de que él se marchara al terminar su turno? Por el momento no tenía respuesta alguna, y un oscuro presentimiento le encogió el corazón.

*

La vida retomó un curso casi normal. Deepak hizo su ronda habitual. Subió a la niñera de los Clerc y bajó a su golden retriever, al que entregó al paseador de perros. A las nueve, el señor Groomlat llegó al portal.

—Menuda cara tiene usted esta mañana —dijo el contable al entrar en la cabina.

Afortunadamente, su oficina estaba en la primera planta, por lo que Deepak no tuvo que contestarle.

A las diez el señor Williams requirió sus servicios. Deepak iba camino de la séptima planta cuando el señor Zeldoff lo llamó a su vez. De nada servía detener la cabina, los vecinos odiaban subir cuando querían bajar, por lo que lo recogió ya de vuelta. El señor Zeldoff y el señor Williams volvieron a saludarse.

—Francamente, ¿qué demonios hacía en la escalera a las cinco de la mañana? —masculló el comentarista de Fox News, que nunca perdía ocasión de sospechar de alguien por el motivo que fuera.

—No tengo ni la más remota idea —suspiró el señor Zeldoff, que rara vez tenía alguna, salvo en presencia de su vecina francesa del sexto.

Deepak sintió que sus miradas convergían sobre sus hombros, o quizá sobre su gorra…, pero se cuidó mucho de hablarles, salvo para desearles un buen día al abrirles la reja del ascensor. Los dos hombres se separaron en la acera.

Algo después les tocó a los Clerc, que siempre salían juntos.

La señora Williams trabajaba en su casa, la señora Zeldoff no trabajaba, la señora Collins nunca salía por las mañanas, el señor Morrison nunca antes de las tres de la tarde, pues hasta entonces dormía la mona, la asistenta de los Clerc no iba a hacer la compra hasta la hora del almuerzo, ya que antes de mediodía pasaba la aspiradora. Deepak tenía un poco de tiempo libre.

Se instaló detrás del mostrador para consultar la vieja guía telefónica que estaba en el cajón y llamó al hospital.

Decididamente, esa mañana no se parecía a ninguna otra. Aquello que no había ocurrido en mucho tiempo, tanto que Deepak era incapaz de recordar la fecha exacta, ocurrió. El teléfono de baquelita se puso a temblar. Deepak lo observó, intrigado, y terminó por descolgar el auricular.

—¿Ha tenido noticias suyas? —preguntó la señora Collins con voz febril.

—He llamado al hospital, señora, sigue en el quirófano, pero su vida no corre peligro.

Oyó un suspiro de alivio.

—La acompaño en el sentimiento —prosiguió Deepak—, vuelva a llamarme por el mismo canal, entre las 14:30 y las 15, el vestíbulo

estará tranquilo —murmuró antes de colgar.

Su móvil vibró, solo podía ser la señorita Chloé. En la época en que se había construido el ascensor, nadie se preocupaba del bienestar de la gente condenada a una silla de ruedas. Los botones de llamada estaban colocados demasiado altos para ella.

Deepak subió a buscarla al octavo, ella lo esperaba en el rellano.

—He pensado que estaría bien que hubiera alguien a su lado cuando se despierte —le dijo durante la bajada.

—Es todo un detalle por su parte, señorita.

—Yo lo oí caer, estaba en la cocina cuando…

Y, como decididamente esa mañana no se parecía a ninguna otra, Deepak abandonó su legendaria reserva y la interrumpió.

—Es la caldera —dijo bajito—. Se pone en marcha a las cinco de la mañana, el vapor sube por las tuberías, en la cuarta planta están demasiado cerca de la pared, vibran y hacen un ruido tremendo, como si alguien diera con un martillo. Entonces hay que ir a golpearlas para que cese el ruido. Debió de caerse al hacerlo.

—Probablemente, pero ¿por qué me lo cuenta?

—Creo que el señor Williams se hace preguntas al respecto.

La acompañó hasta la calle, llamó a un taxi y la ayudó a acomodarse.

—No se agobie, una pierna rota tampoco es tan grave —dijo ella sujetando un momento la puerta del taxi.

—A usted no me atrevería a decirle lo contrario, pero a la edad del señor Rivera sí lo es —suspiró Deepak.

—Lo llamaré en cuanto tenga noticias suyas.

Deepak le agradeció la molestia y volvió a entrar en el edificio, más afectado de lo que estaba dispuesto a reconocer.

*

Chloé miraba dormir al señor Rivera, con la espalda vuelta hacia la ventana. Cuando ella había estado en su lugar, y las fuerzas de la vida le devolvían el color al rostro, su mirada volaba hasta la cima de un arce. En ella había visto el paso de las estaciones, la madera negra del invierno, las ramas y las hojas del verano y los colores rojizos del otoño.

Entró una enfermera para comprobar el gotero y, mientras le tomaba la tensión al señor Rivera, Chloé le preguntó por su estado

de salud. La enfermera vaciló antes de contestar que recuperaría el uso de la pierna. Cuando se marchó, Chloé sintió pánico.

—Todo irá bien —murmuró, sin saber si se dirigía al señor Rivera o a sí misma.

El señor Rivera entreabrió los ojos y los volvió a cerrar con una mueca. Chloé quiso irse de inmediato, pero se quedó allí, incapaz de hacer nada. Se disponía a llamar a su padre para que fuera a recogerla, cuando apareció una mujer en el umbral.

Llevaba una falda de *tweed*, una blusa blanca y un jersey. Esperó unos instantes antes de acercarse a la cama, puso la mano sobre la sábana y alisó una arruga.

—Es parte de mi vida desde hace veinte años y apenas lo conozco, ¿no es extraño?

—No lo sé —balbució Chloé.

—Mi marido me habla de él como se habla de un hermano, un hermano con el que solo te cruzas por la mañana y por la tarde.

—No soy familia suya —le dijo Chloé.

—Sé quién es usted —contestó Lali sentándose en una silla—. La aprecia mucho. Mi marido, me refiero. Supongo que el señor Rivera también, uno no cambia de la noche a la mañana, ¿verdad?

—¿Es usted la señora Deepak?

—La señora Sanjari. «Deepak» es su nombre, no su apellido. Aunque, bueno, «señora Deepak» no está mal, para variar, al fin y al cabo a usted la llama «señorita Chloé». Yo la relevo, vuelva a su casa, está usted muy pálida.

Chloé no contestó. Lali empuñó las manillas de la silla y la llevó hacia el pasillo.

—Yo también detesto los hospitales —dijo, empujando su silla hacia los ascensores—. ¿Quiere que vayamos a tomar un té?

—Creo que eso estaría muy bien.

Una vez fuera del hospital, Chloé quiso recuperar el control de su silla.

—Disculpe, pero no me gusta que me empujen, me siento como si me pasearan.

—Hace un momento no le importaba, así es que, si no tiene inconveniente, voy a seguir empujándola, más que nada porque tenemos que andar un trecho, bueno, lo de andar es una manera de hablar.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Chloé.

—Conozco un sitio donde sirven una bollería exquisita, está a unas manzanas de aquí, lo bastante para quemar las calorías que luego recuperaremos allí.

—A este ritmo, no creo que yo vaya a quemar gran cosa…

El salón de té tenía el extraño nombre de Chikalicious, lo cual divirtió a Chloé, pues le parecía que Lali tenía una forma de autoridad benévola a lo Mary Poppins.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Lali, saboreando un bizcocho borracho.

—¿Cómo la miro?

—Espero que no sea mi apetito lo que la incomoda. No he almorzado, y además no me avergüenza ser golosa.

—No, no era eso.

—¿Me imaginaba de otra manera?

—Nunca la había imaginado. Deepak es un hombre muy discreto.

—Mi marido la conoce desde que era adolescente, la lleva en su ascensor todos los días, por la mañana y por la noche, le para un taxi cada vez que lo necesita, llueva o nieve, le lleva los paquetes, le pregunta cómo está todos los días, ¿y el único pretexto que se le ocurre para no saber de su vida es que es discreto? Mis vecinos de rellano son cubanos, tienen tres hijos y dos nietos, los que viven encima de nosotros son puertorriqueños, ella es profesora y él, electricista. En nuestro edificio hay veinticuatro apartamentos y yo conozco a todo el mundo.

—Si jugamos a este jueguecito, podría sorprenderla. Si supiera el tiempo que me he pasado recluida en casa…, aunque bien es cierto que más atenta a espiar el ir y venir de la gente en la calle que el de mis propios vecinos. Pero puedo decirle, no obstante, que los Zeldoff son unos auténticos santurrones: si se funde una bombilla, rezan para que alguien la cambie; si su puerta chirría, rezan para que Deepak engrase los goznes; de hecho, rezan por todo para no tener que hacer nada ellos mismos. El señor Morrison es un alcohólico elegante, un borracho con curiosidad por todo, pero que nunca entiende nada de nada, un auténtico personaje. Los Clerc, una pareja de franceses afincados desde hace tiempo en Nueva York, viven en su burbuja. Los aprecio, tienen una galería de arte en

Chelsea. Están muy enamorados. Son unos tortolitos, y no muy púdicos, he de decir. La señora Clerc lleva unos escotes que no dejan indiferente al bueno del señor Zeldoff, y tampoco a mi padre, para ser sincera, pero yo no le he dicho nada… La señora Collins es una viuda alegre, al menos en apariencia, siempre tiene una palabra amable. Tenía un perrito de lanas que se pasaba el día ladrando. Cuando murió, la señora Zeldoff rezó por un poco de tranquilidad por fin, pero el loro de la señora Collins se puso a ladrar a su vez. Y los Williams, ah, los Williams, vaya par de arrogantes… El señor Williams es analista de economía en Fox News, de modo que lo sabe todo de todo, naturalmente. Mi padre dice que es un imbécil convencido de que la vida se resume en la economía. Mi padre sabe de lo que habla, es profesor de economía en la Universidad de Nueva York. En cuanto a la señora Williams, es difícil ser más retorcida que esa mujer. Los hipócritas son los peores. Cada vez que me cruzo con ella en el ascensor, me divierto avanzando la silla disimuladamente para pisarla, y es tan falsa que no se atreve a decir nada.

—Menuda es usted —dijo Lali soltando una carcajada—. Ya que no ha probado ese bollo, se lo confisco. ¿Y usted quién es? Yo no tengo la discreción de mi marido, más bien al contrario.

—Era actriz. Estudié interpretación en el estudio Stella Adler, tuve unos cuantos papelitos de poca monta hasta que por fin me dieron uno más importante en una serie.

—¿Y ahora?

—Presto mi voz para grabar audiolibros.

—¿Es un voluntariado?

—No, no pagan mucho, pero…

—Si presta su voz, y le pagan por su trabajo, ¿por qué habla en pasado? Yo diría que sigue siendo actriz.

—Sí, bueno, pero no de las que firman autógrafos.

—Yo era costurera, ¿cree que alguna vez firmé autógrafos?

Lali se limpió con delicadeza las comisuras de los labios. Las dos mujeres se observaban.

—Hoy mi marido regresará tarde a casa, agotado, pero volverá a marcharse al amanecer para una nueva jornada de trabajo, quizá aún más temprano que de costumbre. Si le dejara, se pondría un catre en el sótano, para que la ausencia del señor Rivera no

perturbe las costumbres de todos ustedes. Mi marido lleva hasta el extremo el sentido del deber. Y a mí me preocupa qué será de nosotros.

—La comunidad de vecinos encontrará enseguida un sustituto, estoy segura de que el señor Groomlat ya se está encargando de ello, todo volverá a la normalidad, no se preocupe, yo velaré por que así sea.

—Sobre todo vele porque el señor Groomlat no convenza a los vecinos de tomar una decisión distinta. Los tiempos cambian, es ley de vida, pero si hubiera un cambio drástico en su edificio…, si Deepak no logra su proeza, nunca se recuperará.

—¿Qué proeza?

—Se burlaría de él, ya lo hablaremos en otra ocasión, ahora tengo que volver a casa. No le diga que nos hemos visto. Deepak vive en un portal y en una cabina de ascensor, le gusta que su mundo esté en compartimentos estancos.

Lali se dejó invitar y se marchó sin preocuparse ni por un momento de ayudar a Chloé a encontrar un taxi del modelo que le convenía.

*

6

—¿A qué te refieres con «en el origen»? —preguntó Sanji.

—En tu país, en la India.

—¿Han llamado a mi banco en Bombay?

—Si solo se tratara eso…

Y, como Sanji no parecía entender la situación, Sam le confesó algo.

—No tenía elección, vienes de lejos con un proyecto ambicioso, ¿cómo querías que me las apañara sin recomendación? Si al menos fueras estadounidense, o europeo siquiera, pero…

—Pero vengo del tercer mundo, de un país de ladrones y de barrios de chabolas, ¿es eso lo que piensas? La modernidad de la India os supera en todos los ámbitos salvo en el de la arrogancia —se sublevó Sanji.

—Pero en la India la riqueza está en manos de un número reducido de elegidos.

—¿Qué pasa, que en tu país, no? ¡Aquí triunfar es imposible sin un buen pedigrí! ¿Qué habéis hecho de vuestro sueño americano?

—No he dicho que sea imposible. A ver, Sanji, solo unas pocas semanas para conseguir una cantidad semejante… Sé realista.

—Te impuse una única condición: mantener a mi familia al margen de mis negocios. Cuento contigo para que esto no vuelva a ocurrir, y se acabó el problema.

—No se acabó del todo, para ser sinceros —masculló Sam—. Tus tíos te han torpedeado literalmente. «Un muerto de hambre, un ladrón, un fantasioso desheredado…», y te ahorro el resto.

—¿Han dicho eso de mí? Entonces siguen en pie de guerra.

—Ya va siendo hora de que te decidas a devolverles el golpe, si su hiel se extiende por los ámbitos financieros, nos van a dar con la puerta en las narices. Ahora voy a hacerte una pregunta, tienes

derecho a mandarme a paseo, o incluso a despedirme, pero no puedo no hacértela.

—¡Quieres saber si dicen la verdad!

Sam cogió su maletín, que estaba sobre la mesa.

—Vale, dimito, y, si quieres que te diga la verdad, quizá sea lo mejor. ¡Te crees que eres el único que se juega el futuro en este asunto! ¿Qué crees que me ocurrirá a mí si mi jefe se entera de que les presento a nuestros clientes más importantes a un tío en el que confío porque me lo pasé muy bien con él en Inglaterra y porque tiene cara de bueno?

—Cara de indio bueno —soltó Sanji con una risita amarga.

—Un tipo raro, en cualquier caso —replicó Sam—. ¿Y dónde reside su cliente cuando está en Nueva York, mi querido Sam? En Harlem, en casa de sus tíos, a los que no conoce. El coche que hay aparcado en la acera, ¿es el de su chófer? Oh, no, él se desplaza en metro… ¿Y por qué se presentó tan tarde a una reunión con uno de nuestros principales clientes?…

—Debería haber llegado a lomos de elefante… Qué dura la vida de los prejuicios.

Sanji se acercó a la ventana.

—Mis tíos de Bombay no admiten que sea dueño de un tercio del palacio y menos aún que no me someta a ellos. Consideran mi voluntad de existir fuera de la familia como una afrenta. Quieren verme fracasar, que les suplique que me den trabajo. Me trae sin cuidado enriquecerme un poco más. Si quiero triunfar es para ganarles la partida. Decide tú si quieres ayudarme o no.

Sam mordisqueó el lápiz pensativo.

—¿Cómo es ese hotel? —preguntó.

—Normal. Cuatrocientas habitaciones y *suites*, un centro de conferencias, una piscina, un *spa*, tres restaurantes y una decoración pretenciosa para mi gusto.

—Normal, claro… ¿Y la ubicación?

—Inmejorable.

—¿Es vuestro desde siempre?

—No tal cual está ahora. Mi abuelo compró metódicamente todos los apartamentos de un conjunto de inmuebles en pleno centro de Bombay. A su muerte, mi padre y sus dos hermanos expulsaron a los inquilinos. Reunieron los edificios y emprendieron

unas obras de reforma tremendas, y así nació el Bombay Palace Hotel.

—¿Y cuánto vale más o menos un negocio como ese?

—Es difícil de calcular, entre el valor del patrimonio inmobiliario y el de la explotación del hotel… Mucho dinero.

—Y, de ese dinero, un tercio es tuyo…

—¿Adónde quieres llegar?

—Has heredado un palacio comparado con el cual el Mark y el Carlyle parecerían hoteles *boutique*. ¿Por qué pegarte diecisiete horas de avión para tratar de conseguir veinte millones de dólares de inversores extranjeros cuando cualquier banco indio te prestaría esa cantidad?

—Porque no quiero tener deudas. Y si hubiera tenido que ofrecer parte de mis acciones como aval para un préstamo, me habría visto obligado a justificarme ante mi familia.

—De acuerdo —dijo Sam—, confío en ti. Voy a apagar el fuego y a tranquilizar a mi jefe, y tú me darás carta blanca. A cambio, si consigo el capital que necesitas, me llevas contigo.

—Llevarte ¿adónde?

—¡A la India, a tu paraíso de las nuevas tecnologías y los lácteos bio! Si, gracias a mí, tu empresa se convierte en un actor principal del mercado, no me contentaré con una pequeña comisión. ¡Quiero un puesto de director financiero, casa pagada por la compañía y acciones!

Sanji lo miró, burlón. Bajo sus aires de programador genial no dejaba de ser un hábil negociador.

—De acuerdo en todo, salvo en lo de la casa —replicó estrechándole la mano.

*

Cuando salía de la oficina de Sam, Sanji se preguntó qué habría hecho su padre: ¿habría sido su aliado o habría renunciado a una guerra fratricida? Se fue a pasear por Washington Square Park.

Unos estudiantes de la Universidad de Nueva York habían invadido el césped; algo más lejos unos niños trepaban en la zona de juegos, unos ajedrecistas de aire indolente disputaban partidas endiabladas, y, junto, a la fuente una bailarina practicaba arabescos, pero en esa alegre escena faltaba la joven con la que

Sanji esperaba encontrarse.

*

Chloé contemplaba el único vestido largo de su armario. Un regalo que le había hecho su madre el año anterior, con ocasión de una gala benéfica a la que le había suplicado que la acompañara. La antigua señora Bronstein no perdía una ocasión mundana para ensalzar el talento de su novio escultor y asegurar la promoción de sus obras. Esa noche, Chloé se pondría ese vestido para Julius, apasionado de Bette Midler, pues había querido la suerte que la actriz actuara en Broadway en un *remake* de *Hello, Dolly!*

Chloé no solía frecuentar los teatros. Siempre entraba disimuladamente en el último momento, cuando se apagan las luces, por miedo a que su silla estorbara en los pasillos. Esa noche entraría con las luces encendidas. Julius era apuesto y, con un poco de suerte, Chloé se encontraría con algún conocido.

Cogió la pértiga con la que descolgaba la ropa guardada en lo alto de su armario y dejó el vestido sobre la cama con gesto seguro.

—¿Cómo va nuestra relación? —murmuró camino del cuarto de baño.

Fue a maquillarse, se puso un poco de rímel para realzar las pestañas, atenuó la palidez de su cutis con un poco de colorete y vaciló ante un pintalabios.

De pronto se le impuso la evidencia. Contrariada, Chloé rodó hasta el salón para llamar a Julius.

—¿Estás preparada? —le preguntó este—, cojo un taxi y paso a buscarte.

Chloé no contestó.

—Si quieres —prosiguió él—, después de la función podemos cenar en ese restaurante chino que tanto te gusta, no está muy lejos del Shubert Theater, hasta podríamos ir a pie.

Y, como Chloé seguía callada, Julius se inquietó.

—¿Ocurre algo?

En efecto, algo ocurría.

Sintió mucho enterarse del accidente que había sufrido el señor Rivera.

—Qué mala noticia, bueno, sobre todo para él. Espero que no sea muy grave.

—Acabo de decírtelo, se ha roto una pierna.

—Una buena escayola y pronto volverá a caminar. Comprendo que te afecte, pero no puedes cargar con todas las desgracias del mundo.

—No creo que una fractura de fémur entre en la categoría de desgracias del mundo —contestó ella secamente—. Estaba pensando en mí. El señor Rivera es nuestro ascensorista nocturno.

—¿Y?

—Pues que sin él no hay ascensor. Puedo bajar a esperarte en el vestíbulo antes de que Deepak termine su turno, pero a la vuelta tendremos un ligero problema. Bueno… tan ligero como yo. No tienes más que llevarme en brazos.

El que se quedó callado entonces fue Julius.

—Olvídalo —dijo Chloé—, sería demasiado esfuerzo, incluso para un príncipe azul.

—No he dicho nada.

—Ya me he fijado. Te pagaré mi entrada, después de todo no es culpa tuya.

—De qué estás hablando, no tienes que pagarme nada.

—De todas formas he visto la película de Streisand, a mí Bette Midler me daba un poco igual; lo importante es que tú no te la pierdas.

Schopenhauer reflexionaba.

—Puedo tratar de cambiar las entradas para otro día.

—Me dijiste que había sido un milagro conseguirlas. Ya me contarás.

—¿Y va para largo esto del ascensor? No puedes quedarte encerrada en casa indefinidamente.

—Vas a llegar tarde, ya hablaremos otro día de mis problemas de intendencia.

—¿No puedo hacer nada?

—Decirme cómo vas vestido.

—Te vas a reír, he sacado ese viejo esmoquin de segunda mano… ¿Y si me acerco a verte después de la obra?

—Que te lo pases bien, Julius —dijo Chloé antes de colgar.

Se fue a su cuarto y se quitó el vestido.

El señor Bronstein esperaba en la entrada, volvió a abrir la puerta principal y la cerró de un portazo a propósito.

—Ya estoy en casa —gritó.

Llevaba allí un buen rato. Fue a ver a Chloé y la encontró asomada a la ventana.

—¿No te cansas de observar la avenida?

—Esta noche no hay nada apasionante en la tele —contestó.

El profesor se acercó a su hija.

—No digas nada, papá.

—Mañana mismo iré a ver al señor Groomlat, no podemos seguir así.

—Puedo quedarme unas cuantas noches en casa, no es una tragedia.

—Tienes razón, no tengo nada más que decir, aunque lo piense. Voy a preparar la cena.

Chloé se volvió hacia él.

—¿Y qué piensas exactamente?

*

El señor Groomlat estaba teniendo una mañana muy mala. Tanto que se arrepentía de haber aspirado a ser presidente de la comunidad de vecinos. Como la señora Collins se negaba a venderle el despacho que le alquilaba en el primero, había asentado su poder asumiendo el control de la gestión del edificio. Hasta ese día no había tenido motivo de queja. Los honorarios eran altos, y la tarea no le exigía mucha dedicación. Pero eso ya era demasiado. Uno tras otro, los propietarios habían ido a llamar a su puerta, sin dar muestras de la más mínima cortesía, ya que ninguno se había molestado en concertar primero una cita con él. Y todos para abrumarlo con la misma cantinela: ¿cuándo tendrían un sustituto del señor Rivera?

La primera la señora Clerc, cuyo perro tenía artrosis; después el profesor Bronstein, que se había quejado de que su hija quedara prisionera por las noches; los Williams, inquietos por la recepción que iban a dar la semana siguiente…, ¿cómo subirían sus importantes invitados? Y por último la señora Zeldoff, que había ido a rogarle que encontrara una solución lo antes posible. Que se fuera a encender una vela y lo dejara en paz.

Conseguir hablar con alguien del sindicato de ascensoristas parecía más difícil que contactar con la Seguridad Social. Ya había

dejado tres mensajes. ¿Quién en estos tiempos tenía aún contestador automático? Y sus oficinas estaban en un barrio en el que el señor Groomlat no pensaba poner nunca los pies. Como si tuviera tiempo de perderse en la otra punta de Brooklyn. Para que nadie pudiera reprocharle nada, esa tarde mandaría una carta certificada, a menos que…, pensó, abandonando precipitadamente su despacho. Llamó al ascensor, y Deepak apareció casi enseguida.

—Buenos días —dijo abriendo la reja.

—Ya nos hemos saludado esta mañana.

—¿No va a bajar?

—No, solo quería hacerle una pregunta. ¿Sabría usted de alguien que pudiera sustituir al señor Rivera?

—Me temo que es necesaria una habilidad particular.

—¿Y para qué sirve entonces su sindicato?

—Para defender nuestros intereses, supongo.

—¿Quizá alguno de sus compañeros jubilados quiera volver a trabajar un tiempo?

—Puede ser, habría que preguntárselo.

—Eso es lo que intento desde hace horas.

—Entiendo —suspiró Deepak—, usted querría que me ocupara yo del tema.

—Sería muy amable por su parte…, e interesante para usted.

—Haré lo posible —prometió Deepak.

—Sobre todo hágalo de inmediato, no me pagan para resolver esta clase de contingencias.

Groomlat volvió a su despacho y Deepak bajó al vestíbulo, contrariado. No había esperado a que el contable se lo pidiera para actuar. Y sus amigos del sindicado habían confirmado sus temores. Con el frenesí de construcción que experimentaba la ciudad, escaseaban hasta los porteros y los conserjes, de modo que un ascensorista habilitado para maniobrar un ascensor como el suyo era como buscar una aguja en un pajar. Y si el sindicato no le había devuelto la llamada era, precisamente, porque Deepak había pedido un pequeño favor, aunque era consciente de que, en el mejor de los casos, su estratagema no haría sino aplazar lo inevitable. 862 kilómetros que subir para figurar en el libro de los récords no era mucho pedirle a la vida, sobre todo porque hasta entonces siempre se había contentado con lo que esta le había dado.

Esperó una hora antes de volver a subir a ver al contable. Le aseguró que el sindicato estaba al tanto de la situación y hacía todo lo posible por solucionar el problema, estaban buscando a un sustituto. Mientras tanto, él prolongaría su turno por las tardes con el fin de facilitarle la vida a todo el mundo.

—Póngase de acuerdo con el señor Rivera para que esas horas extra se deduzcan de su salario. Los gastos de este edificio ya son bastante elevados, espero que lo entienda.

—No es necesario que me las pague —contestó Deepak antes de marcharse.

*

Sanji la reconoció de lejos por la manta roja y apaisada con la que se cubría las caderas y que parecía vestir la mitad de su cuerpo.

Se sentó en un banco a su lado y escuchó al trompetista tocar *St. Louis Blues*.

—No pienso ser yo quien entable conversación cada vez que nos encontramos —dijo por fin Chloé.

—Pues acabas de hacerlo —contestó Sanji.

—No pareces muy en forma.

—¿Qué te hace decir eso?

—Soy terapeuta.

—¿No eras actriz?

—En Nueva York tener un solo oficio es un lujo.

—Son oficios bonitos, aunque es un poco triste que ser terapeuta lo sea. Cuanto más grandes son las ciudades, más difícil es encontrar un oído atento.

—¿Pasabas por aquí por casualidad? —preguntó Chloé.

—No, tenía la esperanza de volver a verte.

Chloé se volvió hacia el trompetista.

—Mentiroso, estás aquí por él.

—Me preguntaba qué habría hecho mi padre en mi lugar, estoy esperando una señal —dijo Sanji mirando entre las ramas del gran olmo chino.

—¿Piensas que las almas rondan en los árboles?

—Allá arriba o en otro mundo.

—¿Y qué te habría gustado preguntarle a tu padre?

—Es complicado.

—Lo complicado es formular nuestros problemas.

—¡Pues sí que eres eficaz como terapeuta!

—De modo que crees en las señales —comentó Chloé divertida.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Me gusta mirar la vida que me rodea. Hubo un tiempo, no muy lejano, de hecho, en que recorría los supermercados por las tardes. Espera antes de burlarte. Allí se cruza una con toda clase de gente: estudiantes, trabajadores nocturnos y muchos ancianos que huyen de la soledad.

—Ya no pareces una estudiante, y mucho menos una anciana…

—¿De qué iba esa reunión en la calle 28? Prometiste que si volvíamos a vernos…

—Exacto, lo prometí… Era una entrevista con unos banqueros, he creado una empresa que ha crecido, y tengo que ayudarla a desarrollarse más todavía.

—En resumen, eres un hombre de negocios.

—Un emprendedor. ¿Mis negocios te interesan de verdad o me preguntas por educación?

—Por educación. ¿Tienes tus oficinas en Nueva York?

—En Bombay, he creado una especie de Facebook indio, pero mucho mejor —contestó Sanji con orgullo—. ¿Conseguiste el papel?

—Sí.

—¿Un papel importante?

—¡Inmenso! Interpreto a diez personajes.

—El tiempo que pasarás maquillándote debe de ser interminable.

—Actúo sin maquillaje, soy una actriz a la que los espectadores no ven.

—¿Y cómo es eso?

—Grabo libros. Voz sin imágenes, al revés que en el cine mudo, pero para mí tiene una poesía similar, ¿para ti no?

—Nunca he escuchado un libro.

El cielo se había puesto gris, una fina lluvia resbalaba por las hojas del gran olmo chino justo encima de sus cabezas. El trompetista guardó su instrumento en una funda y se marchó. La gente se precipitó a la salida del parque. Sanji levantó los ojos.

—¿Crees que es una señal?

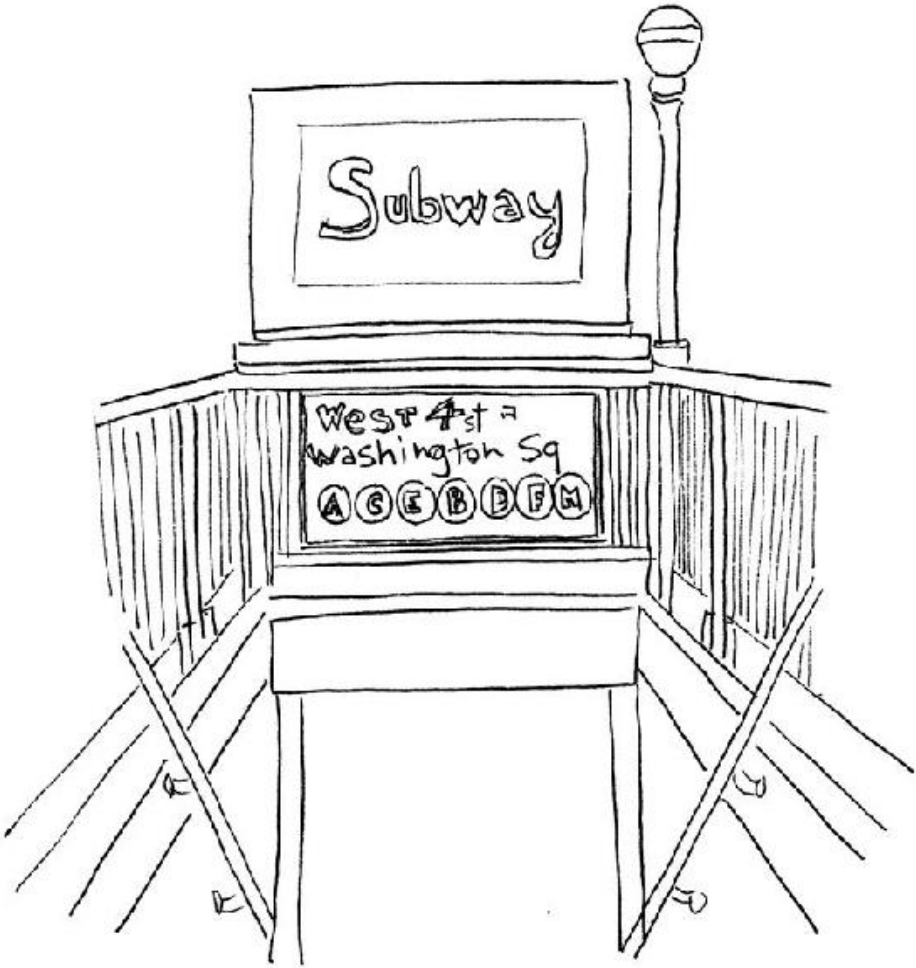
—¿Le has hecho otra pregunta a tu padre?

—No.

—Entonces solo es lluvia de primavera.

Se ofreció a acompañarla a casa, pero Chloé le aseguró que no necesitaba ayuda, que se pondría a resguardo de la lluvia la primera, le dijo desafiándolo. Antes de que Sanji pudiera reaccionar, ya había llegado a la verja del parque. Le dijo adiós con la mano y desapareció por la Quinta Avenida.

*


Subway
West 4st =
Washington Sq
A C E B D F M

7

El señor Groomlat rebuscaba en sus archivos para encontrar una vieja factura. Dos años antes había propuesto a la comunidad de vecinos automatizar el ascensor. El fabricante ofrecía entonces un kit a un precio muy razonable. Los emolumentos de los ascensoristas eran parte importante de los gastos del edificio y eliminarlos habría sido una decisión de buena gestión, de modo que estaba convencido de que podría imponérsela a los vecinos sin dificultad. Pero no había sido así. El ascensor a la antigua representaba un estilo de vida al que estos estaban muy apegados. El señor Bronstein se opuso a que se despidiera a Deepak y al señor Rivera después de tantos años de un servicio leal y entregado. Ya volverían a hablar de todo ello cuando se jubilaran. La señora Williams manifestó su inquietud por la categoría del edificio; los Clerc, por la desaparición de un encanto indiscutible; la señora Collins se enfadó tanto que su reacción sorprendió a más de uno; se negó a seguir escuchando y se marchó de la reunión dando un portazo. El señor Morrison preguntó quién pulsaría los botones cuando ya no estuvieran ahí los ascensoristas. Y como nadie se molestó en contestarle, votó en blanco. Los Zeldoff recontaron los votos antes de ponerse del lado de la mayoría. La moción fue, pues, rechazada.

Pero el contable se cuidó de reconocer que se había tomado la libertad de adquirir el material. Trató en vano de anular el encargo y se las agenció para repartir la suma invertida entre los gastos habituales. Deepak recibió el paquete con el kit. Groomlat fingió que se trataba de un lote de piezas de recambio en oferta, por si el motor se estropeaba, y le ordenó que dejara las cajas en el sótano.

El accidente del señor Rivera le ofrecía una oportunidad inesperada. Aguardaría para actuar a que los vecinos estuvieran

hartos de subir a pie las escaleras. De ahí a unos días, se organizaría un auténtico motín. Por fin se impondría su idea, y le felicitarían por haber sabido anticiparse al problema.

Meticuloso como era, el señor Groomlat prefirió asegurarse de que el kit seguía en su sitio. Bajó al sótano por la escalera de servicio y llegó sin ser visto al trastero donde los ascensoristas almacenaban los productos de mantenimiento.

Descubrió muchas cosas en las baldas metálicas. Y explorando el fondo del cuartito, encontró por fin lo que buscaba debajo de unas tuberías de la calefacción. Eran dos grandes cajas que desplazó para comprobar el contenido. El kit de automatización parecía en perfecto estado. Satisfecho, volvió a cerrar las cajas deprisa y corriendo, y las devolvió a su sitio con el pie antes de salir del sótano con discreción.

*

Los días de lluvia el mármol del vestíbulo se manchaba de barro. A última hora de la tarde, Deepak bajó al sótano a buscar un cubo y una fregona. Se paró en el umbral del trastero y buscó lo que no le cuadraba. Acabó por posar la vista sobre dos cajas de cartón. Adivinó quién las había abierto.

Pesaroso, subió a fregar el suelo del vestíbulo.

Como buen guardián del templo permaneció en su puesto, esperando pacientemente a que todos los vecinos volvieran a sus casas.

A las ocho y media Deepak se puso la gabardina. Las aceras mojadas brillaban a la luz del anochecer. Paró de camino para comprar una caja de bombones y fue al Beth Hospital. Pulsó el botón del ascensor con una mueca despectiva, recorrió un pasillo, preguntó a una enfermera que pasaba por allí y llamó a la puerta del señor Rivera.

—¿Te duele mucho? —inquirió preocupado al verle la pierna, que colgaba estirada de una polea.

—Solo cuando me río —contestó el señor Rivera.

Deepak dejó los bombones sobre la mesita de noche, entre dos frascos de analgésicos y una vieja revista.

—En menuda situación nos he puesto a los dos —suspiró el

señor Rivera.

—Me estoy haciendo cargo, ya ves a qué hora llego.

—Los médicos me han dicho que tengo para dos meses.

—Es un milagro que no te hayas matado en esa dichosa escalera, así que dos meses tampoco me parece tanto.

Rivera volvió a suspirar.

—Cuando se enteren, querrán despedirme.

—Están tan ocupados buscando a alguien para sustituirte que les traen sin cuidado las circunstancias de tu accidente —contestó Deepak.

—Si el seguro se inmiscuye, se descubrirá el pastel.

—¡Te he dicho que no te agobies! Me he inventado una historia, y se la creerán.

—Pero tienes mal aspecto.

—Mira quién fue a hablar, con una escayola hasta la cadera.

Siguió un nuevo silencio. El señor Rivera no se decidía a hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza.

—Está nerviosísima, si es lo que te interesa —le confió Deepak —, pero tarde o temprano se calmará.

Rivera hizo una mueca y renunció a incorporarse en la cama.

—Espera, que te voy a colocar mejor las almohadas.

—Mi mujer también debe de estar nerviosísima.

—Iré a visitarla —le prometió Deepak.

—Como si no te hubiera causado ya bastantes problemas, además no te reconocerá.

—Entonces, no notará tu ausencia.

—¿Sabes?, pensándolo bien, igual mi futuro sustituto debería sustituirme del todo…

—¿De qué te sientes culpable, tonto? Tu mujer vaga por otro mundo desde hace diez años, sacrificas por ella cada momento libre que tienes. Has trabajado toda tu vida y, a tu edad, sigues al pie del cañón como un esclavo. ¿Y quieres crucificarte por haber cedido a un poco de ternura?

—Es que… —balbució Rivera—, creo que es más que ternura.

—¿Por tu parte o por la de la señora Collins?

—Por la de ambos, espero.

Deepak rebuscó en el bolsillo de su gabardina y sacó una edición de bolsillo de una novela policiaca que dejó sobre la cama.

Rivera la cogió y le volvió el color a la cara; a Deepak le pareció incluso verlo sonreír.

Una auxiliar entró en la habitación y anunció sin rodeos que el horario de visitas llegaba a su fin.

Deepak se levantó y se puso la gabardina.

—Volveré mañana —dijo.

—Aún no me has dicho por qué tienes esa cara.

—Ha venido el contable a inspeccionar el trastero. Pero, como te he dicho, tengo controlada la situación, no van a arrebatarme mi sueño.

Se acercó a la cama.

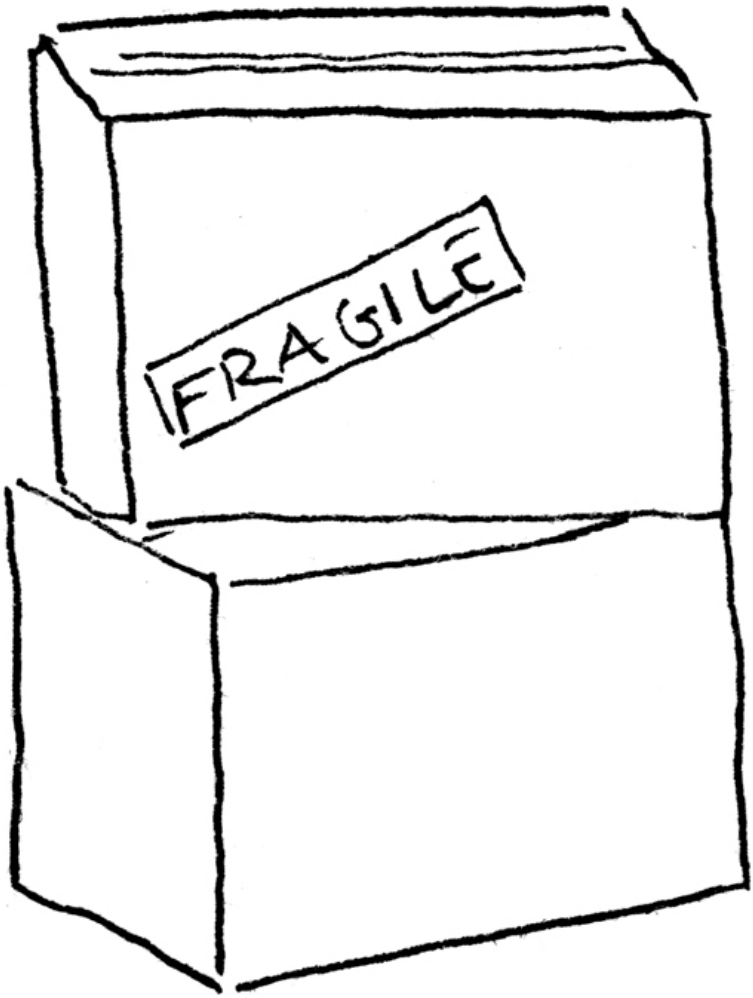
—Recupera fuerzas, yo me encargo de todo —dijo dándole unas palmaditas en la mano a su compañero.

Cogió un bombón de la caja y se marchó.

*

Deepak había decidido sincerarse con su esposa. Si tardaba demasiado en hacerlo, Lali se lo reprocharía. Pero compartir sus preocupaciones sin alarmar a su mujer no sería fácil. La felicidad de su esposa le importaba más que su ascensor y sus sueños de hazañas. Al terminar la cena, después de preguntarle cómo le había ido el día, se contentó con hacerle una preguntita anodina: ¿todavía había ascensores manuales en Bombay?

Una pregunta que, para Lali, no tenía nada de anodina.


FRAGILE

*

El día en que volví a Nueva York

Rechacé la ambulancia que me ofrecieron, porque, para empezar, no me gusta ir en coche. De niña, en cuanto nos subíamos al coche de mi padre para ir de compras o pasar una tarde de fin de semana en Nueva York, el paseo se transformaba en un horror, sobre todo para mis padres. No sé si era por el olor del cuero, el balanceo de la suspensión o mi costumbre de mirar por el retrovisor para ver lo que pasaba detrás, pero el caso es que viajaba con una cantidad impresionante de bolsas de papel que mamá me ponía en el regazo antes de salir, y papá tenía que parar a menudo para tirarlas conforme las iba llenando. Con cinco años solo viajaba en ayunas, y cuando me quejaba a gritos de que tenía sed, mis padres no me hacían ni caso.

Hasta que cumplí los trece, nunca se atrevieron a llevarme a más de cincuenta kilómetros de casa. Al menos su divorcio tuvo una cosa buena: mamá se quedó la casa de Connecticut, porque la había comprado ella, y papá y yo nos mudamos a Nueva York. ¡Adiós a los viajes en coche! El metro y el bus se convertirían para mí en los instrumentos de una libertad casi paradisiaca. Pero mi aversión al coche no era la verdadera razón por la que rechazaba la ambulancia para volver a casa: había llegado allí en tren, antes…, y estaba decidida a volver de la misma manera… después.

En la estación, así como en el tren, me arrepentí de mi valentonada. Ya no había personal del hospital, ni desconocidos que venían a felicitarme, solo viajeros que se volvían a mi paso, curiosos al ver mis piernas, a las que les faltaban cuarenta centímetros y dos pies. Mucha atención para tan poca cosa. Cuarenta centímetros eran solo un 25% de mi estatura. Hay gente que ha perdido más que eso, ¿y a quién le importa? Francamente, ¿qué es el cuarto de una persona?

*

8

El despertador sonó a las 5:15. Deepak acostumbraba a abrir los ojos unos minutos antes y lo apagaba para no alterar el sueño de su mujer. Deepak echaba mucho de menos su rutina habitual. Y, como ya nada era como de costumbre, Lali no estaba a su lado.

—Qué madrugadora —dijo al descubrirla en la cocina.

—No he pegado ojo en toda la noche.

—Deberías ir al médico para tratarte el insomnio —le sugirió bebiéndose el té.

—No necesitamos un médico, sino un ascensorista.

—Escúchame bien, Lali. Hemos sobrevivido a cosas peores, y hemos conseguido construirnos una vida decente. Me hubiera gustado poder darte una más fácil, más cómoda, pero lo he hecho lo mejor que he podido. Si tengo que jubilarme antes de lo previsto, sobreviviremos una vez más, solo tendremos que ajustarnos un poco el cinturón.

—Escúchame tú también. Nunca habría querido otra vida que la nuestra. No tengo intención de que cambie, y menos aún de que cambies tú. Así es que vamos a encontrar una solución, aunque tenga que sustituir yo a Rivera.

—No digas tonterías.

—Quién conoce mejor que yo tu dichoso Marajá Express: llevas treinta y nueve años hablándome de él como si se tratara de un niño, me sé de memoria el ronroneo de su regulador, el silbido del contrapeso, puedo imitar la campanilla y el chirrido de la reja cuando se te olvida engrasarla. No creo que necesite mucho tiempo para aprender a manejar esa dichosa palanca.

—Tampoco es tan fácil, no te vayas a pensar —contestó Deepak un poco molesto.

Se levantó, besó a Lali en la frente y cogió su gabardina.

—Es incluso más complicado de lo que crees —añadió antes de marcharse.

Pero, mientras bajaba la escalera, le emocionó la idea de que Lali hubiera pensado en sacrificar su descanso por ayudarlo.

Esta se puso un atuendo más elegante que de costumbre, se miró en el espejo y salió del apartamento poco después que su marido.

Se metió en el metro y salió en la estación de Union Square. Los granjeros del valle del Hudson habían invadido la plaza. Los tenderetes aportaban sus colores al mercado y los pasillos entre unos y otros estaban abarrotados de gente. Lali no había ido a comprar, los precios de ese barrio estaban muy por encima de sus posibilidades.

Los perales chinos regaban de pétalos blancos las aceras de la Quinta Avenida. Lali necesitaba andar un poco para poner en orden sus ideas y encontrar el tono y las palabras adecuadas antes de llegar a su destino.

Se detuvo delante del número 12, respiró hondo para infundirse valor y entró en el edificio con la cabeza bien alta.

Deepak cerró la puerta del taxi que le había parado a la señora Williams y volvió precipitadamente al portal.

—¿Qué estás haciendo aquí? No me digas que sigues con esa idea descabellada…

—No me hables de ideas descabelladas, que en ese terreno tú te llevas la palma. Solo he venido a probar tu bonito ascensor antes de que sea demasiado tarde, no me irás a negar el capricho.

Deepak vaciló, pero no conocía a nadie más testarudo que su esposa.

—¡Un trayecto y nada más! —masculló.

Lali imitó el chirrido de la reja cuando Deepak la cerró, seguido del ronroneo del motor cuando la cabina se elevó.

—Si es para burlarte, puedes irte por donde has venido…

—Nunca te atreverías a hablarle así a uno de tus pasajeros, así que llévame hasta el octavo y en silencio, por favor. Quiero el mismo trato que los demás.

—Muy bien, un trayecto de ida y vuelta al octavo, y te vas —contestó en tono autoritario.

Pero, una vez en el octavo, Lali le pidió que abriera la reja y salió al rellano.

—Pero ¿a qué estás jugando? —preguntó Deepak, irritado.

—Quiero el servicio completo y de primera categoría, así que vuelve al vestíbulo, te llamo, y luego subes a buscarme con la misma deferencia que si fuera propietaria de un piso en tu precioso edificio.

Deepak se preguntó qué mosca le había picado a su mujer, cerró la reja, y la cabina bajó.

Esperó unos minutos en el portal, se extrañó de no oír la campanilla y volvió a subir, inquieto, al octavo. Su inquietud aumentó cuando comprobó que su mujer ya no estaba en el rellano.

*

Chloé invitó a Lali a sentarse en el sofá.

—Vuelvo enseguida, voy a prepararle un té —le dijo.

Que la sirvieran así en un lujoso apartamento le parecía tan extraordinario que Lali no opuso ninguna objeción. Aprovechó ese momento de soledad para admirar las vistas.

—Es mi atalaya —explicó su anfitriona, volviendo con una bandeja en el regazo—. Desde el ángulo de la ventana se ve el arco de Washington Square Park. Bueno, a usted le bastará con inclinarse un poco.

—Debe de ser maravilloso vivir así.

—¿En silla de ruedas?

—No quería decir eso.

—¿A qué tanta urgencia? ¿Ha empeorado la salud del señor Rivera?

—No, se trata de otra persona.

—¿Deepak?

—De su contable, el del primero.

Lali le reveló la existencia del kit que iba a poner fin a la carrera de su marido. No sabía qué la había llevado a ir a ver a la joven. Hasta entonces siempre había sido capaz de resolver todos sus problemas, pero por primera vez en la vida se sentía desvalida. Necesitaba una aliada en la batalla, alguien que aplacara el ansia del señor Groomlat hasta que encontraran una solución. Al descubrir el plan del contable, a Chloé le costó contener la ira.

—Aún no sé cómo, pero lograremos desbaratar sus planes, confíe en mí. Denunciarlo no serviría de nada, encontraría la

manera de justificarse. Tenemos que desacreditarlo. Seguro que esta no es su primera jugarreta, podría entrar discretamente en su casa y rebuscar en sus papeles.

—Lo de discretamente no lo veo claro.

—Su marido tiene una copia de la llave.

—Hay que mantener a Deepak al margen. Es un hombre tan recto…

Chloé iba con su silla del sofá a la ventana y de la ventana al sofá.

—Yo también ando de un lado a otro cuando tengo que pensar —comentó Lali, antes de corregirse, disculpándose.

—No se preocupe. Voy a intentar ganar unos cuantos días, hablaré con mi padre, siempre sabe darme buenos consejos.

—Le diga lo que le diga, no meta a Deepak en esto. Si se enterase de que tramo algo a sus espaldas no me lo perdonaría.

—¿Quiere bajar por la escalera de servicio?

—Ya tenemos bastante con un accidente.

Chloé acompañó a Lali hasta la puerta.

El ascensor llegó hasta el octavo y Deepak le ofreció a su esposa un servicio a la altura de sus expectativas. No le dirigió la palabra, no la miró siquiera cuando entró en la cabina, la precedió en el vestíbulo, en silencio, y la acompañó hasta la acera. La saludó levantando la gorra y volvió a su puesto detrás del mostrador. Nada más sentarse, sintió vibrar el móvil en el bolsillo.

—Otros ochenta y ocho metros más —dijo, subiendo hasta el octavo.

*

Sanji y Sam cruzaban Times Square.

—Debe de ser la primera vez que no bostezas durante la reunión… Tu intervención ha sido bastante convincente, me han dado ganas de invertir yo también —exclamó Sam.

—Las ganas solo no bastan —contestó Sanji.

—No seas impaciente, aún nos quedan veinte inversores con los que entrevistarnos.

—Sam, voy contrarreloj, y si fracaso, lo pierdo todo.

Sam retuvo a Sanji del brazo.

—Espera, puede que tenga una idea. Lo que frena a nuestros

inversores es tener que colocar el dinero en India. ¿Por qué no abres una filial en Estados Unidos?

—Porque me falta tiempo.

—Este país es el templo del capitalismo, crear una empresa solo te llevará unos días, puedo encargarme yo de ello.

—¿Y cuánto costaría?

—Solo los honorarios de un abogado que redacte los estatutos. Nada comparado con lo que podríamos conseguir a cambio. Pero tendrás que hacer un aporte financiero para demostrar que eres el primero que cree en tu proyecto. Bastaría con medio millón de dólares, ¿te supone eso un problema?

Sanji pensó en Chloé y, de pronto, le sedujo la idea de montar una oficina en Nueva York. Había un único obstáculo: su fortuna era tangible, pero no líquida. La única manera de disponer de la cantidad necesaria era pidiendo un préstamo sobre parte de sus acciones del Bombay Palace Hotel. Curiosamente, ya no le importaba ponerse a sus tíos en contra.

—De acuerdo —dijo—, ahora mismo llamo a Bombay para conseguirte esa cantidad. Voy a encargar a un equipo de programadores que maquete una interfaz destinada al mercado estadounidense, dentro de unas horas sabremos de qué disponemos.

—Pero qué dices, si en India es de noche ahora…

Atraído por un efluvio, Sanji se puso a olisquear como un roedor alerta.

—¿Te crees que eres un conejo? ¿Se puede saber qué haces? —preguntó Sam, irritado.

Sanji se volvió, había reparado en un vendedor ambulante.

—Bombay nunca duerme, sígueme, vas a descubrir una cosa.

—¿Qué es esto? —preguntó Sam, inquieto, cuando el vendedor le dio una especie de hamburguesa.

Entre las dos rebanadas de pan, en lugar del filete de carne había una extraña fritura cubierta por una pasta anaranjada aún más extraña.

—Si quieres vivir en la India algún día, empieza por acostumbrarte a nuestra cocina.

Sam mordió con prudencia el bocadillo, hizo una mueca de asombro al apreciar el sabor del *vada pav* y tragó. Cuatro segundos más tarde tenía los ojos bañados en lágrimas y la cara muy roja.

Pidió una botella de agua y se la bebió del tirón.

—Esta te la pienso devolver —dijo medio ahogándose.

*

El dueño del restaurante Chez Claudette recibió a los Bronstein con los brazos abiertos.

Se inclinó para besar a Chloé y se colocó detrás de ella. El señor Bronstein no entendía por qué Claude era el único con licencia para empujar su silla de ruedas.

—Ya tienen preparada su mesa —exclamó el dueño antes de recomendarles la bullabesa—. Está deliciosa —añadió.

—Pues dos bullabesas —contestó el profesor.

Chloé le contó su día y la visita de Lali, y le reconoció que no sabía cómo frustrar los planes de Groomlat.

—Que haya comprado el material a nuestras espaldas es inadmisible —protestó su padre—, pero instalarlo te devolvería la libertad.

—¡No puedes pensar eso, tú no! —se indignó Chloé—. ¿Y qué sería de Deepak y del señor Rivera?

—Quienes razonen así serán nuestros vecinos. Yo me opondré, por supuesto, pero somos un voto contra ocho.

—No, la señora Collins estará de nuestro lado, y ella es la dueña de la oficina de la primera planta, por lo que sumamos ya tres votos contra ocho. Bastaría con convencer a un solo propietario para conseguir el *statu quo*.

—Podríamos tratar de ganarnos al señor Morrison, todo dependerá de su grado de alcoholemia en el momento de la reunión.

—¿Qué reunión? —se inquietó Chloé.

—No quería disgustarte más, pero Groomlat ha convocado una junta extraordinaria, he recibido un correo electrónico colectivo en el que nos informa de que ha encontrado una solución al problema del ascensor. Ahora lo entiendo todo…

—¿Cuándo?

—Mañana a las cinco de la tarde.

Al final de la cena Chloé pidió la cuenta, pero Claude se negó, como cada vez, y los acompañó hasta la puerta.

—¿Por qué es tan generoso con nosotros? —insistió Chloé.

—No soy generoso, sino agradecido. ¿Su padre nunca se lo ha contado? Cuando abrí el restaurante, la clientela de este barrio acomodado se burlaba, y me daban tres meses como mucho antes de tener que cerrar. No se equivocaban. Pasados los primeros días, los curiosos no volvieron. Si supiera la cantidad de noches que solo servimos a un puñado de clientes… Pero el señor Bronstein nos era fiel, alababa mi cocina, me animaba a seguir pese a todo y se le ocurrió una idea brillante.

—Le sugerí que aplicara la ley de la oferta y la demanda —terció el profesor—. Rechazar todas las reservas durante una semana, con el pretexto de que el restaurante estaba completo hasta el lunes siguiente.

—Y el lunes siguiente la sala estaba casi llena, lo cual es mucho para un lunes por la noche. Corrió el rumor de que se había vuelto imposible conseguir mesa en *Chez Claudette*. Justo lo necesario para que todo el mundo quisiera una. Diez años más tarde, seguimos hasta arriba de clientes, salvo los lunes. Así es que siempre serán mis invitados.

*

Esa noche Chloé apenas pudo conciliar el sueño. La causa de su insomnio quizá fuera la luna llena.

Ensayó su texto hasta el amanecer, mientras iba de vez en cuando a la ventana a observar la calle. Esa noche, tarde, la había interrumpido una llamada de Julius, que quería saber cómo estaba.

El señor Williams se pasó parte de la noche redactando su crónica. La señora Williams tenía que entregar las últimas páginas de su libro antes del final de la semana y se quedó dibujando en su despacho.

Después de hacer el amor, los Clerc recuperaban fuerzas viendo la televisión.

La señora Collins se llevó el loro a la cocina, le leyó una novela policiaca en voz alta y prorrumpió en sollozos cuando el policía se torció un tobillo persiguiendo a un ladrón.

El señor Morrison regó una ópera de Mozart con una botella de Macallan hasta las cinco de la mañana, hora en la que se desplomó sobre su alfombra persa.

Los Zeldoff se habían peleado, el señor Zeldoff se había ido al

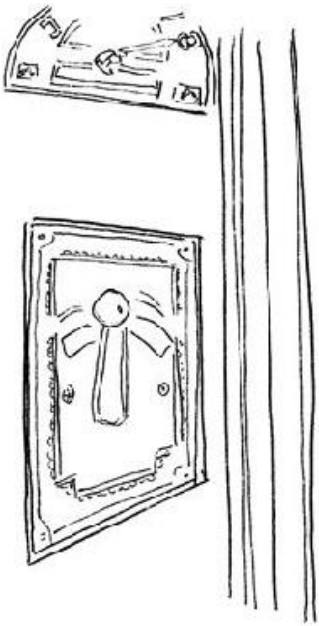
sofá, y los ruidos de la calle no le dejaban pegar ojo. Su esposa recitaba salmos en la cama para granjearse el perdón divino por haber dicho groserías.

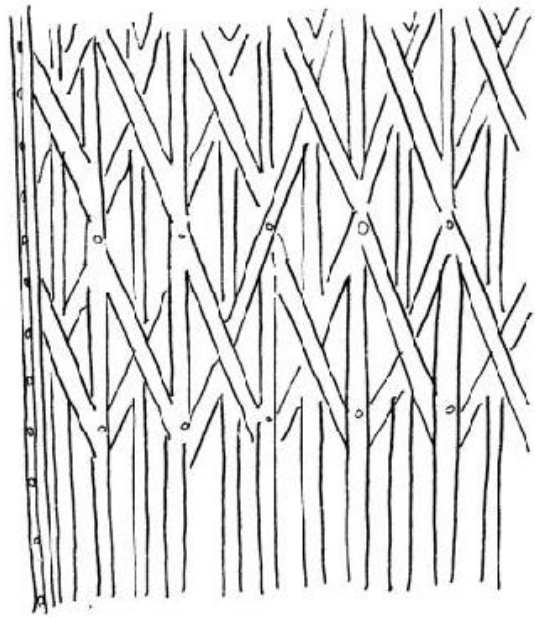
El señor Rivera leyó buena parte de la noche. El frasco de calmantes que había en su mesita de noche estaba fuera de su alcance. Renunció a llamar al timbre, pues la enfermera de la novela había envenenado a su paciente.

En el 225 de la calle 118 Este, sentado a un escritorio improvisado que su tía había colocado en la habitación azul, Sanji hablaba por Skype con sus informáticos de Bombay mientras copiaba en su portátil las cifras estimadas para su empresa.

Acurrucado junto a su mujer, Deepak era el único ajeno a la luna llena pues dormía a pierna suelta, aunque no por mucho tiempo.

*





9

—¿Qué hora es? —masculló Deepak frotándose los ojos.

—La hora de decirle a tu esposa que es una mujer maravillosa.

Deepak cogió las gafas y se incorporó para observar a Lali.

—¿Y eso no podía esperar a que sonara el despertador?

—Estoy harta de dar vueltas en la cama, levántate, tenemos que hablar. Voy a preparar el té.

Deepak se preguntó si su mujer no estaría perdiendo el juicio.

—Son las cuatro de la mañana, y no tengo ninguna gana de té —protestó—. Hace tiempo que sé que eres una mujer excepcional. Te estaré eternamente agradecido de que hayas querido ser mi esposa. Ahora que está dicho, ¿puedo seguir durmiendo lo poco que me queda?

—De ninguna manera, me vas a escuchar: he encontrado la solución a nuestros problemas.

—¿No seguirás con tu idea descabellada de convertirte en ascensorista de noche?

—No, hombre, pero ya sé quién podría sustituir al señor Rivera.

Deepak se inclinó para mirar debajo de la cama, levantó la almohada y descorrió y volvió a correr las cortinas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lali.

—Pues como has encontrado a nuestro salvador dando vueltas en la cama, no debe de estar muy lejos, así que lo estoy buscando.

—¡No es momento de hacer el tonto!

—Me has repetido mil veces que lo que te cautivó de mí fue mi sentido del humor, yo que creía que era mi forma de batear jugando al críquet…

—De acuerdo, ¿quieres seguir haciendo el tonto? Entonces busca mejor, tienes razón, ¡no anda muy lejos!

—Lo que me temía —suspiró Deepak—, has perdido el juicio.

—Encontrar un ascensorista cualificado y sindicado para satisfacer las exigencias de las compañías de seguros, ¿no fue eso lo que me explicaste?

—Así es, pero yo nunca te he explicado eso —se extrañó Deepak.

—¡Lo que demuestra que soy aún más inteligente de lo que piensas!

—Y yo debo de ser idiota, porque no entiendo adónde quieres llegar.

—¡Sanji!

—¡Sigo sin entenderlo!

—Les dirás a tus amigos del sindicato que tu sobrino es un ascensorista experimentado en Bombay, solo tendrán que firmarle un contrato de prácticas. Después de tantos años cotizando, a ver si hacen algo por ti por una vez. Y el maldito contable no podrá oponer ninguna objeción.

—Ahora entiendo lo que fuiste a hacer al octavo… Muy generoso por tu parte y te lo agradezco mucho, pero en tu plan hay un detallito que no cuadra.

—¡Mi plan es perfecto! —se indignó Lali.

—¡Tu sobrino no está en absoluto cualificado!

—Trabaja en el ámbito de la alta tecnología, ¿crees que manejar un ascensor no está a la altura de sus competencias? ¡A menos que seas tú quien no se siente a la altura de ser su profesor! Enseñar tu saber es un deber que deberías haberte impuesto desde hace tiempo, así no estaríamos ahora en este atolladero.

Al hablar de deber, Lali había puesto el dedo en la llaga. Deepak se molestó, pero a ella le traía sin cuidado…, pues eso era precisamente lo que esperaba que ocurriera.

—Pongamos que lo formo —prosiguió él en tono sentencioso—. Pongamos que mis colegas del sindicato acepten este fraude, ¿quién te dice que Sanji estará de acuerdo? A no ser que ya lo hayas tramado todo a mis espaldas.

—Sé cómo convencerlo.

—Pues yo apuesto a que no. Volveremos a hablar del tema cuando lo hayas hecho —contestó Deepak.

Se quitó las gafas, apagó la luz y hundió la cabeza en la almohada.

*

Sanji abrió los ojos y cogió el móvil. Había trabajado hasta tan tarde que la luz del día no lo había despertado. Se levantó de un salto, se precipitó al cuarto de baño y salió poco después, vestido con un traje elegante. Para complacer a Sam hasta se puso corbata.

—De qué cosas depende la credibilidad en este país… ¡Y luego el loco soy yo! —masculló delante del espejo.

Llamó a un coche con el móvil y se dirigió a la entrada.

—Qué elegante —exclamó Lali—. ¡Pareces un banquero!

—Me he vestido así porque he quedado con uno.

—¿Quieres almorzar conmigo?

—Hoy tengo un día muy ajetreado, ¿mejor en otra ocasión?

—Es urgente, tengo que hablar contigo —le suplicó.

Sanji observó a su tía. No concederle algo de su tiempo habría sido una falta de respeto.

—Vale, me las apañaré. Ahora tengo que irme pitando, nos vemos hacia las cinco en Washington Square Park, en uno de los bancos cerca del tipo que toca la trompeta.

—¿Qué tipo?

—Lo reconocerás —exclamó Sanji bajando la escalera a toda velocidad.

*

Sam se moría de impaciencia, Sanji entró en su despacho disculpándose.

—¿En India es tradición llegar siempre tarde?

—En Bombay sí. Con el tráfico que hay, llegar una hora tarde como mucho se considera ser puntual… —contestó Sanji.

—¡Estamos en Nueva York!

—Y como en India nunca dormimos, tengo los números que me pediste, me he pasado toda la noche trabajando.

—Entonces vámonos ya, nuestro cliente nos está esperando, es a él a quien tienes que convencer.

Sanji se pasó el día defendiendo su proyecto. Desde el East River, el sol trepó por la Quinta Avenida y declinó hacia el Hudson River.

El señor Bronstein, que había abreviado su clase, volvió a casa a

las 16:45, cruzando Washington Square Park.

En ese mismo momento Lali entró en el parque por la puerta opuesta y se dejó guiar por la música.

A las 17:00, agotado pero optimista por primera vez, Sanji se despidió de Sam. Todavía no estaba nada ganado, pero este se veía ya dirigiendo las finanzas de un imperio indio-estadounidense que pondría verdes de envidia a los tíos de Sanji.

A las 17:05 Deepak llevó al señor Bronstein a la primera planta. Todos los vecinos lo esperaban en el despacho del señor Groomlat para empezar la reunión, con excepción de la señora Collins, que había delegado en él su voto para oponerse a la propuesta del contable.

A las 17:10 Sanji recorría los senderos de Washington Square Park. Arrojó la corbata en la primera papelera que encontró.

Lali lo esperaba en un banco.

—Aquí estoy —dijo, sentándose a su lado—. Siento el retraso.

Lali miraba el sombrero del trompetista en el suelo.

—¿Mi hermano siguió tocando el clarinete?

—Toda su vida.

—Qué lata me daba con el *jazz* de jóvenes. De vez en cuando lo escucho, me trae recuerdos.

—¿Buenos recuerdos?

—Cuando me miro en el espejo, no me veo a mí. Sigo siendo esa muchacha que recorría las calles de Bombay. Me gustaba tanto saltarme las prohibiciones, ser libre…

—¿Tan dura era tu vida?

—Era difícil. Siempre lo es cuando uno se siente diferente.

—¿Nunca has pensado en volver?

—Soñaba con ello todos los días, y aún hoy, pero hubo un tiempo en que era demasiado arriesgado para Deepak.

—¿Tanto? Podríais haber ido de vacaciones.

—¿Para encontrar qué? ¿Puertas cerradas? ¿A una familia que se habría negado a verme y a conocer al hombre al que quiero? Perder a tus padres es una prueba dolorosa, pero es algo natural. Cuando reniegan de ti, eso es algo mucho más cruel. ¿Cómo puede el respeto a las tradiciones ser más importante que el amor a los hijos? Mi juventud fue para mí un santuario. El oscurantismo no es sino odio, y la religión, un pretexto para absolverlo.

—Creo saber de qué hablas.

—No sabes nada de nada. Eres hombre y de una casta superior, por lo que eres libre. Mi padre me echó porque se avergonzaba de su propia hija, y mis hermanos no se lo impidieron. Pero tenemos algo en común. Tú y yo formamos la única familia que nos queda.

—Hace unos días ni siquiera nos conocíamos.

—Oh, pienso que me conocías mucho más de lo que dices. No nos hemos encontrado por casualidad. Cuando necesitabas apoyo familiar, te volviste hacia mí pues sabías que yo era la única que estaría dispuesta a ayudarte, ¿verdad?

—Probablemente…

—Me alegro de oírtelo decir, pues ahora necesito yo que me hagas un pequeño favor.

—Lo que quieras.

—¡Por fin! Sabes que el compañero de Deepak se ha roto una pierna, ¿verdad?, pues su accidente tiene consecuencias para nosotros. Sus jefes quieren aprovechar la situación para automatizar el ascensor.

Por más que Sanji se estrujara la cabeza no veía en qué lo concernía eso a él.

—Espero que, después de todos estos años de servicio, a Deepak le den una indemnización —contestó.

—Cuanto más rica es la gente, más rácana es, de hecho, quizá por ello sea rica. Pero para Deepak no es una cuestión de dinero, lo que está en juego es su orgullo y su vida.

—¿Qué tiene que ver su orgullo aquí? No ha sido culpa suya.

—Deepak era un jugador de críquet excepcional, la selección nacional le había echado el ojo. Le aguardaba una carrera profesional, la llave que abre las puertas de las barreras sociales, habría sido la admiración de todos. Pero tuvimos que huir. De deportista de alto nivel pasó a ser ascensorista en una ciudad extranjera. ¿Te haces una idea de por lo que tuvo que pasar? Entonces, para preservar su dignidad, a tu tío se le metió en la cabeza realizar una hazaña.

—¿En el críquet?

—Más bien en el alpinismo: recorrer tres mil veces la altura del monte Nanda Devi a bordo de su dichoso ascensor, y lleva treinta y nueve años agarrándose a esta quimera. Pero sus jefes quieren

privarle de ella, justo cuando tan cerca estaba de lograr su objetivo, y yo no puedo permitirlo.

—¿Por qué tres mil veces la altura del Nanda Devi?

—¿Y por qué no?

Sanji miró a su tía, pasando de la risa a la sorpresa al ver que no podía estar más seria.

—¿Y cómo podría yo ayudarlo a subir tres mil veces la altura del monte Nanda Devi? Antes de nada, quiero que sepas que siento vértigo solo de subirme a un taburete.

—Sustituyendo un tiempo al señor Rivera.

El trompetista terminó la pieza, guardó el instrumento y recogió las monedas que la gente de buena voluntad había dejado en su sombrero.

—Lali, no te lo he contado todo: dirijo una empresa en Bombay. Soy responsable de más de un centenar de empleados. Si he venido a Nueva York, es para hacer prosperar mis negocios.

—Y eres un hombre demasiado importante para ser ascensorista una temporada, ¿es eso?

—No es lo que he querido decir.

—Es exactamente lo que acabas de decir.

—No es que sea demasiado importante, pero estoy demasiado ocupado.

—Tus ocupaciones son más importantes, pues, que ayudar a tu familia.

—No tergiverses mis palabras, ponte en mi lugar. ¿Cómo podría ocuparme de mis negocios trabajando de noche en un ascensor?

—Deja que te pregunte algo. ¿Qué sabes de tus empleados? ¿Conoces a sus esposas, sabes el nombre de sus hijos, sus fechas de cumpleaños, sus costumbres, sus alegrías y sus penas?

—¿Cómo podría? Son más de cien, ya te lo he dicho.

—Entonces no ves gran cosa desde lo alto de tu pedestal. Deepak, en cambio, lo sabe todo de la vida de los vecinos de su edificio. La mayoría de ellos lo considera un simple factótum, pero él vela por su vida diaria, puede que los conozca mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos, los protege. Deepak es un intermediario. ¿Qué eres tú?

—No pongo en cuestión las cualidades humanas de tu marido, y si te he dado esa impresión, te pido disculpas.

—Concédeme un minuto más —le pidió Lali, metiendo la mano en el bolso.

Sacó una moneda de veinticinco centavos de su monedero y se la puso a Sanji en la palma de la mano, antes de cerrarle el puño.

—Vuelve la mano y ábrela —le ordenó.

Sanji hizo lo que le pedía su tía, y la moneda cayó a sus pies.

—Eso es lo que le ocurrirá a tu fortuna el día que te mueras.

Dicho esto, se marchó.

Turbado, Sanji recogió la moneda. Levantó la mirada hacia las hojas del gran olmo chino, más turbado todavía, y corrió detrás de su tía.

—¿Cuántas noches? —le preguntó.

—Unas semanas.

—No había previsto quedarme tanto tiempo en Nueva York.

—Si quieres, puedes; a menos que un hombre tan importante como tú no goce de libertad.

—Sin ánimo de faltarte al respeto, menuda manipuladora estás hecha.

—Gracias por el cumplido, ¿a quién crees que te pareces? Bueno, ¿qué, aceptas o no?

—Diez noches, después tendrás que encontrar a otra persona.

—Haré lo posible.

—Habría bastado con un simple gracias.

—Las gracias me las darás tú, estoy segura de que esta experiencia te será beneficiosa.

—Pues no veo cómo.

—¿No has inventado un sistema para reunir a la gente?

—¿Cómo lo sabes?

—Te he *gualizado*.

—¿Que me has qué?

—He encendido un ordenador y he buscado información sobre ti; para alguien que pretende estar en el ámbito de la alta tecnología, ¡si no sabes lo que es *gualizar*, resulta preocupante!

—¡Guglear!

—¡Pues lo que yo he dicho! A ti que tienes la ambición de unir a la gente, te ofrezco la ocasión de aprender a conocerla. Vete a ver a Deepak, tienes varios días para que te forme. En cuanto tengamos tu contrato de prácticas, todo estará en regla y podrás empezar a

trabajar.

—¿Qué contrato de prácticas? —preguntó Sanji, inquieto.

Lali le dio un beso en la frente y se marchó agarrando su bolso con fuerza.

*

El día en que volví a casa

Al bajar del tren en Penn Station, renuncié a coger el metro. Ese metro de Nueva York que tanto me gustaba cuando llegué de Connecticut ahora me daba un miedo tremendo. Los vagones van siempre hasta arriba y temía morir asfixiada entre la multitud.

Tengo que aprender a vivir a otra altura, mi horizonte está ahora en el pecho de la gente que circula a mi alrededor. ¿Qué culpa tiene de empujarme? Curiosamente, los que no apartan los ojos del móvil son los menos peligrosos, caminan con la cabeza gacha, por lo que aparezco en su campo de visión.

Deepak me esperaba en la acera. Fiel a sí mismo, abrió la portezuela del taxi y hasta su «Buenos días, señorita Chloé» era el de siempre. Papá me dio mi tabla, fue a sacar la silla del maletero y, tras abrirla, me la acercó lo mejor que pudo. Yo hice mi maniobra de resbalar sobre la tabla ante la mirada impasible de Deepak, que hacía como si todo fuera normal.

«Se alegran de verla de vuelta en casa», murmuró.

Yo no lo entendí inmediatamente, pero, cuando levantó la cabeza, seguí su mirada. Mis vecinos estaban asomados a las ventanas: los Williams, los Clerc, los Zeldoff, el señor Groomlat y hasta el señor Morrison.

La señora Collins me esperaba en el vestíbulo, tan alegre como siempre. Me abrazó y me besó. Papá quería subir a encender la luz de casa antes de que yo entrara. Deepak lo llevó y la señora Collins se ofreció a quedarse conmigo. Estaba callada, pero cuando oímos que bajaba el ascensor, me dijo al oído que estaba guapísima, como un secreto que tenía que quedar entre nosotras, y parecía tan sincera que la creí.

Deepak agarró las manillas de mi silla, tenía que acostumbrarme a esa idea, ya no tenía pies, tenía manillas. Es un concepto que reviste mucha importancia, y en pocos instantes le debería a Deepak el

habérmelo hecho entender. Dejamos a la señora Collins en el quinto. En el sexto vi llorar a Deepak. Le cogí la mano, el gesto que a veces me permitía de niña me volvió de forma natural, puede que la diferencia de altura entre nosotros en esa cabina tuviera algo que ver en ello. Le dije que ya había tenido suficientes lágrimas ese día. Se las enjugó y me juró que nunca más volvería a ocurrir. Y cuando llegamos al rellano, no empujó mi silla. Se quedó delante de su palanca y me dijo: «Lo que he hecho antes en el vestíbulo también es la última vez. No me necesita, ni a mí ni a nadie. Vamos, salga, que no tengo todo el día».

Salí del ascensor, Deepak se despidió de mí y la dignidad de su mirada me hizo entender que era una mujer como otra cualquiera. Nadie volvería a tocar las manillas de mi silla. Antes de 14:50 cogerme de la mano no era algo banal, solo Julius y mi padre podían hacerlo.

*

10

Deepak llevó a los propietarios a sus casas al término de la reunión en el despacho del señor Groomlat. Hacía tiempo que había aprendido a descifrar la expresión de sus rostros. La empatía en la mirada de los Clerc cuando los subió al sexto, el aire contrito de la señora Zeldoff y el silencio del señor Morrison eran tan elocuentes como la expresión derrotada del profesor.

Llamaron a la puerta del edificio. Deepak se despidió del señor Bronstein y bajó al vestíbulo.

*

Chloé esperaba a su padre en el salón.

—Morrison ha roto el empate, la señora Zeldoff le ha hecho entender con mucha diplomacia que sabría pulsar una tecla, incluso borracho perdido.

—¿La culpable es esa meapilas?

—Los Clerc también se han dejado convencer. Si aún no estuviera comprado el mecanismo, me habría salido con la mía, pero así las cosas, no he podido contrarrestar su necesidad de recuperar su libertad.

—¿Su libertad? —se indignó Chloé—. ¡Menuda cara tienen!

—Se ve que no son capaces de subir a pie.

—¿Y nadie le ha reprochado nada al señor Groomlat?

—No ha sido fácil, pero he conseguido que se indemnice a Deepak y al señor Rivera con un año de sueldo. Por lo que vamos a tener que apretarnos aún más el cinturón. Groomlat ha exigido que paguemos una derrama para financiar estos gastos excepcionales. No sé de dónde voy a sacar el dinero. Y ni se te ocurra ir a pedírselo a tu madre.

—Total, que nuestro contable no se limita a arruinarles la vida a Deepak y al señor Rivera, sino también a nosotros, ¡es increíble!

—He hecho lo que he podido. Tendré que volver a marcharme a dar conferencias, no me gusta dejarte sola, pero no hay más remedio.

Chloé le preguntó a su padre cuánto tiempo quedaba hasta que su edificio dejara de ser como antes.

—Igual no cambia tanto —contestó el profesor con una sonrisa triste.

—Pero es lo que diremos cada vez que entremos en el ascensor: «Ya no es como antes… cuando Deepak o el señor Rivera estaban aquí».

—Sí, probablemente —asintió el señor Bronstein—, pero aún nos quedan unos cuantos días, tenemos que aprovecharlos.

La luz se había atenuado en el salón, el cielo se había ensombrecido. Por la ventana abierta se oía el murmullo del viento entre los árboles.

—Tengo que volver a la universidad, y me va a caer un buen chaparrón —se quejó el señor Bronstein.

Chloé fue a cerrar la ventana. Goterones grandes como monedas estallaron sobre la acera, un repartidor de la tienda *gourmet* Citarella corría por la calle empujando un carrito lleno de provisiones, un hombre vestido con traje oscuro desapareció bajo su paraguas, y un conserje de uniforme se refugió bajo la marquesina de su edificio, mientras una niñera hacía un esprint con un elegante cochecito de bebé. Las ráfagas de viento agitaban las ramas de los plátanos y hacían remolinear las hojas, arrastrando consigo el periódico con el que una mujer buscaba cubrirse la cabeza. A través del cristal engalanado de lluvia, la Quinta Avenida parecía un cuadro de Turner.

—Me temo que tu vieja gabardina no está a la altura de una tormenta como esta, tus alumnos se van a burlar de ti.

—Mis alumnos se burlan siempre de mi aspecto —contestó el profesor cogiendo las llaves que estaban en un cuenco en la entrada.

Chloé apenas se enteró de su marcha. Le indignaba que su padre tuviera que dejarse la salud recorriendo el país bajo el tórrido calor del verano mientras Groomlat disfrutaba del aire acondicionado en

su despacho. Entonces se le ocurrió una idea. Se precipitó sobre su ordenador y empezó a investigar.

*

Sanji esperaba detrás de la puerta de hierro, empapado de pies a cabeza.

—Cómo te has puesto —suspiró su tío abriéndole—. Te dejo que te refugies en mi vestíbulo, pero antes sacúdete la lluvia sobre el felpudo.

—No he venido a refugiarme, ¿no le ha dicho nada Lali?

—Sí, pero… pensaba que no aceptarías.

—De nada —masculló Sanji.

—¡Tampoco es que te haya dejado mucha elección! Bueno, sígueme.

Deepak condujo a su sobrino hasta el trastero y abrió la taquilla del señor Rivera. Allí solo encontró su ropa de calle.

—¡Claro! Me las apañaré para encontrarte otro.

—¿Otro qué?

Deepak cogió una toalla y se la dio a Sanji.

—Sécate y vamos a empezar la visita.

—¿Voy a tener que vestirme como usted?

—¿No llevabas uniforme cuando ibas al colegio?

—Sí, pero desde entonces he crecido.

—Estarás más elegante de lo que estás ahora. Como puedes ver, los productos de limpieza se guardan aquí. Si llueve, como hoy, bajarás a buscar lo necesario para limpiar el suelo de mármol del vestíbulo.

—¡Lo que me faltaba!

—¿Decías?

—Nada, sigamos.

De vuelta en el vestíbulo, Deepak le explicó que no estaba permitido sentarse detrás del mostrador más que cuando el portal estaba vacío, nunca en presencia de un visitante y menos aún de un vecino, y tenía que cerrar con llave la puerta del edificio cada vez que se ausentara.

—En tiempos había un conserje, pero su puesto resultaba demasiado gravoso y lo suprimieron. No tardarás en distinguir el timbre de la puerta y el del ascensor.

—¿Y si estoy en los pisos?

—Por eso no tienes que demorarte, subes y bajas inmediatamente. Por la noche no es frecuente que dos vecinos necesiten nuestros servicios al mismo tiempo, y salvo los repartidores que les traen la cena de vez en cuando, la cosa suele estar tranquila. Evidentemente, todo se complica cuando los Williams tienen invitados. Los Clerc rara vez salen, y los Zeldoff nunca invitan a nadie. El señor Morrison vuelve siempre hacia medianoche; tendrás que velar por él, a esas horas ya no es capaz de meter la llave en la cerradura, pero sobre todo no entables conversación con él o tendrás lumbago.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Si pierdes el tiempo, se quedará roque en la cabina y tendrás que cargar con él hasta su cama. Créeme, para lo hueco que tiene el cerebro, pesa un quintal.

Deepak se detuvo delante del ascensor para explicarle a Sanji las tres normas de oro de su oficio. Luego abrió la reja y le dijo que entrara.

—Esta palanca es un interruptor. Cuando la mueves hacia la derecha, la cabina sube; hacia la izquierda, baja. El motor no está equipado con un sistema de ajuste en los rellanos. Es, pues, cosa tuya detener la cabina suavemente, justo a ras de suelo. Para ello tendrás que llevar la palanca al punto muerto cuando estés a un metro del rellano aproximadamente y moverla una muesca, una muesquita nada más, y, justo en el último momento, volver a dejarla en punto muerto…, para el broche final.

—¿El broche final?

—¡Los últimos centímetros!

—Es un poco más complicado de lo que suponía.

Deepak sonrió de oreja a oreja.

—Es mucho más complicado. Veamos de lo que eres capaz.

Sanji llevó la mano a la palanca, pero Deepak lo detuvo.

—Sería mejor que antes cerraras la reja —suspiró.

—Claro —contestó Sanji.

—Pues hazlo.

Pero, por más que Sanji tiraba y tiraba, no había forma de moverla.

—Hay que quitar el pestillo y moverla con delicadeza para que

se deslice por los raíles. Si no, se atasca.

—¡Y estamos en el siglo XXI! —protestó Sanji.

—¡Un siglo de inútiles en el que ya nadie sabe hacer nada más que toquetear pantallas!

Siguió un breve intercambio de miradas, no muy amables; Sanji logró cerrar la reja antes de recuperar el control de la palanca.

—No te olvides de ponerte los guantes blancos, así no tendrás que limpiar tus huellas en cada viaje, el cobre se mancha enseguida. ¡Vamos! Llévame al octavo.

Entre sacudidas, la cabina se elevó a toda velocidad, lo que aterró a Sanji.

—Es un regulador, no un pedal de Fórmula 1. ¡Reduce dos muescas enseguida! —ordenó Deepak.

El efecto fue inmediato y la subida prosiguió a una velocidad normal. A mitad de camino del rellano Sanji puso la palanca en punto muerto —la cabina se detuvo bruscamente—, retrocedió una muesca —la cabina bajó diez centímetros—, rectificó el movimiento hacia la derecha —la cabina subió otros tantos centímetros— y devolvió la palanca al centro.

—Bueno 5,65 metros por debajo del rellano, podría ser peor.

—Exagera, estamos apenas a diez centímetros.

—Entonces 5,60 metros: estamos en el séptimo y no en el octavo, como te he pedido. Vamos a ver si sabes elevar la cabina una sola planta.

—Preferiría que antes me enseñara a hacerlo.

Deepak le dedicó una sonrisa revanchista y ejecutó una maniobra perfecta.

—De acuerdo —concedió Sanji—, es complicado, pero estoy aquí para ayudarle, así que ahórreme ese aire de suficiencia o me largo.

Durante una hora entera el ascensor viajó, primero bajo la batuta del maestro y después del alumno. Sanji terminó por acostumbrarse a la delicadeza del mecanismo. Sus paradas, lejos de ser perfectas, mejoraron al cabo de una veintena de viajes de ida y vuelta. Consiguió posarse a dos centímetros del sexto e hizo bajar la cabina casi sin sobresaltos hasta la planta baja.

—Ya es suficiente para esta primera vez —sugirió Deepak—, será mejor que te marches, los vecinos no tardarán en llegar. Vuelve

mañana a la misma hora, reanudaremos tu formación.

Deepak acompañó a Sanji hasta la puerta. Había dejado de llover. Desde la marquesina lo contempló alejarse en el anochecer.

—No me des las gracias —masculló.

Se sacó la libreta del bolsillo de la gabardina y anotó escrupulosamente los 1850 metros que acababa de recorrer junto a su sobrino.

*

Chloé había tomado una decisión; la suerte de su padre, así como la de Deepak y el señor Rivera, dependían de un estúpido mecanismo, o más bien de su instalación en los días venideros. Lo que no había sido sino una simple idea pasaba a convertirse ahora en un plan de ataque. Necesitaba a alguien que lo llevara a la práctica, pues su condición se lo impedía. Su padre nunca aceptaría; pedírselo a Deepak sería demasiado arriesgado para él, sería el primero en quien recaerían las sospechas y necesitaba una coartada sólida. Por esa misma razón tampoco podía recurrir a Lali. Mientras elegía a su cómplice, iría al día siguiente a comprar lo necesario para fabricar el arma del crimen. Un crimen que podía ser perfecto, según la información que había recabado en Internet.

*

A mediodía Chloé salió de Blaustein Paint & Hardware y bajó la avenida Greenwich. La tienda de bricolaje de la calle 3 estaba más cerca de su casa, pero era a la que iba su padre cuando le entraban ganas de arreglar el tostador, la cafetera eléctrica, un grifo que goteaba o cuando se decidía a cambiar una bombilla, y Chloé no quería correr ningún riesgo.

Dentro de media hora Julius iría a almorzar a la cafetería de la facultad. Chloé llegaría antes que él.

Le sorprendió encontrarla ya sentada a una mesa, sobre todo porque estaba acompañado de una joven a la que Chloé no conocía.

Cuando se la hubo presentado, Alicia —una «ayudante» a la que, según le explicó Schopenhauer, tenía el deber de supervisar— se marchó discretamente dejándolos solos.

—Encantadora.

—¿Quién? —preguntó el joven profesor de filosofía.

—Tu ensalada.

—No estarás pensando…

—No habría pensado nada si tú no hubieras contestado «¿Quién?».

—Si crees que me divierte tener que formarla…, como si no tuviera ya bastante trabajo.

—Debe de ser una pesadez, en efecto, pero no he venido a discutir contigo, sino a pedirte un favor.

Chloé le explicó lo que esperaba de él. Una nadería, según ella. Tenía que presentarse al pie de su edificio alrededor de medianoche, no hacía falta que subiera, ella le lanzaría las llaves de la puerta por la ventana, y, diez minutos más tarde, tras una rápida visita al sótano, podría volver a casa y allí no habría pasado nada.

—¿No lo dirás en serio?

Y, al ver que no le contestaba, apartó la bandeja y le tomó las manos.

—Desde el accidente del ascensorista no hemos podido pasar una sola velada juntos; ahora que por fin podrías recuperar tu libertad de movimientos, ¿quieres estropearlo todo? ¿Cuánto tiempo piensas seguir prisionera de tu mazmorra, a menos que sea un pretexto para no verme?

—Mi mazmorra está en el octavo, no en lo alto de una fortaleza, no tenías más que subir hasta allí.

—Quería hacerlo todas las noches, pero se acercan los parciales.

—Entonces lo que te pido tendría que convenirte, podrás seguir trabajando por las noches. No deberías desaprovechar tan buen negocio.

—¡Ni hablar! —exclamó Julius—. Infringir la ley va en contra de todos mis principios.

—¿Y qué hay de las leyes morales?

—Venga, por favor, no irás a recurrir a esa estratagema digna de una alumna de primero. Y si quieres filosofar, deja que te cite a Montesquieu: «Nada hacemos mejor que aquello que hacemos libremente», lo que me convertiría en un pésimo ejecutante de tu proyecto.

—Habría sido la peor de tus alumnas, de lo cual me alegro —contestó Chloé apartando su silla de la mesa.

Salió de la cafetería y Julius la persiguió por el pasillo.

—No es un buen plan, se darán cuenta de que se trata de un sabotaje.

—No se darán cuenta de nada, lo he estudiado todo a fondo.

—Acusarán al ascensorista.

—Tendrá coartada porque será inocente.

—En el mejor de los casos ganarás unas cuantas semanas.

—De tranquilidad para ti, así que ¿de qué te quejas? —contestó ella, esforzándose por avanzar más rápido.

—Para ya, ¡me siento como si estuviera todo el rato en el banquillo de los acusados! Tengo que ser profesor titular al final del verano, este año me juego la carrera, así que sí, trabajo como un poseso. Cuando tú no parabas de rodar esa serie medio boba, ¿acaso me quejaba yo de tus ausencias, acaso contaba las semanas que pasabas en la costa Oeste? Respetaba tu trabajo y soportaba mi soledad.

Chloé detuvo de golpe la silla y dio media vuelta.

—Mi serie medio boba encantaba a millones de espectadores, ¿cuántos alumnos siguen tus clases geniales? Nuestra vida cambió y te quedaste a mi lado. Pero así y todo, no puedo estarte eternamente agradecida ni sentirme culpable por ello.

Julius le acarició la mejilla.

—Nada hacemos mejor que aquello que hacemos libremente —repitió—, y yo me siento libre de estar contigo.

—Guárdate esa clase de estratagema para tus alumnas y olvida lo que te he pedido, no quiero en modo alguno que te saltes tus principios.

—Y tú olvida ese plan insensato. Y mira el lado bueno de las cosas: cuando modernicen el ascensor, por fin podremos salir por la noche como queramos.

—Seguro que tienes razón —dijo ella con voz tranquila.

—A eso me dedico, a la razón —contestó Julius con aire afable.

Le prometió que la llamaría esa noche, hasta podrían cenar a solas los dos por Skype. La besó disimuladamente para que no lo vieran los alumnos que circulaban por el pasillo y se marchó a su aula.

Chloé bordeó Washington Square Park por la calle 4. Estaba decepcionada y, contrariamente a lo que le había hecho creer a

Julius, no había renunciado a su plan en absoluto…

*

Rivera observaba a Deepak, que se había quedado traspuesto en el sillón. Le habría dejado dormir, pero se había aburrido mucho todo el día.

—Gracias por el libro —le dijo levantando la voz.

Deepak dio un respingo y se incorporó.

—Sabes muy bien que no te lo he regalado yo.

—Pero me lo has traído.

—¿No estás harto de novelas policiacas?

—No, son entretenidas.

—Siempre es lo mismo, un crimen, un policía alcohólico, una investigación, una historia de amor que sale mal y, al final, un culpable.

—Eso es precisamente lo que me gusta, y la gracia está en resolver la intriga antes que el policía.

—Estaría bien que el escritor se las apañara para que el asesino se fuera de rositas sin que nadie lo descubriera.

—No es propio de ti pensar así.

—Dentro de unos días ya nada será propio de nadie, amigo mío.

—Si todo se va al garete, ¿por qué pierdes el tiempo formando a tu sobrino?

—¿Acaso no te he hecho pasar un buen rato contándote sus hazañas?

—Pues sí, la verdad es que sí…

—Te parecerá una tontería, pero, dentro de unos años, ¿quién se acordará de nosotros, de lo que hemos hecho? ¿Te da por pensar alguna vez en la cantidad de oficios que han desaparecido? ¿Quién se acuerda del orgullo de quienes los ejercían? ¿De esas vidas laboriosas? Mira, los que encendían las farolas, por ejemplo, esos tipos iluminaron la ciudad durante siglos. Recorrían las calles con su pértiga desde el atardecer hasta el amanecer, me pregunto cuántos kilómetros de acera habrán iluminado. Todo un récord al final de sus carreras. Y después, puf, se desvanecieron en el aire como las llamas de las farolas, polvo de estrellas en el cielo nocturno, muertos y enterrados. ¿Cuánta gente sabe aún que existieron? Pero creo que en la India todavía hay muchos ascensores

como el nuestro. Así, cuando mi sobrino vuelva a casa, se subirá a uno y pensará seguramente en mí, y mientras piense en mí, existiré. Por eso lo hago. Para ganar algo de tiempo antes de caer en el olvido.

Rivera miró a su compañero con aire grave.

—Oye, mientras yo me atiborro a novelas policiacas, ¿tú no estarás leyendo poesía, verdad?

Deepak se encogió de hombros y Rivera le pidió que se acercara a la cabecera de su cama.

—¿Quieres que te ahueque las almohadas?

—Deja las almohadas en paz. Coge mi uniforme del armario. Llévalo al tinte y dáselo a tu sobrino, así su formación será más auténtica. Dile que la persona que lo llevaba se llamaba Antonio Rivera, que ejerció este oficio durante treinta años, repíteselo hasta que se le grabe el nombre.

—Puedes contar conmigo.

—Y acuérdate de traerme bombones.

Deepak se acercó a la cama de Rivera, le palmeó el hombro, cogió el uniforme del armario y salió del hospital.

*

Chloé acababa de colgar el teléfono. Su padre la había llamado para avisarla de que volvería tarde. Su móvil sonó de nuevo, vio el número de Julius en la pantalla y retomó su libro.

El capítulo relataba un pícnic entre amigos en el césped de Tompkins Square.

Interrumpió la lectura pensativa. Echaba de menos su pequeño apartamento del East Village y, con él, tantas otras cosas. El placer de ir a comprar a la tienda *gourmet* de la esquina de la avenida B con la calle 4, los helados de la calle 7, sus visitas al anticuario de la calle 10, las sesiones de manicura a quince dólares del salón de belleza chino, los libros de segunda mano que compraba en Mast Book, la preciosa librería de la avenida A, sin olvidar la bodega que estaba al lado y su bar preferido, Goodnight Sony. Podía volver a cada uno de esos sitios, salvo a la bodega, cuya puerta era demasiado estrecha. No añoraba solo esos lugares en sí: cambiar de barrio era cambiar de vida. ¿Cuánto hacía de la última velada que había pasado entre amigos? ¿Cuántos de ellos habían ido a verla al

hospital? Muchos los primeros días, cuando los informativos de la tele relataban su historia; un puñado las semanas sucesivas, cuando la trayectoria de los culpables fascinaba más que la suerte de las víctimas; ninguno al final del trimestre. Nueva York era cronófaga.

Podría haber tratado de retomar el contacto con ellos, pero había renunciado, quizá por orgullo.

*

En el piso de abajo, la señora Williams estaba encantada de haber podido organizar por fin su cena. Ya era hora de que el edificio recobrara su esplendor. ¿De qué servía vivir en un barrio prestigioso si luego uno no podía hacer uso de su apartamento como quería? El señor Groomlat había tenido una idea fantástica.

—¿Crees que deberíamos hacerle un regalo? —le preguntó a su marido.

—¿A Deepak? —contestó este desde el salón donde leía.

Su esposa tuvo un gesto de exasperación y cruzó el pasillo para ir a la cocina.

—¿Quieres que salgamos? —le preguntó él.

—¿Para tener que volver antes del toque de queda?, no, gracias. Y encontrar una canguro que acepte subir a pie siete pisos…

Los Clerc habían sido más valientes y se habían ido al cine.

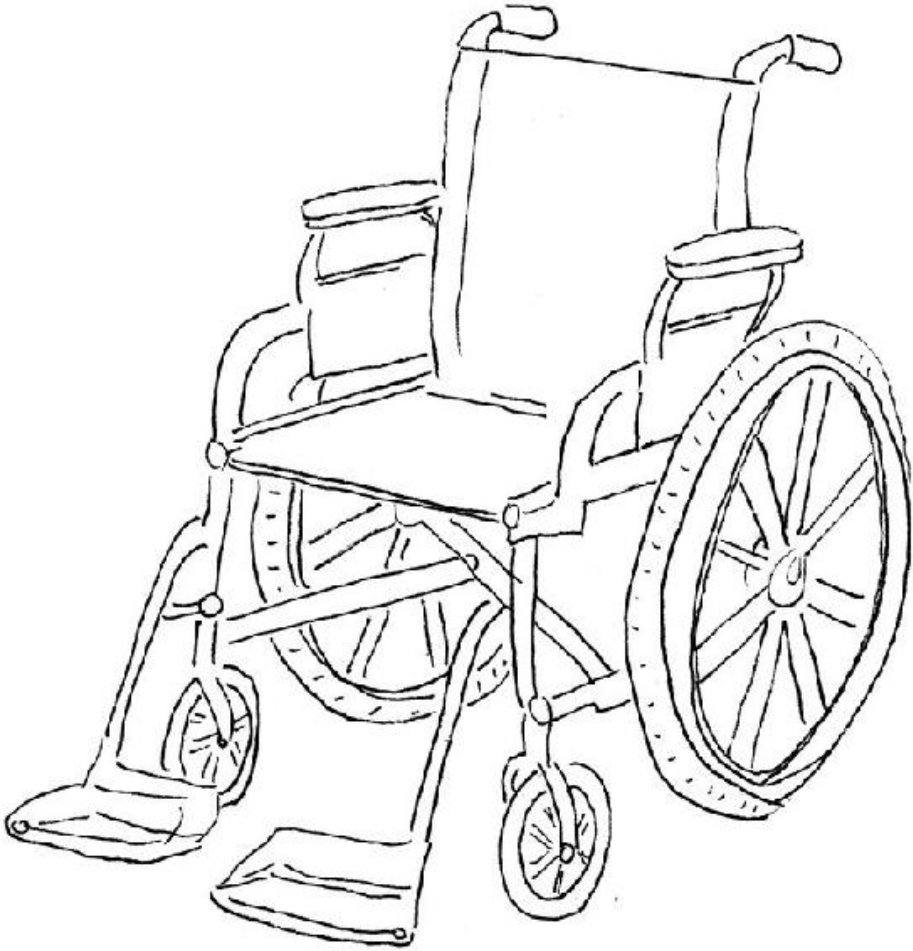
Tras una cena a solas con su loro, la señora Collins se llevó la jaula a su dormitorio y la colocó sobre la mesilla de noche, donde el señor Rivera solía dejar sus gafas.

Prosiguió la lectura de la novela que acababa de comprar, poco convencida de la culpabilidad de la enfermera.

El señor Morrison puso *Turandot*, de Puccini, en la pletina del salón; en el momento en que se elevaba el «Nessun dorma», se tomó una copa de Macallan y buscó *Fidelio* en su colección de discos de vinilo.

La señora Zeldoff lo llamó hacia las diez de la noche para pedirle que bajara el volumen y luego se volvió a la cama a ver una película en blanco y negro que ponían en TCM.

*



11

El estudio de grabación estaba en la quinta planta de un edificio de factura industrial de la calle 17. Chloé subió hasta allí en un montacargas cuyas dimensiones no tenían punto de comparación con el ascensor de su edificio. El ascensorista se había contentado con pulsar un botón, por lo que proponerle un trabajo nocturno no habría resuelto el problema.

Acceder a la cabina de grabación no había sido cosa fácil, las puertas dobles se abrían hacia el lado contrario, y el espacio que las separaba resultó ser demasiado estrecho. El ingeniero de sonido tuvo que llevarla en brazos hasta la silla alta delante del micrófono. Para evitar una maniobra complicada y molesta, Chloé prefirió no salir durante la pausa para almorzar y se contentó con comer allí mismo. Como la cabina era demasiado pequeña para dos personas, el ingeniero de sonido tuvo la delicadeza de almorzar al otro lado del cristal, dejando los micrófonos abiertos para que pudieran charlar.

—Está bien lo que hemos hecho esta mañana —dijo, dando un bocado a su sándwich.

Los micrófonos amplificaban el sonido que hacía al masticar.

—Esto parece una escena de comedia —dijo Chloé en tono alegre, antes de que él entendiera el motivo de su risa y bajara el volumen.

—Tengo un primo en silla de ruedas —dijo él.

—Ah.

—¡Un accidente de moto!

Chloé siempre se preguntaba qué llevaba a ciertas personas a contarle esa clase de historias. Como si el hecho de tener un allegado discapacitado pudiera crear una complicidad. Un día, al ir a buscar a Julius a la salida de sus clases, uno de sus alumnos le

había dicho que le parecía guay que estuviera en silla de ruedas. «Es que ni siquiera reparo en ello», había añadido… «Ya, pues qué curioso entonces que tengas que comentármelo», le había contestado ella. Con el tiempo se había acostumbrado, la gente no tenía mala intención, se comportaba así para disimular su apuro, para liberarse de la injusticia de seguir enteros, no como ella…

—Está bien que te sepas el texto de memoria —prosiguió el ingeniero de sonido—, aunque igual sería mejor que lo leyeras sin más. Si cierro los ojos, me siento como si estuviera en el teatro, pero es un libro, ¿entiendes? Tienes que tomarte tu tiempo, como lo hace un lector.

—¿Lees mucho?

—Me duermo en cuanto abro un libro, pero grabo muchos. Bueno, esto que te digo solo es un consejo, ¿eh? Venga, me llevo la bandeja con tu almuerzo y luego seguimos.

No era un tipo muy sutil, pero era simpático y tenía buena voluntad.

*

De vuelta de almorzar, el señor Groomlat le pidió a Deepak que fuera a verlo en cuanto tuviera un momento. Deepak no se hacía muchas ilusiones sobre la conversación y prefirió quitarse de encima el mal trago cuanto antes.

—A estas horas todo está bastante tranquilo —dijo, siguiéndolo hasta su despacho.

Groomlat le ofreció asiento, pero Deepak prefería que lo fusilaran de pie.

—No he podido hacer nada —se lamentó Groomlat—, tiene que comprender las limitaciones que impone a nuestros vecinos el desafortunado accidente de su compañero.

Si esperaba establecer una complicidad entre ellos diciendo «nuestros vecinos», dando a entender con ello que estaban ambos en el mismo barco, el contable lo llevaba claro, pensó Deepak.

—A mí me da igual porque me voy por la tarde, pero ellos…, es otra historia. Le aseguro que he hecho cuanto he podido, pero piense en la pobre señorita Bronstein, que se queda encerrada en su casa desde que usted termina su jornada. Esta situación ya ha durado demasiado, y no tengo noticias de su sindicato. Así que los

vecinos han tomado la decisión de automatizar el ascensor.

—¿De manera unánime? —preguntó Deepak, olvidando su reserva habitual.

—No, los Hayakawa, naturalmente, están en California. En cuanto a la señora Collins, no nos ha honrado con su presencia. Pero… la gran mayoría lo ha decidido así —se lamentó Groomlat.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Vamos, vamos —exclamó el contable en tono burlón—, habla como si se tratara de una enfermedad mortal. Es todo lo contrario, va a disfrutar de un retiro bien merecido, se le abre una nueva vida. Le he conseguido una buena indemnización. ¡Un año de salario! Lo suficiente para limar asperezas, ¿no le parece?

—¿Y para el señor Rivera qué ha obtenido?

—Seis meses, lo que viene a ser casi lo mismo, pues la aseguradora cubrirá su salario durante su hospitalización.

—¡No si lo despiden!

Groomlat adoptó un aire pensativo.

—Tiene usted razón. Bueno, aun así seis meses no está mal.

—Treinta años de servicio tampoco.

—Es lo mejor que he podido conseguir, tendría que haber visto qué cara han puesto cuando les he pedido un complemento en la provisión de fondos para cubrir lo que nos van a costar sus indemnizaciones.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Cuándo se llevará a cabo la instalación?

—Por suerte, los técnicos estaban disponibles este jueves, las obras solo llevarán dos días. Eso le deja toda la semana, prefiero que los ayude en su trabajo, tal vez necesiten sus conocimientos. Venga a verme el viernes y le pagaré lo que le debo. Un buen cheque, tendrá que reconocer.

Deepak se despidió del contable. Fue al sótano con un deseo furioso de destruir las dos cajas de cartón que iban a poner su vida patas arriba, pero su arrebato solo duró un instante y volvió al vestíbulo a ocupar su puesto detrás del mostrador.

*

Cuando la señora Clerc regresó de la peluquería, faltó a su costumbre y evitó pedirle a Deepak su opinión sobre su peinado. El

chirrido de la reja y el ronroneo del motor fueron los únicos sonidos mientras duró la subida hasta el sexto.

Al bajar a hacer la compra, la señora Williams se quejó de que su asistenta tenía ciática y no podía ir a trabajar. A su vuelta, Deepak le llevó las bolsas de la compra hasta la cocina. Esta se contuvo a tiempo antes de avisarle de que la semana siguiente recibía invitados, y cuando el ascensorista se hubo marchado, exhaló un largo suspiro de alivio por no haber metido la pata.

Chloé salió del estudio a las cuatro. Hacía una tarde primaveral, pero prefirió coger un taxi. El calor que había pasado esas seis horas en la cabina de grabación la había dejado sin fuerzas.

Cuando entró en el edificio, Deepak se precipitó hacia ella y cogió las manillas de la silla.

—No proteste, tiene usted muy mala cara.

—Pues usted no la tiene mejor.

—Voy a visitar al señor Rivera todas las tardes, eso me quita horas de sueño —contestó.

Con ella no era posible fingir. Y, por segunda vez ese mismo día, Deepak infringió una de las normas sacrosantas de su oficio.

—Sé que han votado en contra, que su padre lo ha intentado todo, así que no se preocupe por mí, señorita.

—¿Sabe lo que le dijo Lázaro a Jesús?

—No, lo ignoro.

—¡Levántate y anda! ¡No preocuparme de lo que le pase sería un milagro de proporciones semejantes!

Deepak la miró, perplejo, abriendo la reja.

—Me pregunto si no fue más bien Jesús quien le dijo eso a Lázaro…

Chloé sonrió y resistió a la tentación de confiarle que no había dicho su última palabra, pero si Deepak llegaba a sospechar lo que estaba tramando haría lo imposible por impedírselo.

*

Tras empalmar una entrevista con otra y despedirse de Sam sin poder explicarle por qué tenía que abandonarlo en mitad de una reunión, Sanji cruzó deprisa Washington Square Park. Lanzó una breve ojeada al banco y siguió caminando a paso rápido, pues llegaba tarde. ¿Cómo se le había ocurrido dejarse embarcar en esa

historia? Pero como más valía ver el lado bueno de las cosas, prefirió pensar que tenía su gracia cambiar el traje y la corbata, un atuendo con el que no se sentía a gusto, por un uniforme de ascensorista. Si alguna vez tenía hijos, podría contarles una anécdota divertida, puede que hasta les sirviera de ejemplo. Otra cosa que lo divertía era la idea de tomar, a su regreso a Bombay, uno de esos viejos ascensores de los que se enorgullecía su hotel y enseñarles a sus tíos que dominaba su manejo…, gracias a su cuñado. El humor dejaría paso a la ironía.

Al acercarse al número 12 de la Quinta Avenida, Sanji pensó en la verdadera razón que lo había llevado a hacerles ese favor a Lali y Deepak, y se preguntó si no podría haber encontrado algo más sutil. ¿Cómo reaccionaría Chloé si se enteraba de que había aceptado esa locura para acercarse a ella? ¿Se asustaría de él?

El empleado de la tintorería había traído el uniforme del señor Rivera. Deepak había ido a colgarlo en su taquilla. Estaba disgustado por no poder cumplir la promesa que le había hecho a su compañero, pero era mejor que ningún vecino se cruzara en la cabina con un desconocido vestido de ascensorista. ¿Cómo justificar su presencia? Más prudente todavía habría sido poner fin a la broma, pero Deepak quería pasárselo bien, y Lali estaba tan feliz al pensar que había salvado su futuro que no tenía valor para decirle la verdad. Lo haría el jueves al volver a casa, cuando los instaladores hubieran empezado su trabajo.

Sanji se presentó en el vestíbulo con media hora de retraso. Deepak habría querido reprochárselo, pero no se atrevió a apretarle demasiado las tuercas. Se lo llevó al sótano y le dio una clase de mecánica delante de la maquinaria del ascensor. Los fusibles, la correa del regulador, cuya tensión había que comprobar de vez en cuando, el engrasado de las guías; no pasó ningún detalle por alto, hasta que Sanji le recordó que su misión no era asegurar el mantenimiento del ascensor.

—¿Y qué hay de tu cultura general? —se indignó Deepak—. Si saltara un fusible, ya te gustaría saber dónde y cómo sustituirlo.

—No sé si me gustaría tanto —contestó Sanji—, sobre todo si estoy atascado entre dos pisos.

—Por eso siempre tienes que llevar encima el teléfono. A

propósito del teléfono, la señorita Chloé no llega a los botones desde su rellano; cuando necesita nuestros servicios, llama y deja sonar una vez, no hace falta que contestes, simplemente subes al octavo.

—La joven del octavo… —repitió Sanji despacio.

—Te cruzaste con ella cuando viniste a visitarme. Hasta te encargaste de encontrarle un taxi, ¿te acuerdas? Mira, hablando del rey de Roma —dijo Deepak cuando notó vibrar el móvil.

—Vaya sin mí, yo aprovecharé para observar este maravilloso mecanismo en acción…, con el fin de completar mi cultura general.

—Excelente idea —contestó Deepak, aliviado de no tener que llevarse a Sanji consigo.

Deepak subió hasta el vestíbulo y entró en la cabina. Le extrañó que el móvil volviera a vibrar. ¡Como si pudiera darse más prisa! Su extrañeza aumentó cuando llegó al octavo y constató que Chloé no estaba en el rellano.

Debía de haberlo llamado por error. Pero, antes de volver a bajar, llevado por la duda, Deepak acercó el oído a la puerta y oyó una llamada de socorro.

Se quitó el manojo de llaves que colgaba de su cinturón y entró en el piso.

—¡En la cocina! —gimió Chloé.

Deepak corrió por el pasillo y encontró a Chloé en el suelo, bajo su silla volcada.

—No se mueva —le dijo, colocando la silla de nuevo sobre las ruedas.

Levantó en brazos a Chloé y la llevó hasta el sofá del salón.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó inquieto.

—No, creo que no. Quería alcanzar una taza en la alacena, me he inclinado y, como no llegaba, me he agarrado al pomo de la puerta de un armario. No había puesto el freno, he notado que la silla se iba para atrás y he intentado retenerla, pero ya era demasiado tarde.

—¡Voy a llamar a un médico!

—No hace falta, mañana a lo mejor tengo algún cardenal, así aprenderé a no hacer acrobacias.

—Al menos deje que compruebe que la silla está bien —suspiró Deepak—, menudo susto me ha dado.

Volvió unos instantes más tarde, empujando la silla.

—Todo funciona, también he comprobado el freno —dijo con voz tranquilizadora—, ¿quiere que me quede un poco con usted?

—Es muy amable, pero le aseguro que estoy bien. Además, todo el mundo tiene algún tropiezo alguna vez, ¿no?

—La señorita nunca pierde el sentido del humor.

Dijo eso para darse aplomo, pues la conocía demasiado bien para no saber que no era de sentido del humor de lo que había hecho gala, sino de orgullo.

—Si pudiera permitírmelo —prosiguió ella—, habría pagado yo misma su salario para que no se fuera nunca.

—Vamos, vamos —la tranquilizó Deepak tomándole la mano—, no es ese el problema, los dos lo sabemos.

—¿Qué voy a hacer sin usted?

—En estos últimos cuatro años solo he venido a socorrerla dos veces.

—¡Cinco!

—Me daba usted muchos más problemas de adolescente.

—¿Tanta guerra le he dado?

—No; bueno, sí, no era usted ningún angelito. ¿Debo devolverla a la silla antes de marcharme?

—Lo haré yo sola. Al parecer, después de caerse del caballo hay que volver a montar enseguida.

Deepak se despidió de ella y se retiró. Como tardaba en oír el chasquido de la puerta principal, Chloé gritó desde el salón:

—¡Puedo apañármelas sola!

Dicho eso ya sí oyó cerrarse la puerta.

*

—Cuánto ha tardado, creía que se había estropeado el ascensor.

—¿Has visto que saltaran chispas del cuadro eléctrico? No, pues entonces todo va bien. No perdamos tiempo, vamos a hacer unos cuantos viajes para ver si has retenido la clase de ayer, y te dejo libre, esta tarde tengo que marcharme un poco antes.

—Cuando estoy con usted, tengo la odiosa impresión de volver a tener diez años… —se lamentó Sanji.

—¡Y yo de tener cien!

Los primeros viajes fueron caóticos, pero Sanji terminó por

cogerle el tranquillo. Consiguió detenerse varias veces casi a la perfección, con tan solo unos centímetros de desnivel. Una hora más tarde, Deepak lo acompañó hasta la puerta y apuntó en su libreta los metros recorridos. Entre las seis y las siete de la tarde, los vecinos fueron volviendo uno a uno a sus casas, todos con cara de pocos amigos. No era su aire hipócrita lo que más irritaba a Deepak, sino que el señor Williams se permitiera ponerle la mano en el hombro… Deepak se sacudió el polvo del uniforme y cerró la reja sin dirigirle la palabra.

De vuelta en su casa, el señor Williams se quejó a su mujer. Ojalá instalaran ya el dichoso mecanismo, coger el ascensor se había convertido en un infierno.

A las siete y media Deepak fue al sótano a cambiarse de ropa. Las malas lenguas lo habrían acusado de faltar a sus responsabilidades, abandonando su puesto antes del final de la hora extra que se había comprometido a hacer. Pero no le importaba, tenía una promesa que cumplir. Y, vestido de calle, elevó la cabina para su último viaje del día antes de volver a bajar unos instantes después.

*

En cuanto se hubo calmado un poco, Chloé se lanzó a otra aventura; pasar de la silla al transportín de la ducha requería la máxima concentración. Exceptuando el pequeño incidente en la cocina, había sido un buen día. El editor había ido a verla al estudio. La había felicitado y le había encargado otro libro, anunciándole que estaba dispuesto a firmar un nuevo contrato.

Lo celebraría con su padre, pero no esa noche, porque estaba agotada.

El agua caliente que corría por sus hombros la reconfortó enormemente.

Chloé se puso un albornoz, fue hasta el salón y se instaló delante de la ventana. Podría haberle extrañado ver a Deepak subirse en el taxi en el que acababa de acomodarse también la señora Collins, pero ese tejemaneje cuya causa le parecía conocer le dio una idea.

*

El día en que volví a viajar en metro

Los taxis me costaban una fortuna. Solo puedo subir a los que están equipados con una rampa y una puerta lateral. Con los demás, que, por desgracia, son la mayoría, los taxistas tienen que abandonar el volante, guardar mi silla en el maletero y volver a hacer lo mismo al llegar. Son muchos los que hacen como si no me vieran cuando agito el brazo, algunos tienen incluso la delicadeza de acelerar; como si tuvieran miedo de que me fuera a agarrar al parachoques.

Entré en el metro, recordando la euforia de mis primeros trayectos, recién llegada a Nueva York. Hay que tener un olfato resistente para tomar los ascensores, y van tan despacio que parece que estuvieras bajando a un sepulcro. Había evitado las horas punta, y cuando subí al vagón en la estación de Washington Square todo fue bien. Eché el freno de la silla para que los de la locomotora no me lanzaran despedida contra las puertas. El vagón estaba casi vacío, los pasajeros, con los ojos fijos en sus móviles, no me prestaban ninguna atención. Al llegar a Penn Station, la cosa se complicó. La multitud invadió el tren y la gente se lanzó sobre los asientos. Yo estorbaba, mi silla ocupaba demasiado espacio, y los pasajeros, obligados a quedarse de pie, se hacinaron a mi alrededor. Faldones de chaquetas, bajos de camisa, hebillas de cinturón, maletines y bolsos formaban una muralla que no dejaba de cernirse sobre mí. De pronto sentí que me faltaba el aire. El metro avanzaba deprisa. En una curva un hombre corpulento me empujó, mantuvo el equilibrio por los pelos despotricando, y otro igual de amable estuvo a punto de caerse sentado en mi regazo. Me asfixiaba, me entró pánico y me puse a gritar. La gente tiene miedo en las grandes ciudades, yo sé bien por qué, y cuando una mujer grita en un vagón abarrotado, el efecto es inmediato. Hubo una estampida, y sentí vergüenza al ver a una niña aterrorizada a la que su madre levantaba en brazos para evitar que la pisotearan. Entonces un hombre ordenó a todo el mundo que se calmara. A mi alrededor se hizo el vacío; debía de parecer una loca:

empapada en sudor, jadeaba, me costaba volver a respirar con normalidad. La gente me miraba con una mezcla de temor y asco en los ojos. Una mujer se abrió paso hasta donde yo estaba, se arrodilló delante de mí y me dijo que respirara despacio, que no tenía nada que temer y que todo iría bien. Me cogió la mano y me masajeó los dedos. «Lo sé —me murmuró—, mi hermana está en silla de ruedas, le ha pasado un montón de veces, es del todo normal».

A mí no me parecía en absoluto normal haber causado todo ese revuelo, haberme orinado encima en el metro, haber asustado a una niña que seguía temblando, tener que soportar esas miradas… Ni la idea de que eso me iba a ocurrir muchas veces. Ni siquiera era normal la amabilidad de esa mujer.

Se me calmó el corazón, recuperé por fin la tranquilidad y la gente apartó la mirada de mí. Le di las gracias a mi protectora y le aseguré que me encontraba mejor, pero cuando el metro se detuvo por fin, insistió en acompañarme hasta el andén. Lo de su hermana era verdad: no intentó maniobrar mi silla. Se limitó a guiarme hacia un jefe de estación. No quise que llamara a urgencias, lo que quería era irme a casa.

Cuando papá volvió de la universidad, me preguntó qué había hecho durante el día. Le contesté que había tomado el metro. Le pareció fantástico y me felicitó.

*

12

El señor Groomlat no tenía secretaria, no por racanería, sino porque solo confiaba en sí mismo. Había llegado temprano a su despacho y, asomado a la ventana, acechaba la llegada de los técnicos de la compañía de ascensores. Quería asegurarse en persona de que Deepak les facilitara la tarea. El viejo indio podía ofuscarse, pero al cuerno con su susceptibilidad. Groomlat había conseguido carta blanca de la comunidad de vecinos y tenía que desempeñar su papel.

Al verlo llegar más temprano que de costumbre, Deepak comprendió sus intenciones. Groomlat era de esa clase de gente capaz de pagar entrada para asistir a una ejecución. Los acompañó, a él y a los técnicos, hasta el sótano.

—¿Cuánto van a tardar? —preguntó el contable—. El edificio no debería estar sin ascensor durante el fin de semana.

—No me lo puedo creer —exclamó Jorge Santos, el más viejo de los dos técnicos y visiblemente el jefe.

—¿Qué no se puede creer? —preguntó Groomlat inquieto.

—He transformado varios de estos antiguos modelos, pero este está en un estado excepcional, casi nuevo.

Deepak se quitó la gorra, como para recogerse por última vez ante lo que tan preciado había sido para él durante tantos años. Por supuesto que estaba casi nuevo, idiota, no se habría ocupado mejor ni de su propio hijo.

—¿No se lo quieren pensar? —preguntó Jorge Santos—. Una vez terminado el trabajo, se cambiará el certificado y será irreversible.

—¿Me lo pregunta a mí? —terció Deepak con una pizca de ironía en la voz.

—Hagan su trabajo —contestó Groomlat secamente.

—Tal vez podamos terminar esta misma tarde —contestó Jorge

Santos.

—Y ese «tal vez» ¿de qué depende? —quiso saber Groomlat.

—De usted. Dado el estado de la maquinaria, solo tenemos que instalar los relés electrónicos y el cuadro de botones en la cabina. Si lo ponemos en el lugar de la palanca, no tardaremos nada. Pero si quieren conservarla, entonces tendremos que cortar el revestimiento de madera al otro lado de la reja, y eso nos llevará un día más.

—¿Para qué querríamos conservarla? Ya no tendrá ninguna utilidad, si no me equivoco.

—Por el estilo. Hay gente con mucho apego por las antiguallas.

—Es el caso de mi esposa, en efecto —intervino Deepak.

—Limitemos los gastos inútiles, quiten esa palanca y entréguensela a Deepak, será un bonito recuerdo que le ofrecemos encantados.

El compañero de Santos, que hasta entonces se había quedado callado, de rodillas delante de las dos cajas de cartón, se levantó y dijo:

—Pero hay un pequeño problema.

—¿Qué problema? —preguntó Groomlat.

—Pues que aunque su ascensor está bien conservado —prosiguió el segundo técnico, el cual, como rezaba el escudo bordado en su camisa, respondía al nombre de Ernest Pavlovich—, las piezas que acabo de inspeccionar han envejecido peor; sin ánimo de ser grosero, diría incluso que la han diñado.

—¿Cómo que la han diñado? —preguntó Groomlat indignado.

—Se han oxidado, si lo prefiere. En cualquier caso, es imposible colocar nada de esto.

—¡Qué está diciendo, si son nuevas! —protestó Groomlat—. ¡No se les ha quitado el embalaje desde el día en que las adquirimos!

—Lo dudo mucho. Esas cajas estaban mal cerradas, compruébelo usted mismo, los embalajes se han deteriorado al guardarlas debajo de esas tuberías.

Las mejillas de Groomlat se pusieron de color escarlata. Reparó en el aire divertido de Deepak y recobró la calma.

—Pero vamos a ver, ¿no pueden limpiarlas?

—Huy, no, están corroídas por la humedad —explicó el ascensorista mostrando los componentes electrónicos, cubiertos por una amalgama blancuzca—. No, no —repitió, negando con la

cabeza—, se han echado a perder. Hay que comprar otro kit completo.

—¡Se lo encargo a ustedes! Vayan a buscarlo y vuelvan lo antes posible.

Los técnicos intercambiaron una mirada burlona.

—Pero ¿acaso se piensa que tenemos existencias en nuestros almacenes? Son piezas hechas a medida, hay que fabricarlas, probarlas en el taller…

—¿De qué plazo estamos hablando? —suspiró el contable.

—Entre doce y dieciséis semanas, ¡como mínimo! Más lo que se tarda en que lleguen desde Inglaterra.

—¿Inglaterra?

—La única compañía que sigue fabricando esta clase de material se encuentra cerca de Birmingham. Pero es gente muy seria, no se preocupe. Bueno, creo que ya no tenemos nada más que hacer aquí. Le enviaremos un nuevo presupuesto lo antes posible.

*

Groomlat no era el único que había acechado la llegada de los técnicos desde una ventana. Cuando Chloé los vio subir de nuevo a su camioneta, media hora después de su llegada, supo que su plan había funcionado. Solo quedaba saber si el crimen sería tan perfecto como había planeado.

*

—No se quede ahí plantado, debería estar satisfecho, parece que vamos a necesitar sus servicios hasta más tarde de lo previsto —masculló el contable.

—Entre doce y dieciséis semanas más el transporte…

—Adivino la satisfacción que le produce esta situación.

—¿Qué satisfacción tendría yo, cuando mi puesto de trabajo llega a su fin mañana?

—Aún no le he despedido oficialmente.

—Lo hizo ayer.

—Cuidado, Deepak, si quiere cobrar ese cheque algún día, le aconsejo que no se pase de listo conmigo.

—Un contrato irrevocable que me asegure dieciocho meses de

trabajo, más un año de indemnización cuando nos vayamos, pues el señor Rivera tendrá los mismos derechos que yo, naturalmente. Me lo pone todo por escrito, porque si no el sábado todo el mundo tendrá que subir y bajar a pie, tanto de noche como de día.

—¿Cómo se atreve a hacerme chantaje después de todas las molestias que me he tomado con usted?

—Señor Groomlat, en estos diez años que llevo conduciéndolo en mi ascensor, nunca lo he subestimado, así que haga el favor de comportarse conmigo como lo hago yo con usted. Tiene hasta mañana para entregarme una carta firmada por la comunidad de vecinos. Mi turno termina a las siete y cuarto, y cuando digo que termina, lo digo en serio, bien podría ser el último —contestó Deepak, dejando al contable en el sótano.

—¿Y las noches, cómo haremos para cubrir las noches durante todo este tiempo? ¿Y qué dirá el señor Bronstein cuando se entere de que su hija…?

Deepak dio media vuelta al pie de la escalera.

—Deje a los Bronstein en paz, son capaces de decir las cosas ellos solitos. En cuanto a las noches, ya veré cómo resolver el problema, en cuanto tenga mi carta, claro.

*

Deepak esperó a que el contable volviera a su despacho. Por una vez, su mañana había tenido más altos que bajos.

A las diez su móvil vibró. Chloé lo esperaba en el rellano.

—Hermoso día, ¿verdad?

—Muy hermoso, señorita, aunque anuncian lluvia a primera hora de la tarde.

—Un buen chaparrón lavará las aceras.

—Es una manera de verlo. ¿Quiere bajar o prefiere que hablemos del tiempo en el rellano?

Chloé llevó a cabo su maniobra con la silla y Deepak cerró la reja. Se quedó callado hasta el tercero.

—¿Qué la tiene tan contenta esta mañana? —preguntó a la altura del segundo.

—Yo siempre estoy contenta —le aseguró ella en el primero.

Deepak precedió a Chloé en el vestíbulo y la acompañó hasta la calle.

—¿Le paro un taxi?

—Gracias, hoy no. La estación de metro Christopher Street está a diez minutos, la línea 1 lleva al estudio de grabación, sin transbordos. No se preocupe por mí, como diría Lázaro…

Deepak la observó alejarse, admirando la energía con la que tiraba de su silla, aunque con la mosca detrás de la oreja.

*

Mandar ese correo electrónico fue una de las experiencias más humillantes de su carrera. El señor Groomlat había calibrado cada palabra, insistiendo en el hecho de que nadie hubiera podido prever que el kit de automatización estuviera estropeado, ni siquiera él. Había establecido un informe detallado de los hechos, cuidándose mucho de relatar las reivindicaciones de Deepak. Al releerse se juró que encontraría la manera de no cumplir una promesa que le había sido arrancada mediante chantaje. Pulsó la tecla de envío y el correo partió hacia sus destinatarios.

La señora Williams irrumpió en su despacho unos minutos más tarde.

—¿No le parece extraño que ese material, que nos ha costado una fortuna, esté inutilizable y que, casualmente, nos demos cuenta el día de su instalación?

Groomlat avanzó sus peones con prudencia.

—¿Piensa que estaba defectuoso ya cuando lo compramos?

—¡Espero que después de comprarlo sin nuestro aval se asegurara usted de su estado cuando lo recibió!

—No juguemos al ratón y al gato. Si tiene algún reproche que hacerme, dígalo a las claras.

—No hace falta que se ponga así —dijo ella, sentándose en el sillón frente a él—. Solo pienso que las casualidades abundan en este edificio.

—Si no incrimina usted a los vendedores, ¿a quién entonces?

—Pregúnteselo a los Clerc, cuando no están haciendo el amor descansan viendo series policiacas, sus gemidos y el volumen de su televisor tienen la odiosa manía de subir hasta mi habitación.

—¿Y qué debería preguntarles exactamente, según usted?

—¡El móvil! Encontrando el móvil es cómo se resuelve una investigación. ¿A quién le interesaba que nada cambiara? Le dejo

que lo piense… Mientras tanto, es urgente remediar el problema de las tardes y las noches, he podido aplazar mi cena una semana, lo he hecho una vez pero no lo haré dos.

Se marchó sin despedirse del contable, que se quedó pensativo.

Groomlat llamó a la compañía de ascensores y pidió hablar urgentemente con Jorge Santos.

Su conversación se resumió a una única pregunta: ¿Cuál podía ser la causa de daños tan significativos en el material?

El técnico tenía experiencia. Conociendo la tendencia de sus clientes a encontrar siempre una buena razón para no pagar su factura, hizo gala de un buen don de réplica. Almacenar material electrónico debajo de unas tuberías de calefacción no era muy inteligente. Era muy probable que la condensación hubiera oxidado el material.

Nada que respaldara los sobrentendidos de la señora Williams, que había acusado veladamente a Deepak, pero este nunca había sido informado del contenido de las famosas cajas. Sin embargo, le volvió a la memoria un detalle: no recordaba haber notado el más mínimo olor a humedad al abrirlas.

—¿Habrían bastado unos pocos días para provocar esos daños? —murmuró.

—Me extrañaría. No he visto muchas veces tanto óxido. No sé qué porquería circula por sus tuberías, pero yo de usted no bebería de esa agua. Los relés estaban cubiertos de manchas blancuzcas, de sal o de cal —explicó Jorge Santos—. Le he mandado un correo electrónico al fabricante, con un poco de suerte tendrán otro kit igual en el almacén, o de un modelo que pueda adaptarse. Siempre cabe que nos sonría la suerte.

Groomlat le dio las gracias efusivamente.

*

De vuelta en casa, Deepak le propuso a Lali salir a cenar, lo cual, siendo jueves, no la extrañó. Pero cuando sugirió invitar a su sobrino, y encima con tono alegre, se quedó intrigada. La última vez que había visto a su marido de tan buen humor, Virat Kholi, el capitán de la selección india de criquet, había sido elegido mejor bateador del mundo por la cadena ESPN.

Sanji no había dado noticias, y ya era tarde. Lali prefirió

quedarse en casa y cenar a solas con su marido.

*

El día en que empecé la rehabilitación

Cuando era actriz no tenía coach, mi carrera no me había propulsado hasta ese club privilegiado. Perder la mitad de las piernas me metió de lleno en él. El cuerpo humano es una maquinaria de una sofisticación increíble. Concebido para adaptarse a todas las situaciones, esconde tesoros ocultos, circuitos secundarios durmientes, listos para ser despertados si es necesario. Todo eso me lo explicó Gilbert, un fisio sabio con aire de monje tibetano, pero mucho menos tranquilo.

Me dijo que si algún día quería poder soportar unas prótesis, mantenerme de pie, volver a caminar, tendría que desarrollar los músculos isquiotibiales y los glúteos, el trasero, vamos. Pero antes de llegar a ese punto, para arrastrar las ruedas de mi silla sin gritar de dolor al final del día, y a menos que quisiera parecer una culturista, tendría que aprender a no recurrir tanto a los pectorales sino a los deltoides. Y Gilbert me iba a poner a trabajar, sesión tras sesión. Lo detesté, lo odié, lo desprecié. Y cuanto más protestaba yo, más complicaba él los ejercicios; se comportó como un sádico, un torturador incluso, cuando se volcó sobre mi cuadrado lumbar y mis iliocostales. Pero le debo poder mantenerme erguida; no me han vuelto a crecer las piernas, por desgracia no soy una salamandra, pero tengo un porte altivo, una increíble agilidad en el torso, y los brazos musculosos y longilíneos a la vez. Gracias a Gilbert, ahora puedo recorrer la ciudad y darle la razón a Deepak: no necesito a nadie para desplazarme a mi antojo, salvo cuando los ascensores del metro están estropeados, en ese caso agradezco una ayudita.

*

13

Desde que se había cruzado la tarde anterior con su vecina del séptimo en una tienda *gourmet* del barrio, la señora Zeldoff estaba llevando a cabo una cruzada. Habían pegado la hebra delante del puesto de frutas y verduras. La señora Williams estaba comprando calabacines ecológicos, los primeros de la temporada, cuando compartió sus sospechas con una presa fácil.

—¿El señor Groomlat piensa que alguien ha echado a perder el material a propósito? —se inquietó la señora Zeldoff.

—No descarta la hipótesis de que hayan dejado voluntariamente que se deteriorase —explicó la señora Williams.

—Evidentemente —dijo la señora Zeldoff, tras un momento de reflexión durante el que se apresuró a comprar a su vez los calabacines que tan buen aspecto tenían—, a nuestros dos ascensoristas eso les vendría de perlas. El miedo que debió de darles el proyecto del señor Groomlat hace dos años tal vez pudo incitarlos a tomar medidas radicales.

—Y convendrá conmigo en que tenían total libertad para actuar como quisieran —añadió la señora Williams.

—No le falta razón, ¿quién más tenía acceso a esos bártulos?

—Y, según nuestro querido contable, es probable que almacenaran ese material en un sitio húmedo, ¡casualmente!

—¿Eso le ha dicho el señor Groomlat? —hipó la señora Zeldoff persignándose.

—¿Es que no ha leído su correo? ¿Usted guardaría algo valioso en un sitio húmedo?

—¡Pero bueno! —protestó la señora Zeldoff, con los brazos en jarras—. ¡Por supuesto que no, no soy tan tonta!

—Es usted la única a quien se lo he contado —susurró la señora Williams al oído de su vecina.

La señora Zeldoff, satisfecha por esa marca de confianza, se sintió muy contenta.

—Pero ahora tal vez sería mejor comentárselo al resto de los vecinos, después de todo, ellos también tienen derecho a saber lo ocurrido, ¿no le parece?

Un auténtico dilema para la señora Zeldoff… que se pellizcó la barbilla y miró al techo, pensando en qué le habría aconsejado el pastor.

—Si usted lo dice… —se aventuró a decir.

—No quisiera que se me acusara de conspirar —prosiguió la señora Williams—. Los Bronstein los primeros —añadió, antes de precisar que sabía de buena tinta que el profesor era de izquierdas. ¿Acaso para él no tenía siempre razón el personal?

La facilidad con la que la señora Williams manipulaba a su vecina le causaba un placer infinito. Con cada maldad que soltaba, veía agitarse los hilos invisibles por encima de su marioneta. A ese ritmo acabaría colgando del techo a la señora Zeldoff.

—Debería comprar esos rábanos, son magníficos —le sugirió, en el culmen de la satisfacción.

—Podríamos repartirnos la tarea —propuso la señora Zeldoff, poniendo en su cesta un manojo de rabanitos.

—Excelente idea —exclamó la señora Williams—. Yo escribiré a los Hayakawa. Y usted no tendrá más que contarles la noticia a los demás.

La señora Zeldoff volvió esa noche tan contenta a su casa como aquel domingo en que la habían felicitado por su timbre de voz después del concierto del coro.

Esa mañana hizo gala de una abnegación admirable al llamar a la puerta del señor Morrison. Este la recibió en albornoz, y eso que eran ya más de las once… ¡Y si solo fuera eso! Qué corto de entendederas era ese hombre.

—¿Por qué habrían saboteado nuestros ascensoristas el ascensor? Es su herramienta de trabajo, y además funciona muy bien. Deepak ha venido hace un rato, me ha despertado él, bueno, ha sido por una buena causa —añadió el borracho corto de luces.

—¡El ascensor no, solo los botones! —le contestó ella con paciencia.

—¿Qué les han hecho a los botones? Nadie ha tocado mi timbre,

lo utilicé ayer.

—Esos no, los otros —gimió la señora Zeldoff.

—¿Tenemos otros botones?

—Sí, en el sótano, si lo he entendido bien.

—No sabía que tuviéramos botones en el sótano —masculló—, y ¿para qué sirven?

—Para nada, estaban guardados en unas cajas de cartón para que un día pudiéramos utilizar el ascensor sin los ascensoristas.

—Lo que dice es una soberana tontería. ¿Tendríamos que bajar hasta el sótano para accionar el ascensor sin Deepak o el señor Rivera? Disculpe, pero, de ser así, ¡han hecho bien deshaciéndose de esos botones que no sirven para nada! Reconocerá que es más práctico llamar desde el rellano. ¿Para qué bajar a pie para hacer que suba el ascensor? ¿A quién se le ha ocurrido semejante idea?

Al borde de la desesperación, la señora Zeldoff prosiguió su cruzada tres pisos más arriba, por la escalera de servicio.

La señora Clerc parecía muy ocupada. Ni siquiera le ofreció una taza de té. Para que luego digan que los franceses son los reyes de la cortesía. La escuchó distraída y no pareció otorgar mucho crédito a lo que le decía. La cosa llegó a ser incluso molesta, casi insoportable, cuando se expresó con un vocabulario tan poco refinado.

—La señora Williams debe de aburrirse como una ostra para tener esa mierda de ideas tan retorcidas. Deepak sería incapaz de hacer algo así, no conozco a nadie tan maniático como él. Se pasa el día sacándole brillo a todo en este edificio, yo casi ni me atrevo a apoyarme en la pared del ascensor.

—Él quizá no, pero el señor Rivera, por la noche…

—Bueno, es muy amable por su parte venir a contarme todo esto, su teoría es muy interesante, pero tengo trabajo.

—¿Se lo comentará a su esposo? —suplicó la señora Zeldoff.

—Por supuesto, estoy segura de que le apasionará tanto como a mí, y salude al suyo de mi parte —le contestó despachándola.

¡Menudos humos! Y esa manera que tenía de despedirse de ella antes de echarla. La señora Zeldoff no era la clase de persona que se dejaba tratar así.

—¿No quiere pasar por la entrada principal? De día el ascensor funciona —se extrañó la señora Clerc.

—No me hace daño un poco de ejercicio —le contestó la señora Zeldoff, muy digna.

Y subió hasta el octavo, no sin cierta aprensión. Chloé se disponía a salir y se preguntó quién llamaría a la puerta de servicio. Para llegar hasta el cerrojo había tenido que entregarse a una gimnasia azarosa, aupándose con la fuerza de un brazo y pegando el hombro a la pared.

Estúpido, infundado y grotesco, eso fue lo que le contestó su joven vecina. ¡Ocho pisos a pie para que la reciban así a una! ¡En cuanto a afirmar que Deepak era un santo, tampoco había que exagerar! Ensalzar su integridad después de lo que había hecho era ya la guinda. Y si todavía lo hubiera dejado ahí, pero no.

—Lo que está haciendo es repugnante. Los rumores siempre dejan huella, así que hagan el favor de presentar pruebas o déjense de chismorreos.

Decididamente, la señora Williams era una mujer de lo más sensata, concluyó la señora Zeldoff. ¡Izquierdistas perdidos! La silla de ruedas no era excusa para tamaña grosería.

Ya que esa joven impertinente ponía en duda su honradez, llamaría al bueno del señor Groomlat para pedirle que abriera una investigación.

Llevó a cabo su tarea antes de mediodía y volvió a su casa con la satisfacción del deber cumplido.

*

Deepak salió temprano de casa. Imaginaba que lo recibirían como a un salvador, pero durante toda la mañana no hubo más que muecas de desprecio y miradas desaprobadoras. La señora Clerc apenas lo saludó, el señor Williams salió del edificio sin despedirse siquiera. El señor Zeldoff tenía una expresión hosca y suspiraba con hostilidad. Un poco más tarde, su esposa levantó los ojos al cielo con aire enojado. Hasta el señor Morrison, a quien preguntó por los motivos de esa frialdad general, cuando este requirió sus servicios en mitad de la tarde (salía a desayunar), le contestó con evasivas: «Ya hablaremos de eso otro día».

Hablar ¿de qué? ¿Qué mosca les había picado a todos? ¿Sería cosa del señor Groomlat de nuevo? ¿Habría exagerado sus reivindicaciones? Le habían despedido, caramba, podría haber

cobrado su cheque, aceptar un merecido retiro y dejarlos a todos plantados. No iban a arruinarse por un año de indemnización; la señora Zeldoff llevaba al cuello el equivalente en joyas, la visita semanal a la peluquería de la señora Clerc costaba una semana de su sueldo, el señor Morrison se tomaba cada noche lo que Deepak ganaba en un día…; en cuanto a los Williams, los aficionados a las fiestas, se gastaban en una sola noche más de lo que a Deepak le pagaban en un mes, todo ello para pavonearse en sociedad. Eran todos unos tacaños arrogantes e ingratos, todos salvo los Bronstein, siempre muy respetuosos, y la señora Collins, que ya no tenía fortuna. A mediodía Deepak seguía enfadado. Lali tenía razón, era demasiado bueno. Si se hubiera comportado cual cancerbero, como el conserje del número 16, ahora los tendría a todos comiendo de su mano. Quizá debería ir a ver al contable para anunciarle que, tras pensarlo bien, había decidido no mover un dedo. Que le dieran lo que le debían y que se apañaran sin él.

A las tres de la tarde Deepak seguía impaciente detrás de su mostrador. Había mandado al cuerno al paseador de perros; el golden retriever de los Clerc había vuelto del parque en un estado lamentable. ¿Quién limpiaría el suelo de mármol del vestíbulo?, le había gritado. El paseador de perros se marchó estupefacto.

Luego le tocó el turno al bodeguero, que vino a dejarle una caja de licor al señor Morrison. ¿Quién guardaría las botellas en el aparador de su salón? Después el florista, que vino a entregarle un ramo a la señora Williams, demasiado fastuoso para caber en la cabina sin dejar caer un puñado de pétalos. ¿Quién los barrería?

Pero cuando Chloé apareció a las cuatro de la tarde, en un estado aún más lamentable que el perro de los Clerc, Deepak volvió a ser el de siempre.

—¿Qué le ha ocurrido? —le preguntó al recibirla.

—Nada —contestó ella impasible—, el ascensor del metro seguía estropeado, así que he tenido que bajarme en la siguiente estación, que está a diez manzanas de aquí; empujando la silla a mano es una caminata tremenda… Bueno, lo de caminata es una manera de hablar. Estoy agotada.

—¿Por qué no ha tomado el autobús? —dijo Deepak, llevándola al ascensor.

—Porque la plataforma tarda muchísimo en bajar, y los

pasajeros se impacientan. Además, a estas horas los buses están hasta arriba, así que acabo atrapada delante de la puerta, junto al conductor; en cada parada, los que suben y los que bajan me empujan. Y cuando estás en silla de ruedas, los frenazos te dan unas náuseas tremendas. Los ascensores del metro, cuando los hay, son imprevisibles, pero la mayor parte del tiempo hay gente de buena voluntad que me ayuda a subir, pero hoy no ha sido el caso. Bueno, ya me he quejado bastante, lo que tendríamos que hacer es alegrarnos de que se queda usted.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Deepak entre el cuarto y el quinto—. Yo no me he enterado hasta más o menos las diez, a esa hora usted seguía en su casa, la he bajado a las once.

Deepak abrió la reja, se apartó para dejar pasar a Chloé y volvió a bajar sin que esta le hubiera contestado.

De camino se detuvo en el primero y llamó a la puerta del señor Groomlat.

El contable lo esperaba sentado ante su escritorio. Le entregó el contrato. Deepak se lo guardó enseguida en el bolsillo.

—¿No va a leerlo?

—Confío en usted, y todo el mundo me trata con frialdad desde esta mañana, comprendo que mis reivindicaciones no han sido bien acogidas.

—Siéntese un momento —le pidió el contable.

Deepak siguió de pie.

—Como quiera. Puesto que confía en mí, yo haré lo mismo con usted. Los vecinos desconocen todavía sus reivindicaciones. Me he contentado con decirles que había vuelto a contratarlo. No se preocupe, tengo capacidad para firmar un acta de buena vecindad. Además, estoy seguro de que les aliviará no tener que pagar los gastos adicionales que les había reclamado. Dicho esto, preferiría que nuestro pequeño acuerdo quedara entre nosotros. De aquí a que se marche habrá pasado mucho tiempo… De hecho, ¿por qué dieciocho meses? Podría haberlo redondeado hasta dos años, ¿no? —preguntó el señor Groomlat.

—Usted no lo entendería —contestó Deepak antes de irse.

*

Nada más terminar su jornada, Deepak fue a ver al señor Rivera

al hospital. La señora Collins no le había dado ningún libro, y la razón era que se lo había llevado ella misma a media tarde. De hecho, fue la única que lo saludó normalmente. El comportamiento de los vecinos del edificio no había dejado de inquietarlo.

El señor Rivera, que lo había visto tan alegre el día anterior, se extrañó de verlo ahora tan taciturno.

—Pareces muy preocupado.

—No entiendo lo que ocurre. Nunca se habían mostrado tan odiosos, bueno, al menos nunca todos a la vez. Es como si me reprocharan algo.

—¿Haberte tragado tu amor propio y haber aceptado seguir a su servicio? Sería el mundo al revés.

—Entonces, ¿por qué están tan antipáticos conmigo?

—Si quieres saber mi opinión, debían de estar encantados de librarse de nosotros y pagar así menos gastos de comunidad. Están decepcionados, nada más. ¿Les has dicho lo de tu sobrino?

—Aún no, lo haré el lunes, mañana tengo cita en un bar con un tipo del sindicato.

—¿En sábado? Estoy impresionado.

—Prefería defender mi causa en otra parte que en sus oficinas. Lo que le voy a pedir no es muy legal.

—De verdad piensas en todo.

—En lo esencial.

—Es el problema de las noches lo que los tiene de mal humor; cuando sepan que está resuelto, todo volverá a la normalidad.

—Ni siquiera el señor Morrison estaba como siempre —insistió Deepak.

—Yo nunca lo he visto de otro modo que empinando el codo. Quizá se le fuera la mano el día anterior. Deberías dar gracias a la providencia por lo que nos ocurre, es inesperado.

Deepak se despidió de su compañero a las nueve de la noche. Y en el metro, de vuelta a casa, se preguntó si esa providencia tenía nombre.

*

Al llegar se encontró a Lali sentada a la mesa con Sanji y, al quitarse el abrigo, le dio la impresión de que ambos se habían callado de repente al verlo entrar.

—Hoy te he esperado —dijo Deepak, sentándose con ellos.

—He terminado más tarde de lo esperado —contestó Sanji tranquilamente.

—Podrías haberme avisado.

Lali acudió en auxilio de su sobrino.

—Sanji tenía una reunión con gente importante.

—¿Porque yo no soy importante? Empiezas el lunes —prosiguió.

—¿Has ido a ver a los del sindicato? —preguntó Lali, dejando la cena en la mesa.

—Lo haré mañana —contestó Deepak antes de servir a su mujer.

—¿Trabajan los siete días de la semana? —preguntó Sanji.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Cómo se las apañan con el ascensor cuando se van ustedes de vacaciones?

—Recurrimos a un sustituto —masculló Deepak—. Pero solo está disponible los fines de semana y el mes de agosto. El señor Rivera descansa el sábado, y yo, el domingo; en verano nos tomamos una quincena por turnos, y así siempre hay alguien para sustituirnos, tanto de día como de noche.

—¿Y ese sustituto no estaba disponible ahora?

—Si lo estuviera, hace tiempo que habríamos resuelto el problema. Pero si has cambiado de opinión, dilo, total, un problema más ¡qué más da!

—¿Qué ocurre? —se inquietó Lali.

—¿Qué podría ocurrir? La providencia vela por nosotros, el material que debía poner fin a mi carrera se ha deteriorado milagrosamente. Mañana mentiré a mis amigos de toda la vida diciéndoles que mi sobrino político es un ascensorista experimentado de Bombay, aunque sigo sin saber cómo se gana la vida. Así que me preguntaba si mañana al afeitarme aún me reconoceré en el espejo.

*

Poco antes de medianoche, Deepak se puso el pijama, se metió en la cama y apagó la lamparita de noche, justo cuando Lali volvía a encender la suya.

—¿Me vas a decir lo que te preocupa, o prefieres que me pase la noche agobiándome yo sola?

—¿Qué has ido a hacer a casa de la señorita Chloé? —soltó Deepak de pronto.

—Algunas tradiciones nunca mueren. Para un indio viejo como tú, dos mujeres que conversan a la fuerza tienen que estar conspirando.

—¡El indio viejo renunció a una carrera segura por casarse con una india vieja como tú! De todas maneras, te conozco, cuando saltas así es porque no tienes la conciencia tranquila.

—¿Y qué tendríamos que reprocharnos? Me muero por saberlo.

—No hay ni pizca de humedad en mi trastero. ¿Crees que si la hubiera dejaría allí mi uniforme? Entonces, ¿cómo se explica que el equipamiento se haya corroído por qué sé yo qué?

—Ah, ¿porque ahora soy especialista en material electrónico, o qué?

—Tú no, pero ¿no es ese el terreno de tu sobrino?

—¡Seré tonta, es una conspiración general! Tu mujer, tu sobrino, tu protegida del octavo, todos se han conchabado para llevar a cabo una operación de sabotaje con el único fin de salvar tu empleo y tu absurda hazaña. Y se me olvidaba mencionar al pobre Rivera, que me ha mandado un plano del sótano por paloma mensajera para indicarme dónde se encontraba un material que no sé ni qué aspecto tiene. ¡Salí de noche, mientras dormías, y, una vez en el sótano, oriné sobre el equipamiento!

—No digas tonterías, no te he acusado de nada.

—¡Y luego resulta que la que tiene mala fe soy yo! Tendrías que oírte —contestó Lali muy enfadada.

—Siempre tienes respuesta para todo, pero no puedo evitar pensar que aquí hay gato encerrado. Y si sospecharan de mí por lo que sea, sé de uno al que le faltará tiempo para hacérmelo pagar bien caro.

*

Elaudette

14

Lali y Sanji coincidieron durante el desayuno. Deepak salió del dormitorio, vestido con un pantalón blanco ancho y un polo a juego. Sanji nunca lo había visto tan elegante.

—Creía que ibas a tomar un café con tus compañeros del sindicato —se extrañó Lali.

—Mi pasado de jugador les sigue impresionando, después iré al parque a lanzar unas bolas.

—Deberías acompañar a tu tío, tiene un auténtico club de fans —le sugirió Lali a su sobrino.

—Me encantaría verlo jugar —contestó Sanji, leyendo el mensaje que acababa de recibir—, pero tengo un almuerzo de trabajo con el que no contaba.

—¿En sábado? —soltó Deepak.

—Tú también tienes una cita de trabajo, entonces ¿por qué no él? —terció Lali.

—Si anunciara que va a llover, tu tía se apresuraría a decir que no es culpa tuya.

—Ya irás otro día —añadió ella, haciendo caso omiso del comentario de su marido—. Intenta no trabajar mañana, me gustaría que pasáramos algo de tiempo juntos.

Sanji se lo prometió y fue a prepararse.

—Y tú, ¿vienes a verme jugar? —preguntó Deepak inocentemente a su mujer.

—No me lo perdería por nada del mundo, como todos los fines de semana desde que te conozco… Te veo en el campo hacia mediodía.

*

A mediodía Sanji se reunió con Sam en el restaurante *Chez Claudette*, que estaba cerca de su oficina. A Sam le gustaba mucho el *brunch* que servían allí.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó Sanji, sentándose a la mesa.

—He recibido los estatutos y las actas de constitución de tu empresa, fírmalos e iré a depositarlos el lunes. Solo falta tu contribución, que no supondrá ningún problema, ¿verdad?

La mirada de Sanji se volvió hacia la pareja que acababa de entrar en el restaurante.

—¿Me estás escuchando? —le llamó la atención Sam—. ¡Y para, eso no se hace!

—¿Qué no se hace?

—Quedarte mirando así a una chica como ella.

—¿Una chica como ella?

—¡En silla de ruedas!

—La conozco —contestó Sanji tranquilamente, volviéndose hacia Sam—. ¿Qué decías?

—Estás de broma, espero.

—No te preocupes, mi banquero no me ha devuelto la llamada, pero hablaré con él esta tarde, todo estará arreglado a lo largo de la semana.

—Me trae sin cuidado tu banquero, me refería a esa chica. ¿De verdad la conoces?

Sanji no contestó; observaba de reojo al dueño, que recibía a sus clientes como se trataba en su país a la gente de casta alta. Había mencionado que era actriz, ¿sería una estrella? Sin embargo, solo le prestaba atención el dueño. En Bombay todo el mundo se habría precipitado hacia ella para pedirle un autógrafo, o mejor aún, para fotografiarse con ella. Quizá no en Nueva York, donde estaba prohibido mirar a alguien con algún defecto físico. En la India, los neoyorquinos tendrían que pasear mirando al cielo. Y era a ella a quien miraba, no a su silla… quizá también al hombre que la acompañaba.

*

—Esta vez eres tú quien mira a otra mesa. ¿Conoces a esos chicos?

—No, bueno, conozco un poco a uno de ellos.

—¿A cuál? —quiso saber el profesor.

—Al que está sentado en el banco —contestó Chloé cogiendo la carta.

—¿Dónde lo has conocido?

—Hablamos un poquito en el parque. Su padre era músico. Me apetecen unos huevos Benedict. ¿Y a ti?

—Parece simpático.

—¿O quizá unos huevos revueltos?

—¿A qué se dedica? —insistió el señor Bronstein.

—Es uno de esos jóvenes emprendedores geniales de nuestro mundo moderno. Ha venido a Nueva York en busca de inversores.

—Genial, nada menos…

—Brillante. ¿Pedimos ya? Me muero de hambre.

—Brillante, ¿en qué sentido?

—Ya vale, papá, ¿qué quieres dar a entender?

—Nada… Qué curioso, te has enfrascado en una carta que te sabes de memoria, y hacía tiempo que no te veía sonrojarte así.

—No me he sonrojado.

—Mírate en el espejo que hay encima de mí.

—Tengo calor, nada más.

—¿Con este aire acondicionado?

—Bueno, ¿te importa cambiar de tema?

—¿Qué tal está nuestro filósofo? —preguntó el señor Bronstein haciéndose el inocente.

—Lo sabré cuando hayamos encontrado un ascensorista nocturno —contestó ella muy ofendida.

—Me han propuesto dar una conferencia la semana que viene —prosiguió su padre—. En un congreso de banqueros, bastante bien pagada.

—No pongas esa cara, es una buena noticia —se alegró Chloé—. Los Bronstein padre e hija están de enhorabuena. Yo he firmado otra grabación. Ahora que ya no tenemos que pagar esa derrama, entre los dos pronto podremos saldar nuestras deudas.

—Puede que hasta cambiar las cañerías de tu cuarto de baño.

—¿Quieres brindar por las cañerías? —preguntó Chloé, alegre.

—¡Mejor por tu carrera!

—¡Y por tu gira de conferencias!

—Tengo una en San Francisco, tendré que ausentarme unos días, ¿podrás…?

—¿Apañármelas sin ti? Lo hago todos los días, y siempre puedo contar con Deepak si tengo algún problema.

—¿Quieres que los invitemos a sentarse con nosotros? —preguntó el profesor, divertido, mirando a los dos hombres sentados frente a él.

—¿Puedes bajar un poco la voz?

*

Sanji pagó la cuenta. Sam corrió la mesa para dejarlo pasar. Chloé los siguió con la mirada en el espejo. Sanji se volvió justo antes de salir del restaurante y sus miradas se cruzaron fugazmente. Chloé bajó enseguida los ojos hacia el plato, un gesto que a su padre no le pasó inadvertido.

*

Sam tenía una cita con una chica y se despidió de Sanji delante de la verja de Washington Square Park. Sanji fue a pasear junto al estanque. Observar a la gente, imaginarse su vida, era uno de sus pasatiempos favoritos, puede incluso que lo que lo había llevado a diseñar su aplicación. Cuando era más joven le fascinaba lo absurdo de la vida en las grandes metrópolis, donde se codean tantos seres humanos sin dirigirse nunca la palabra. La soledad de su infancia tenía algo que ver con todo ello. Al iniciar su carrera como emprendedor, sus tíos lo habían acusado de deshonrar a los suyos. Los hombres y las mujeres solo podían conocerse con el visto bueno de sus familias, y solo podían frecuentarse una vez que su unión hubiera sido acordada. Sanji pertenecía a una generación que no veía así la vida. Pero romper los tabúes, liberarse de las tradiciones, conseguir su libertad y aprender a hacer buen uso de ella no era una batalla que se librara en un solo día. Aunque no los conociera mucho, admiraba la valentía de la que Lali y Deepak habían hecho gala abandonándolo todo.

Pensó en la facilidad con la que Chloé lo había abordado en Washington Square Park; él probablemente nunca se habría atrevido a dirigirle la palabra. El timbre de su móvil interrumpió

estos pensamientos. La llamada provenía del Bombay Palace Hotel.

Taresh y Vikram, sus tíos, le informaron de que se habían opuesto a que pignorara sus acciones. Una cláusula de los estatutos del hotel los autorizaba a ello. Estaban indignados por su inconsecuencia.

—Si fracasas —argumentó Taresh—, ¡un tercio de nuestro palacio caerá en manos extrañas!

—¿Cómo puedes ser tan egoísta para poner en peligro el trabajo de toda una vida, el patrimonio de tu familia? ¿Y por qué? —vituperó Vikram.

—¿De qué familia habláis? —contestó Sanji antes de colgarles el teléfono.

Sus tíos querían la guerra. Furioso, abandonó la fuente para ir a otro parque de la ciudad. Allí, un tío digno de ese nombre estaba jugando al críquet.

*

Chloé entró en Washington Square Park y se sentó a una de las mesas donde los avezados ajedrecistas desplumaban a cuantos aficionados se atrevían a apostar unos pocos dólares. Si ocupaba así sus tardes de los sábados no era por el puñado de dólares que se embolsaba, sino por el placer de ganar. Había sido una deportista peleona, y a veces se arrepentía de haberse deshecho de sus trofeos. Su última competición había sido una mañana de abril, cinco años antes.

*

Sanji admiraba la elegancia con la que Deepak manejaba el bate, rodeado por un montón de adolescentes, venidos de los barrios del norte de la ciudad, que soñaban con convertirse en campeones.

—Entiendo que te rindieras a sus encantos cuando ibas a verlo al parque de Shivaji.

—Hoy en día está mucho más guapo —contestó Lali—. Para algunos, Deepak no es más que un ascensorista, pero en un campo de críquet es un auténtico señor.

—No debió de ser fácil marcharos.

—Marcharnos fue lo más fácil. Una noche, cuando Deepak salía

de su casa, tres hombretones se precipitaron sobre él y le dieron una paliza. Sabíamos quién les había hecho el encargo, y captamos el mensaje que nos dirigían mis padres. Cuando fui a verle al dispensario médico, hizo cuanto pudo para convencerme de poner fin a nuestra relación. Su amor por mí sería eterno, pero no podíamos pensar en un futuro juntos, no tenía derecho a manchar la reputación de una familia como la nuestra, y menos aún de arruinarme la vida. Achaqué ese momento de desvarío a sus heridas, y le contesté que esa era la última vez que toleraba que los demás decidieran sobre mi vida. Había elegido pasarla a su lado, y no me arrepentiría. Mi familia ya no existía, nada me unía a personas capaces de una violencia así. Día tras día durante dos meses fui metiendo pertenencias en un hatillo de ropa sucia escondido en el fondo de un armario, para que nuestras criadas no se percataran de nada. Y debajo de la cama guardaba el poco dinero que había conseguido sisar del bolso de mi madre y de los bolsillos de los pantalones que mi padre se dejaba por casa. También les quité algo a mis hermanos. Deepak vino a buscarme en plena noche. Me esperaba cerca de mi casa y me dijo que entendería si yo no acudía. Me escapé a escondidas. No te puedes imaginar mi miedo al recorrer el pasillo mientras toda mi familia dormía, al bajar la escalera y cerrar la puerta para no volver jamás. Aún hoy todavía sueño con ello y me despierto temblando. Huimos a pie, íbamos contrarreloj, pues debíamos llegar al puerto antes de que amaneciera. Un conductor de *rickshaw* se apiadó de nosotros y aceptó llevarnos. Deepak había pagado a precio de oro dos pasajes en un carguero. Pasamos cuarenta y dos días en el mar. Yo echaba una mano en las cocinas, y Deepak ayudaba a la tripulación haciendo de todo. Pero ¡qué viaje! El mar de Arabia, el mar Rojo, el canal de Suez, el Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar y, por fin, al ver el océano de verdad, nos sentimos libres.

—¿Por qué solo entonces, si ya llevabais muchos días de travesía?

—Porque durante una noche, en Gibraltar, donde el carguero hacía escala, nos amamos por primera vez. Pero como te decía antes, lo que acabo de contarte fue la parte más fácil de nuestra evasión. Yo me negaba a ser una clandestina. Deepak era demasiado íntegro para soportar vivir mucho tiempo en la ilegalidad. Te

reconozco que su exceso de honradez a veces me irritaba. Nos presentamos ante los servicios de inmigración. Por aquel entonces, los que gobernaban esta nación de inmigrantes aún recordaban la historia de sus padres y de dónde venía cada cual. Estar amenazados de muerte nos permitía obtener el estatuto de refugiados, las cicatrices de Deepak eran prueba de nuestra buena fe. Nos dieron papeles provisionales y, para sorpresa nuestra, algo de dinero para cubrir nuestras necesidades y empezar una nueva vida. Deepak no quería aceptarlo —rio Lali con ganas—, pero yo lo hice por él.

—¿Y después? —preguntó Sanji.

Lali calló. Su sobrino se dio cuenta de que se había conmovido y le rodeó los hombros con el brazo.

—Lo siento —le dijo—, no quería despertar recuerdos dolorosos.

—Te he mentido —prosiguió Lali en voz baja—. Miento cuando te digo que no perdí nada al abandonar nuestra casa. Porque dejé allí una parte de mí y, pese a este orgullo que a menudo ha sido negativo para mí, sufrí terriblemente por ello y sufro todavía. Tenía una vida privilegiada, sin preocupaciones, y de repente me vi trabajando de manera precaria en lo que iba saliendo, hasta dieciséis horas al día, para que no tuviéramos que pasar hambre. No hemos llevado una vida fácil y, después de todos estos años, aunque no podemos quejarnos, tenemos lo justo para asegurarnos la vejez, siempre y cuando no se alargue demasiado. Si Deepak tuviera que jubilarse ahora, no sé cómo nos las apañaríamos para llegar a fin de mes. Bueno, basta de preguntas. Dame noticias de mi familia, de ese país que detesto por lo que me hizo pasar, pero al que añoro terriblemente.

Sanji le habló de la mayor democracia del mundo en la que persistían la miseria y un orden social que mantenía un sistema de castas… Pero no era todo negativo, más allá de las típicas imágenes de la India, desde las vacas sagradas hasta los barrios de chabolas, desde Bollywood hasta la generación de informáticos a la que él pertenecía, el progreso estaba en marcha: las ciudades se modernizaban, la pobreza disminuía, el país gozaba ahora de una prensa plural y libre, e iba emergiendo una clase media.

Lali lo interrumpió.

—No te pido que me des una clase de economía o de

geopolítica, para eso ya tengo un marido que me mata todos los fines de semana leyéndome el periódico en voz alta, háblame de ti, de tu vida, de tus pasiones, ¿tienes novia?

Sanji respiró hondo antes de contestar, se volvió despacio hacia ella y la miró a los ojos.

—Tía Lali, los edificios desconchados de los que era dueño tu padre se han convertido en un gran hotel, el más lujoso de Bombay. Tus hermanos te lo han ocultado siempre.

Lali se quedó sin respiración y lo miró boquiabierta.

—De qué sirve que vengáis a verme jugar si es para estar charlando como dos cotorras —protestó Deepak acercándose a ellos —. ¡Espero al menos que esta conversación valiera el perderos mi maestría como bateador!

*

El día en que pegué a Julius

El día había empezado con una sesión de rehabilitación. El «canalla» de Gilbert se había empleado a fondo conmigo. No era una mañana como las demás, pues tenía que dar mis primeros pasos con las prótesis. Si todo se fue al garete no fue porque me cayera. El dolor seguramente tuvo algo que ver, pero el motivo real fue otro.

Antes de «14:50», papá viajaba mucho y me dejaba la casa para mí sola. El estudio de Julius mata el amor: esas paredes de gotelé amarillo, el olor a moqueta vieja y la luz pálida del plafón lo convierten en el lugar menos romántico del mundo —a Julius no se le da muy bien la decoración—. Además se oyen las voces sordas de los vecinos, y parece que fuera una casa encantada. Razones más que suficientes para que decidiéramos hacer el amor en mi casa cada vez que mi padre se ausentaba. Pero papá ya no viajaba.

Por suerte, por las tardes seguía dando clase.

Julius me cogió en brazos, me dejó en la cama y me besó. Se tendió sobre mí y me desabrochó los botones del vestido. Me acarició los pechos, era la primera vez que sentía su deseo desde «14:50». Sus labios recorrieron mi piel, mi vientre, sus manos buscaron separarme las piernas, y entonces vi congelarse su mirada. Lo abofeteé.

Desde ese momento dejamos de hacer el amor.

*

15

Chloé pasó largo rato delante del armario antes de decidirse por una falda larga de cuadritos vichí y un top blanco con escote.

A primera hora de la tarde Deepak había llamado a su puerta para anunciarle la noticia. Acababan de contratar a un sustituto que cumplía con los requisitos exigidos por el señor Groomlat. El nuevo ascensorista de noche, un profesional experimentado que contaba con el visto bueno del sindicato, empezaría su turno a las 19:15… Bueno, casi experimentado, había añadido Deepak, fiel a sí mismo. Chloé volvía a ser libre de moverse a su antojo.

Si hubiera podido levantarse, lo habría abrazado. Deepak debió de darse cuenta, pues casi se sonrojó. Se retiró con una cómica reverencia que daba fe de que compartía su alegría.

Como su padre se había ido a San Francisco, Chloé le propuso a Julius que cenara con ella. Al llamarlo, se encontró con el contestador automático, y le dejó los datos del restaurante donde lo esperaría a las ocho.

El arte del maquillaje no era lo suyo, así que se miró una última vez en el espejo, recorrió el piso para apagar las luces, todas salvo la del velador de la entrada, cogió el móvil y llamó para que le subieran el ascensor.

Mientras subía la cabina, hizo la maniobra de volver la silla en el rellano. El ascensorista abrió la reja y se arrimó a la palanca mientras Chloé entraba marcha atrás.

Solo lo veía de espaldas. El uniforme del señor Rivera le quedaba grande, las hombreras le caían con desaliño sobre los brazos, y las mangas de la levita le tapaban la mitad de las manos.

—Buenas tardes, señorita —dijo con tono reverencioso.

—Buenas tardes, qué alegría que…

Se interrumpió en mitad de la frase y clavó la mirada en la nuca

del ascensorista.

—¿Decía usted? —preguntó él, a la altura del sexto.

Chloé sintió que se le aceleraba el corazón al pasar por el rellano del cuarto.

—Que la gente bien educada se vuelve y te mira cuando te habla.

Sanji obedeció.

—Y pensar que la primera vez que entablas conversación es para reconocerme que me has mentido.

—No lo he hecho.

—¡Y encima te burlas de mí! Emprendedor, Facebook indio, ¿te dice algo todo eso?

—Tener un solo oficio en Nueva York es un lujo… ¿No le dice algo eso a usted? —replicó Sanji.

—Y los fines de semana, ¿eres estrella de Bollywood o campeón de parapente?

—Sufro vértigo y soy un pésimo actor.

—¡Pues yo te puedo asegurar lo contrario!

La cabina se posó sin delicadeza a diez centímetros de la planta baja.

—Aún no domino el tema del todo, vuelvo a subirla al primero, se merece un mejor aterrizaje.

—Vamos de mal en peor…

—En absoluto, lo hago lo mejor que puedo, y usted podría tener más paciencia.

—No tenías una cita en la calle 28, vi que el taxi daba media vuelta, mientes sin parar.

—Ya está, esta vez estamos casi a ras de la planta baja, tendría que poder salir sin problemas. Me han recomendado que no toque la silla de la señorita. Pero acompañaré a la señorita hasta la acera y le pararé un taxi.

—¡Déjate de tanta «señorita»! —protestó Chloé—. Y no me acompañas a ninguna parte —gritó al pasar delante del mostrador, sorprendida de ver allí a Deepak.

—Un ascensorista no es lo bastante importante para ti, ¿es eso? —gritó él a su vez.

Deepak se apresuró a abrirle la puerta a Chloé y no apartó la mirada de ella mientras cruzaba la calle y entraba en Chez

Claudette.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó Sanji irritado, reuniéndose con su tío en el vestíbulo.

—Me he quedado para asegurarme de que te apañabas bien. Tres normas, tres normas de nada… Mostrarte cortés, ser invisible cuando no hablan contigo y, si lo hacen, escuchar lo que te pregunten sin contestar jamás, ¿tan difícil es?

—¡Ella no me ha preguntado nada, ha entablado conversación!

—«Ella» no, «la señorita Chloé». Todavía ibais por el tercero y ya os oía subir el tono. En cuanto a cómo has posado la cabina, no voy a decir nada, pero eso no quiere decir que no lo piense. Te agradezco lo que haces por mí, pero si lo haces, hazlo bien, porque si no, no vale la pena. Ahora me voy pitando a ver a Rivera y luego a casa a dormir. Te confío mi edificio. Espero encontrarlo en perfecto estado mañana. ¿Puedo contar contigo? Y no te olvides de ayudar al señor Morrison a abrir la puerta de su casa.

Sanji apretó los dientes para no replicar mientras su tío bajaba al sótano a cambiarse.

*

Chloé volvió a las diez, sola. No le dirigió ni una palabra a Sanji en la cabina, solo un buenas noches en voz baja antes de entrar en su casa.

No encendió las luces y avanzó hasta la ventana. Los lunes las aceras estaban desiertas. Solo unos pocos taxis bajaban por la Quinta Avenida a toda velocidad antes de girar hacia la calle 9. Chloé estuvo mucho rato con la mirada perdida. Hacia medianoche se llevó la mano al bolsillo y pulsó la tecla del número de Julius. No fue el plantón que le había dado lo que la decidió; suponía que habría trabajado hasta tarde y quizá ni siquiera hubiera oído su mensaje.

Mientras lo esperaba, Claude la había invitado a una copa de champán, seguida de una segunda y una tercera. Antes de emborracharse del todo, aunque ya no tuviera las ideas muy claras, se había sentado a su mesa y había pedido algo de cenar para los dos. El dueño del restaurante se había compadecido de ella, y la compasión era lo que Chloé ya no soportaba, ni de Julius ni de nadie.

No quería oír su voz. Con el móvil en la mano, esperó a que el contestador terminara de enunciar el mensaje y dejó ella uno a su vez.

—Me he equivocado tantas veces que ya resulta patético. Me he equivocado en lo que podía aguantar, en la idea de que podíamos pretender seguir juntos. Me he equivocado en la manera de reconstruir mi vida, en lo que esperaba de nuestra relación, me he equivocado por sentirme en deuda, me he equivocado sobre nosotros y más todavía sobre mí. Pero ya no quiero equivocarme más, nunca más. Nos vemos mañana en el parque. Sé que entre las tres y las cuatro no tienes clase. Te devolveré las pocas cosas que has dejado aquí y, con ellas, tu libertad. Yo recupero la mía. Adiós, Schopenhauer.

*

Al día siguiente, Chloé entró a las tres en Washington Square Park. Al recorrer el sendero, vio a un hombre que no era Julius sentado en el banco.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—No vendrá —suspiró Sanji, cerrando el libro que tenía en las manos.

—No entiendo.

—Anoche no podía decirte que también te habías equivocado de número de teléfono…

*

16

—¿Por qué seguir junto a ese hombre si te has equivocado tanto? —preguntó Sanji.

—Porque fue él quien siguió junto a mí, porque ya había sufrido bastante físicamente como para exponerme a sufrir de otra manera.

—¿De verdad se llama Schopenhauer?

—Supongo que eso no habrá cambiado desde ayer —contestó Chloé.

—Es bastante audaz enamorarse de un tío con un nombre como ese, o masoquista en grado sumo.

—¿Qué tiene que ver su nombre con lo que yo sienta o deje de sentir por él?

—El ensayo de Schopenhauer sobre las mujeres supera el pensamiento misógino anclado en el inconsciente colectivo de mi país.

—Yo solo frecuentaba la copia, no el original. Y naturalmente también has leído a Schopenhauer…

—¿Te sorprende eso por el hecho de que vengo de Bombay? No te culpo, soy el primer sorprendido cuando la mirada de un occidental sobre la India va más allá de las vacas sagradas y del *chutney* al curri.

—No era eso lo que quería decir.

—Pero lo has dado a entender.

—Mira quién da lecciones ahora, el mentiroso empedernido.

—Si te hubiera dicho que mi cita era en la otra punta de la ciudad, te habrías sentido en deuda. Y me pareció entender ayer que eso formaba parte de las cosas que querías desterrar de tu vida.

—Sabes muy bien que no estaba pensando en eso, y si quieres que alguna vez volvamos a hablar, hagamos como si esa llamada nunca hubiera existido.

—De acuerdo, pero ya me dirás quién es más mentiroso de los dos. Bueno, lo esencial es que quieras volver a verme…, ahora que sabes que no soy más que un simple ascensorista.

—Cómo no voy a volver a verte si trabajas en mi edificio…

—Sobre todo no quisiera que te sintieras obligada. Me contentaré, pues, con llamarte «señorita» y solo si la señorita necesita mis servicios. Siento mucho que te equivocaras de número… Prometido, no volveremos a hablar del tema.

—¡Señorita no, Chloé! —gritó ella mientras Sanji se alejaba.

Lo siguió con la mirada hasta que salió del parque.

*

Deepak consultó su reloj, esperando que Sanji fuera puntual. Su deseo se vio casi cumplido, por cinco minutos.

—He hecho lo que he podido —exclamó su sobrino jadeante.

—No te he reprochado nada. Pasada la medianoche, y después de asegurarse de que todo el mundo estaba de vuelta en casa, naturalmente, Rivera acostumbraba a descansar detrás del mostrador. Nada te impide hacer lo mismo, pero acuérdate de ponerte una alarma para estar presentable a las seis y media. A veces el señor Williams sale a comprar el periódico hacia las siete menos cuarto. No te preocupes, tus noches serán más descansadas que mis días.

—Salvo por el pequeño detalle de que yo también trabajo de día.

—Rivera se pasaba el día en un asilo cuidando de su mujer, y, créeme, dado su estado, te aseguro que no era muy descansado. Te saca cuarenta años, deberías poder apañártelas.

—Me habría bastado con un «gracias»…

—Deberías saber que hay silencios más elocuentes que las vanas palabras. Hasta mañana, te confío el edificio.

Deepak bajó al sótano. Rivera se había equivocado al pensar que la actitud de los vecinos volvería a normalizarse en cuanto el sustituto hubiera asumido sus funciones. Su frialdad, tan inhabitual como colectiva, lo preocupaba cada vez más. La señora Williams, experta en pullitas asesinas, le había lanzado una de repente al salir de la cabina: «La buena de la señora Zeldoff dirá que es un milagro, ¿y quién se atrevería a llevarle la contraria? Encontrar un ascensorista tan rápido, después de este suceso tan inoportuno, es

un verdadero prodigio. ¡Y además nos viene de la India! Ni que ya no hubiera mano de obra cualificada en este país».

A Deepak el instinto le había fallado pocas veces y estaba decidido a salir de dudas. Tras guardar el uniforme, fue al cuartito que estaba frente al trastero, donde un dispositivo almacenaba entre las once de la noche y las siete de la mañana los movimientos filmados por las cámaras de vigilancia. Una espiaba la acera bajo la marquesina, la segunda cubría la entrada de servicio y, la última, el pasillo del sótano. Desde que habían instalado el equipo de vigilancia, veinte años antes, no se había producido nada reseñable. La comunidad conservaba un juego de seis viejas cintas VHS que Deepak iba alternando.

Se instaló ante el monitor e introdujo la primera a cámara rápida. Al visionar la de la noche del miércoles anterior, detectó un hecho extraño. Estupefacto, vio a la señora Collins entrar en albornoz en el sótano con un vaporizador en la mano. No sabía qué sustancia contenía, pero no hacía falta ser muy listo para adivinar para qué había servido. Esa prueba bastaba para limpiar su nombre, pero, tras unos minutos de reflexión, Deepak rebobinó la cinta y la dejó en el aparato. La grabación de la noche siguiente borraría las huellas de esa visita improvisada de la que él sería el único testigo.

Deepak se marchó poco después, era demasiado tarde para acercarse a ver al señor Rivera, por lo que volvió directamente a su casa.

*

El señor Morrison había regresado a su apartamento sano y salvo. Siguiendo los consejos de Deepak, Sanji no se había aventurado a intercambiar con él más que un lacónico saludo.

Era casi medianoche y dio un largo bostezo. Apoyó los pies en el mostrador e inclinó el respaldo de la silla. Al ver que dormir le resultaba imposible, Sanji buscó la manera de matar el aburrimiento. Encontró un bloc de notas y un lápiz, que se puso a mordisquear un buen rato mientras buscaba las palabras adecuadas.

A la una de la madrugada subió al octavo, franqueó los seis centímetros que separaban la cabina del rellano y deslizó una hoja doblada en dos por debajo de la puerta principal, antes de volver a bajar. Se quedó dormido hacia las tres de la mañana, tumbado con

los brazos en cruz en mitad del vestíbulo.

*

El día en que sentí el aroma de las rosas

Papá había vuelto en mitad de la tarde, sin dar explicaciones. Yo estaba en el salón, mirando por la ventana. Cuando me pregunta por qué me paso el tiempo con la cara pegada al cristal, le contesto que observar la calle me hace bien. Algo que él no se explica. La verdadera razón es que es ahí donde me gusta escribir…, observando la calle cada vez que necesito coger aire. Y cada vez que se acerca a mí, escondo el cuaderno debajo del trasero. ¿Por qué no le digo que escribo un diario? Porque un diario es un jardín secreto, nada más. Pero ese día me reprochó que me quedara encerrada en casa. «Quiero que salgas a que te dé el aire, ¡y no quiero verte de vuelta hasta dentro de dos horas por lo menos!».

Lo miré asombrada. Ni siquiera cuando yo era adolescente era tan autoritario conmigo. ¿Por qué estaba tan empeñado en que me largara? Entonces le pregunté como si nada si tenía una amante. ¡Ahí el asombrado fue él, que no veía qué podía tener que ver una cosa con la otra! Yo sí, pero no me daba la gana explicárselo.

Ya que me había echado, fui a pasear por Washington Square Park. Primero rodeé la fuente y luego fui hasta el banco donde antes solía pasar el rato escuchando a un trompetista que acude allí a tocar casi todas las tardes. A veces, para cautivar mejor a su público, se divierte llevándose dos trompetas a la boca. ¡Es un virtuoso!

La primavera estaba bien avanzada, los rosales habían florecido. Floribunda, gentle-hermione, pilgrim, Galway, reina de Suecia…, sentí los aromas de todas las variedades de rosas. Estoy viva, pensé.

Al volver a casa le di las gracias a mi padre y volví a preguntarle si tenía una amante. No esperé a oír su respuesta y fui a apostarme delante de la ventana de mi habitación.

*

17

—Francamente, te estás pasando —protestó Sam.

—¿Qué? ¡Pero si he llegado puntual! —se sublevó Sanji dejando su cartera sobre la mesa de su amigo.

—Para empezar, podrías haberte cambiado. Llevas la misma ropa que ayer y no te has afeitado.

—Lo siento, no me ha dado tiempo —contestó Sanji con un largo bostezo.

—¡Pero eso no es todo!

—¿Qué pasa ahora?

—¿Te han contratado los Village People? ¿Qué es esa gorra grotesca que llevas?

Sanji levantó los ojos y se dio cuenta de que se le había olvidado quitarse un accesorio de su uniforme.

—Vale, ya lo he entendido. Estuviste de juerga hasta el amanecer. Espero que valiera la pena.

—Digamos que he dormido poco y mal.

—¿Con quién? —preguntó Sam, burlón, inclinándose sobre su escritorio.

—Sería muy largo de explicar y no es lo que te imaginas.

—Eso le dice el amante al marido engañado que lo sorprende escondido en el armario.

—¡Qué manía tenéis aquí con pensar que todo el mundo miente!

—Eso confirma mi teoría. ¿Cómo se llama?

—Otis.

—¿Es un nombre de chica?

—De ascensor.

—¿En Bombay son todos como tú? ¿Has pasado la noche en un ascensor?

—Algo así.

—Sabes que, en caso de avería, hay un botón de emergencia.

—¿Quién te ha dicho que estuviera averiado?

Sam sacó una maquinilla eléctrica del cajón de su escritorio y se la dio a Sanji.

—Ve a al baño a asearte, tenemos una reunión dentro de quince minutos, así que intenta estar presentable, ¡y quítate esa gorra!

Durante la reunión, Sam se esforzó por ensalzar las virtudes de su proyecto, los grandiosos beneficios que se podían esperar, el fabuloso acceso al mercado indio…, mientras Sanji bostezaba una y otra vez. Y cuando le pasó una notita por debajo de la mesa, Sam estuvo a punto de ahogarse y se preguntó seriamente si su amigo no abusaba de las drogas. Se guardó la nota en el bolsillo y se esforzó como pudo en terminar su exposición.

Acompañó a sus clientes a la puerta y, volviendo sobre sus pasos, se encontró a Sanji tendido sobre su escritorio con los ojos cerrados.

—¿A qué estás jugando?

—Te lo pido por favor, déjame descansar unos minutos.

—¿Tan excepcional era esa Otis? ¿A qué viene la nota que me has pasado durante la reunión?

—¿Qué te parece lo que he escrito?

—Ridículo.

—¿En serio? —preguntó Sanji inquieto, levantándose de un salto.

—«Lo único imperdonable es no perdonar»… ¿Se te ha ocurrido a ti solito?

—Me parece haberlo leído en alguna parte, es bonito y muy cierto, ¿verdad?

—No, pero aun así te perdono. Intenta estar más en forma mañana.

—Ese mensaje no era para ti, idiota. Tienes más experiencia que yo con las mujeres y, ante la duda, quería tu opinión.

—¿En qué consiste tu duda exactamente? —preguntó Sam.

—Aún no ha decidido si acepta que volvamos a hablarnos, entonces le he escrito.

—No habrás pasado la noche en su rellano, espero. Sería patético. ¿Y qué le has hecho para que esté tan enfadada contigo?

—No sé si lo que le molesta es la mentira o que sea

ascensorista…

—Igual es por la gorra, ¿en qué consistía la mentira?

—Podría habérselo explicado, pero su reacción hizo que se me quitaran las ganas.

—¿Explicarle qué? —se impacientó Sam.

—¿Nunca has soñado con seducir a una mujer sin fingir, aparentar ni justificar nada, siendo simplemente tú?

—No.

—¿Puedo dormir aquí un rato? No te molestaré, te lo prometo.

Sam miró a Sanji con aire grave.

—Mira a tu alrededor y dime si algo en este despacho te hace pensar que sea una habitación de hotel… ¡Pues es precisamente porque no es un lupanar! Y todavía tengo jefe, por si lo habías olvidado. La jornada ha terminado, no tienes más que volver a tu casa; bueno, es una manera de hablar.

—Vale, qué se le va a hacer, me las apañaré de otra manera —suspiró Sanji.

Se marchó, tambaleándose de cansancio, ante la mirada consternada de Sam.

Tenía una hora libre antes de que empezara su turno, el tiempo justo de ir a Spanish Harlem a asearse y cambiarse de ropa, pero tendría que afrontar a Lali, y mantener una conversación estaba por encima de sus fuerzas. Recorrió dos manzanas a pie, entró en Washington Square Park y se desplomó sobre el primer banco que vio.

*

Sanji oyó un carraspeo. Entreabrió los ojos y vio la silla de Chloé desaparecer por un sendero. Se frotó la cara y, llevándose la mano al pecho, encontró una hoja de papel en la que se leía:

El humor es una cualidad esencial, me gusta mucho su idea.

Sanji se guardó la nota en el bolsillo y corrió hacia la Quinta Avenida. Al ver su reflejo en un escaparate, se preocupó por su aspecto. Repantingado en un banco y con la ropa arrugada no podía estar menos atractivo. Evitó el vestíbulo, entró por la puerta de servicio y, tras ponerse el uniforme, se reunió con Deepak.

—¿Y la gorra? —le preguntó su tío, inquieto.

—Lo siento, se me ha olvidado.

—Me gustaría saber dónde y cómo… Bueno, coge la mía. Parece que también se te ha olvidado ducharte.

*

Con la noche llegó la calma. Sanji esperaba a que volviera su último cliente. El señor Morrison entró en el vestíbulo tambaleándose, luego volvió a salir y dio media vuelta debajo de la marquesina. Sanji acudió en su auxilio cuando se disponía a cruzar la avenida.

—¿Le gusta Haydn? —preguntó entre hipidos.

—No lo conozco.

—Ha sido horroroso. Una birria de interpretación, si quiere saber mi opinión. Y el contrabajista, que hacía una mueca con cada movimiento del arco, ridículo… ¿Salimos? Conozco un barecito fantástico.

—Mejor vamos a acostarnos, si no tiene inconveniente.

—Tiene que haber un error, joven, yo no me acuesto con nadie, yo a usted no lo conozco y, de hecho, ¿quién es usted? —le preguntó, mientras Sanji lo arrastraba con firmeza hacia el ascensor.

—Su ascensorista de noche.

—No entiendo nada de nada en este maldito edificio, me habían explicado que íbamos a poner unos botones. Aunque, dicho sea de paso, nadie me ha indicado cuál tengo que pulsar. Sanji cerró la verja y movió la palanca. Mientras la cabina se elevaba, el señor Morrison, apoyado en la pared, se dejó deslizar despacio hasta el suelo.

—Tres frases, solo le he dicho tres frases de nada, no le he cantado una nana —protestó Sanji levantándolo.

Lo dejó en el rellano, probó varias llaves del manojo que le había dado Deepak antes de encontrar la buena y, una vez en el pasillo del apartamento, se preguntó qué puerta era la del dormitorio. No cabía esperar que el señor Morrison se lo indicara. La encontró a la tercera, lo tendió sobre la cama, se compadeció de él al oírlo gemir y le quitó los zapatos. Los calcetines, raídos en los talones y con grandes agujeros en los dedos, decían mucho de la

soledad del hombrecillo entrado en carnes. Sanji consiguió quitarle la chaqueta, le puso bien las almohadas, lo cubrió con una manta y se retiró.

Al pasar por el cuarto de baño, vaciló un instante y pensó que no era muy arriesgado. La ducha fue como un bálsamo, cogió una toalla limpia de un estante y se frotó el cuerpo con ella.

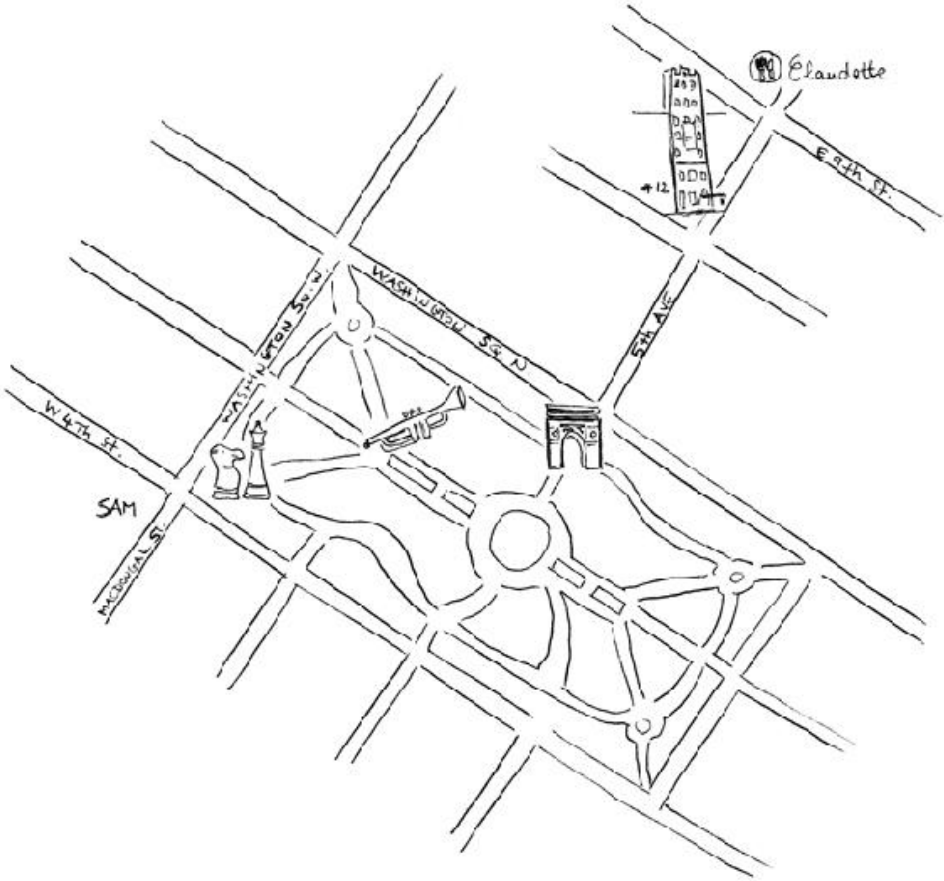
Era difícil resistirse al sofá del salón cuando se tenía la espalda molida por culpa de una noche durmiendo en el suelo de mármol del vestíbulo.

Sanji puso la alarma del móvil y se lo colocó junto a la oreja. Antes de cerrar los ojos, se preguntó cuándo se decidiría Chloé a salir por la noche. ¿De qué servía jugar a los ascensoristas si se quedaba encerrada en casa? ¿Y cuál era esa idea que le gustaba mucho? Esperó poder preguntárselo pronto.

*

A las cuatro de la mañana el señor Morrison se despertó porque necesitaba ir al baño, oyó un ronquido en el salón y, al ver a un indio durmiendo en calzoncillos en su sofá, se juró no volver a beber tanto.

*


Claudette
E 9th St.
#12
WASHINGTON SQ. N
WASHINGTON SQ. W
5TH AVE
W 4TH ST.
SAM
MCDOUGAL ST.

18

A Deepak le intrigó encontrarse a su sobrino aseado y descansado.

—¿Has abandonado tu puesto esta noche?

—En ningún momento —le aseguró Sanji con total firmeza.

—Entonces tu pelo debe de ser como ese horno que se limpia solo con el que sueña Lali, espero comprárselo algún día. Olvídalo… Te he traído ropa limpia, bueno, me la ha dado tu tía —precisó, entregándole una bolsa—. Hoy me quedaré hasta más tarde, eso me lo ha pedido ella también, para que tú descanses un poco. Puedes venir a sustituirme a eso de las ocho.

Al salir del edificio, Sanji levantó la mirada hacia las ventanas del último piso. Le pareció ver a Chloé y la saludó.

Esta retrocedió para alejarse de la ventana, en la mano llevaba la notita que acababa de encontrar debajo de la puerta.

> *No sé a qué idea te referías, pero se me ha ocurrido otra. Nos vemos en el parque a las 17:30, y sobre todo esta vez no dudes en despertarme.*
>
> *Sanji.*

*

—Qué nombre más bonito tienes, nunca lo había oído —dijo Chloé al llegar al banco donde la esperaba Sanji.

—El tuyo haría furor en Bombay —contestó él dándole un gofre —. Los he comprado en la esquina, parecían deliciosos.

—¿Estabas seguro de que vendría?

—Estaba seguro de poder comerme los dos.

—¿Vamos a dar un paseo? —sugirió Chloé.

Sanji caminaba a su lado. Se moría por hacerle una pregunta y resistió un minuto antes de decidirse.

—¿Qué ha pasado entre ese tal Schopenhauer y tú?

—¿De verdad te interesa mi vida o me preguntas por educación?

—Por educación —contestó Sanji.

—Venga, vamos junto a la fuente, es el lugar más alegre de este parque.

Tenía razón; un malabarista poco diestro se esforzaba por recuperar las mazas, una mujer coloreaba retratos con tiza en el suelo, dos hombres se besaban efusivamente en el césped y unos niños corrían tras los chorros de agua. Sanji se sentó en el borde de la fuente, Chloé colocó la silla a su lado y se quedó mirando la manta que la cubría.

—Yo no he sido siempre así, y algo de nuestra relación desapareció con una parte de mí.

—Tu sentido del humor, tu don de réplica, tu mirada, tu sonrisa, ¿nada de eso le bastaba?

—Preferiría cambiar de tema.

—Yo no.

—Es un detalle por tu parte decirme todo eso, pero ya que has sido testigo involuntario de esta ruptura, te recuerdo que lo he dejado yo a él.

—No del todo…

—¿Cómo que no del todo?

—Has roto conmigo. No te lo puedo reprochar, te equivocaste de número, pero, ahora que lo pienso, quizá hubiera preferido que no fuera una equivocación.

—¿Quieres que lo deje? —bromeó Chloé.

—Vale, lo que digo es un poco confuso, pero haz un esfuerzo. Si yo hubiera sido el destinatario de ese mensaje, sería porque habríamos sido pareja.

Chloé observó a Sanji y lo vio tan confuso que se echó a reír.

—Nunca había oído nada tan absurdo. Estás completamente loco.

—Creo que hay que estar un poco loco para no enloquecer del todo.

—No te imaginas hasta qué punto los años que acabo de vivir corroboran tus palabras.

—¿Lo has vuelto a llamar?

—¿A quién te refieres?

—Lo sabes muy bien.

—¿Y a ti qué te importa?

—Deepak me ha pedido que vele por ti, me limito a cumplir con mi trabajo de ascensorista.

—¿Por qué me dijiste que eras un hombre de negocios?

—Vives en el último piso de un edificio magnífico, ¿no es razón suficiente?

—Tengo la sensación de que me estás cortejando, con cierta torpeza, pero…

—Pero ¿qué?

—No deberías dar tanta importancia a las apariencias, sé de lo que hablo.

—En mi país no se trata de apariencias, las personas de ambientes distintos no se frecuentan. ¿Tú saldrías a cenar con un ascensorista?

La mirada de Chloé se perdió en la lejanía.

—Cambio de escenario —propuso—. Mañana salgo del estudio a las cinco, conoces la dirección…

—Sí, tenía una reunión no muy lejos de allí.

Chloé se marchó y Sanji se quedó sentado un rato en el borde de la fuente. Antes de irse le devolvió la llamada a Sam. El banco de negocios Holtinger & Mokimoto había leído su propuesta y estaba dispuesto a recibirlos. Con inversores así, no tardaría en reunir el resto del capital.

—¡No me digas que es demasiado pronto para celebrarlo! He reservado una mesa en *Mimi*, uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Sirven una cocina francesa que relegará tu *pata vrap* al rango de los platos más asquerosos del mundo.

—*Vada pav*, y no tienes ni idea. Esta noche no puedo.

—Si es por esa tal Otis, dile que se venga.

—Puede ser muy complicado, pesará unos trescientos kilos, y eso vacía.

Sam inspiró hondo y le colgó el teléfono.

*

Esa tarde, cuando empezó su turno, Sanji no tuvo ni un minuto libre.

Era incapaz de poner nombre al rostro del hombre que apareció en el vestíbulo con una pequeña maleta en la mano, y eso que estaba seguro de haberlo visto ya en alguna parte. Salió de detrás del mostrador y lo llamó.

—Al octavo, por favor —contestó el profesor.

—¿He de anunciar su llegada?

—No, es una sorpresa, ¿ha vuelto Chloé?

—No estoy autorizado a contestarle; son las normas —contestó Sanji cerrando la puerta del ascensor.

—Y ¿de quién emanan esas normas? —preguntó el profesor a la altura del tercero.

Solo al pasar por el cuarto recordó Sanji haber visto a su pasajero en compañía de Chloé, en el restaurante *Chez Claudette*.

—No es seguro que le gusten las sorpresas. De hecho, muchas mujeres odian que se las sorprenda. Debería haber seguido las normas —masculló Sanji accionando la palanca hacia abajo.

La cabina se detuvo bruscamente entre el sexto y el séptimo. En otras circunstancias, la profesionalidad de la que hacía gala el sustituto del señor Rivera habría tranquilizado, o incluso divertido, al profesor Bronstein, pero llegaba de un vuelo de diez horas de costa a costa y su sentido del humor estaba tan agotado como él mismo.

—Haga el favor de volver a poner en marcha el ascensor.

—¡Cuando me diga quién es usted!

—¡Su padre! —contestó secamente el profesor.

Sanji accionó la palanca con un gesto muy digno.

—Le presento mis disculpas, hubiera preferido que nos conociéramos en mejores circunstancias, pero…

—Se atiene usted a ciertas normas —lo interrumpió el profesor —. Me ha quedado claro. Ahora, si no tiene inconveniente, me gustaría volver a mi casa y abrazar a mi hija, la cual, se lo aseguro, se alegrará mucho de verme.

—Igual que yo… Bueno, no es eso lo que quería decir… Buenas tardes, señor Chloé… Tampoco es eso lo que quería decir —balbució—, pero ignoro su apellido, Deepak la llama siempre señorita Chloé.

—¡Bronstein, profesor Bronstein!

Sanji volvió a bajar, con las mejillas rojo carmesí. Nada más llegar al vestíbulo recibió una llamada del séptimo.

Los Williams vestían de gala, el señor de esmoquin y la señora con un vestido largo.

—Qué elegantes —comentó Sanji, lo cual los dejó pasmados.

Poco después los Clerc salieron a su vez, preocupados porque llegaban tarde al cine.

—¿Qué película van a ver? —les preguntó Sanji.

—*La La Land* —contestó el señor Clerc.

—He oído que está muy bien… Bueno, lo importante es que los actores sean buenos bailarines —concluyó Sanji acompañándolos hasta el vestíbulo.

Los Clerc cambiaron una mirada divertida bajo la marquesina y subieron al taxi que Sanji acababa de pararles.

El señor Morrison había renunciado a su velada en la ópera. En realidad, había renunciado a salir siquiera. Desde el anochecer recorría el salón de un extremo a otro, lanzando miradas furtivas y preocupadas al sofá cada vez que se servía una copa de *whisky*.

Y, más extraño todavía, la señora Collins llamó a las 20:50. Apareció en el rellano con una pequeña maleta en la mano. Entabló ella conversación la primera, quejándose en la cabina de no haber podido cerrar su puerta con llave.

—¡Nunca lo consigo! Normalmente lo hace Deepak.

Sanji se ofreció a ayudarla, pero la señora Collins le contestó que sus cerraduras eran tan caprichosas que se exponía a no poder abrirlas al día siguiente.

—Hoy no duermo en casa —dijo la encantadora anciana, ahogando una risita—. Celebramos un torneo de *bridge* en casa de una amiga que vive en el Upper West Side. Sus veladas terminan algo tarde y bebemos un poquito más de la cuenta, por lo que prefiero quedarme a dormir en su casa.

—No empine demasiado el codo si quiere ganar ese torneo —le aconsejó Sanji.

—Gracias por tan sabia advertencia, joven —dijo ella cerrando la puerta del taxi.

A medianoche todos los vecinos estaban ya de vuelta en sus

casas. Al subir a los Clerc, Sanji había querido saber si les había gustado la película.

—Una comedia musical con mucho encanto —había contestado la señora Clerc, divertida.

Sanji les había recomendado encarecidamente *Jab Harry met Sejal*, un *remake* mucho más bailable que el original.

Y ya que la señora Collins no ocupaba su apartamento, Sanji hizo uso de su manojo de llaves para dormir en su salón.

*

El día en que guardé las prótesis

Cada vez que me las pongo, se me clavan dos cuchillas en la carne. Mantenerme en pie es un esfuerzo sobrehumano, cuando doy unos pasos parezco un robot desarticulado. Me tambaleo como un marinero que, de pie en el puente de un barco en plena tempestad, se agarra a una borda salvífica.

De pie no soy mujer.

Mis prótesis se quedarán en un armario, y yo me quedaré sentada. Hay que aceptar la vida como es y dejar de fingir.

*

19

El señor Mokimoto escuchó a Sam durante dos horas, tomando apuntes de vez en cuando. De pronto dio unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo, dando a entender que la reunión había terminado.

—¿Quiere dejarnos un momento? —le preguntó a Sam.

Y, para que no se preocupara, Sanji le indicó con una mirada segura que seguiría la conversación sin él. Sam recogió sus papeles y se fue a esperar al pasillo.

—Su socio es muy convincente —dijo el señor Mokimoto.

—¿Pero? —preguntó Sanji.

—¿Por qué piensa que hay un pero?

—Siempre lo hay.

—Me gustaría conocer las verdaderas motivaciones que lo han llevado a concebir este proyecto.

—No estoy seguro de que quiera oírlas, al mundo de los negocios no le apasiona el idealismo, pero puesto que me lo pide… Mi algoritmo no funciona como los demás. No da la información que usted espera, la que respaldará su manera de pensar. Para ser exactos, es lo que hace al principio, pero solo al principio. Y luego, poco a poco, propone puntos de vista diferentes, testimonios, sensaciones, abre ventanas a otras vidas. Mi plataforma social presta más atención a las relaciones humanas que a las virtuales. En el momento de publicar un contenido, ya sean fotografías de lugares visitados o de obras apreciadas, el usuario puede de verdad elegir sus parámetros de confidencialidad, puede seguir siendo dueño de su vida privada. Al contrario que Facebook, aquí ningún algoritmo decide el orden en el que el usuario ve aparecer la información. Y, algo más original todavía, la publicidad está proscrita, nuestros usuarios no son vacas lecheras, no robamos sus datos. En resumen, hacemos todo lo contrario que nuestros competidores, y también lo

contrario de lo que Sam le ha contado. No son solo los puntos en común los que pondrán en contacto a nuestros usuarios, sino también sus diferencias. Las redes sociales funcionan mediante compartimentos estancos, nos dividen, nos oponen, respaldan un sistema de castas que cultivan las clases dominantes y que gangrena la India. Imagine el futuro de una sociedad en el que la gente se escuche en lugar de insultarse. Queremos enseñar a la gente a conocerse, a comprenderse y respetarse, queremos ampliar horizontes, apagar el fuego del odio que se nutre de ignorancia.

—Es un enfoque cuando menos chocante.

—Mi familia no se ha privado de decírmelo, y me imaginaba que su reacción no sería muy diferente. Supongo que acabo de aniquilar los esfuerzos de Sam, pero la hipocresía no es mi fuerte —añadió Sanji levantándose.

—Quédese, no he terminado. Mi hijo mayor tiene veintitrés años. Anteayer me criticó la manera en que el gobierno dirige nuestro país. Estados Unidos está más dividido que nunca, las desigualdades se agravan, los que están en el poder no parecen dar su brazo a torcer ante nada…, le ahorro el resto, pues sus críticas también iban dirigidas a mí. No carecen de fundamento, tengo que reconocer. Los programas de educación y de sanidad, las ayudas a los más desfavorecidos, la protección del medioambiente, la justicia, las libertades civiles…, mis amigos lo destruyen todo con una metodología implacable. La semana pasada, el tercer dignatario más alto de la nación se felicitaba de haber sometido a votación una reforma fiscal que permitirá que una profesora gane un dólar y medio más a la semana. Los hermanos Koch, unos poderosos industriales, han hecho ganar a Paul Ryan medio millón de dólares después de que este les permitiera ahorrarse un millardo y medio en impuestos. No me quejo, como a todos los magnates de este país esta reforma me resulta muy ventajosa, y pocas veces he conseguido tantos beneficios como este año. Lo que me ha llevado a querer plantearle a mi hijo el problema siguiente: ¿cómo reaccionará el día en que, como banquero responsable que soy, le embargue la casa, el coche y el seguro médico, cuando aumente el coste de los estudios de sus hijos y limite su salario, o cuando lo despida para sustituirlo por una máquina más rentable que él; en resumen, cuando logre arrebatarle toda esperanza de vivir como es debido? ¿Se enfadará,

me odiará? Me contestó que ya lo hacía. Pero su enojo no aporta sino más odio y frustración a este mundo. Me traen sin cuidado sus sentimientos pues, por nobles que sean, no van a impedir que sigamos oprimiendo a su generación. Lo hemos conseguido todo: las industrias, los comercios, la agricultura, los bancos, hasta la información nos pertenece; en cuanto a los partidos políticos, hace tiempo que los compramos.

—¿Por qué humillar así a su hijo?

—Para que deje de creer que su moral estéril hará de él una buena persona. Para que deje de pensar y vaya a ponerlo todo patas arriba mientras aún le queden fuerzas, para que coma, beba y ame, deje de estar indignado y revolucione su mundo y, sobre todo, ¡para que viva!

—Un discurso muy bonito, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Un poco de paciencia. Tenemos tanto dinero que ya no sabemos qué hacer con él. Pero hemos llegado demasiado lejos; mis amigos están comprando democracias, su hambre de poder es insaciable. Llámelo remordimientos si quiere, pero a mí también me gustaría poner un poco patas arriba este sistema antes de que sea demasiado tarde. Y tengo los medios para hacerlo. De modo que dígale a su amigo que lo espera ahí fuera que me envíe los contratos. Tiene su dinero, si acepta a un inversor como yo.

Sanji miró a los ojos al banquero y salió precipitadamente de su despacho.

Pasó corriendo delante de Sam, bajó a toda prisa la escalera del banco y paró un taxi que lo llevara a la calle 28.

*

Chloé lo esperaba en la puerta. Sanji se disculpó por llegar tarde, cogió las manillas de la silla y la arrastró a una loca carrera, zigzagueando entre los peatones.

—¿Se puede saber qué haces?

—Echarle una carrera a ese bus —contestó Sanji—, apuesto a que llegamos nosotros antes al río.

—¿Qué te hace pensar que va en dirección al río?

—Nada, ¡pero nosotros sí!

—¿Y se puede saber por qué estás de tan buen humor? —le preguntó cuando Sanji se decidió por fin a aflojar el paso.

—¿Pasar un rato contigo no es razón suficiente?

—¡Vaya! Me he dejado el libro en la cabina de grabación y quería ensayar esta noche.

—Iré a buscarlo más tarde.

—¿Por qué te tomas tantas molestias conmigo?

—Me gusta ser amable…, si no, no sería ascensorista.

Antes de llegar a las orillas del río Hudson pasaron por debajo de las antiguas vías férreas de la High Line, convertida en paseo peatonal. Sanji levantó la cabeza y admiró la imponente estructura metálica. Chloé le dijo que había un ascensor en la calle 30.

Paseaban bordeando el verde cauce, bajando de Chelsea hasta el Meat Packing District, cuando dos corredores pasaron por su lado y los adelantaron rápidamente.

—No lo digo por presumir, pero hace unos años les habría ganado fácilmente.

—¿Nunca has querido llevar prótesis?

—¿Piernas de mentira? Tengo unas preciosas en el armario, con pantorrillas de acero y pies de cerámica. Pero solo sirven para suavizar la mirada de los demás, no mi vida.

—No hablaba de estética, sino de estar de pie, de volver a caminar.

—Intenta pasar un día subido a unos zancos y luego hablamos.

—No tendrías que llevarlas todo el día. Mi padre se quitaba las gafas antes de dormir. Aunque… a veces se le olvidaba y se las dejaba puestas durante la siesta.

Chloé se echó a reír.

—¿Qué he dicho?

—Tu naturalidad me desarma.

—¿Eso es bueno?

—No para todo el mundo, pero para mí sí.

—Nada me apetece más que desarmarte.

—No sigas por ahí, por favor.

—¿Por dónde?

—No sigas con ese jueguecito de seducción. En el momento es agradable, pero después duele, como las prótesis.

—No es un juego, ¿y de qué tienes miedo? ¿De que alguien se interese por ti?

Chloé se volvió hacia las gradas que dominaban la Décima

Avenida unos metros más lejos.

—¿Ves a esa pareja de ahí, la que nos observa? Es mi silla lo que los fascina.

—¡Serás pretenciosa!

—Gracias, pero no veo por qué lo dices.

—Porque siempre estás convencida de que la gente te mira. Me observan a mí, se preguntan si soy un amigo o tu criado. Aunque, bueno, soy tu ascensorista al fin y al cabo.

—¡Qué tonterías dices!

—Tiene unas ruedas muy bonitas, pero yo tengo la piel oscura, según tú, ¿qué les choca más?

Chloé miró fijamente a Sanji.

—Acércate —le dijo bajito.

Rodeó el cuello de Sanji con los brazos y le plantó un beso en la boca. Un baiser de cinema pero no dejaba de ser un beso, y las mejillas oscuras de Sanji enrojecieron vivamente.

—Hala, así ya saben que no eres mi criado.

—¿Tan importante es para ti lo que opine la gente? —preguntó Sanji.

—Me trae sin cuidado lo que piensen los demás —contestó ella.

—¿De verdad?

—¡Te lo acabo de decir!

—Entonces, ¿por qué me has besado?

Y, antes de que Chloé pudiera contestar, Sanji le devolvió el beso, uno de verdad esta vez.

Necesitaron un rato hasta que se les calmó el corazón. Se miraban en silencio, tan sorprendido el uno como la otra. Después siguieron paseando sin pronunciar palabra.

Cuando volvieron a la calle, había tantos turistas que a Chloé le costaba abrirse paso por la acera. Sanji reparó en una heladería. Como los únicos asientos eran unos taburetes dispuestos delante de unas mesas altas, Sanji se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, delante de la silla de Chloé.

—Es la primera vez que tengo a un hombre a mis pies —dijo ella sonriendo.

Sanji levantó el bajo de la manta e hizo una mueca dubitativa, lo que, lejos de ofenderla, divirtió mucho a Chloé.

—No me has preguntado qué me ha pasado.

—¿Y he hecho mal?

—La primera vez supuse que no te atrevías, y después…

—Después ¿qué?

—Me pareció un detalle delicado por tu parte.

—A lo mejor soy un egoísta al que no le importa lo que te pasara.

—También puede ser —contestó ella.

Sanji la miró y se levantó.

—Tengo algo importante que hacer antes de empezar mi turno. ¿Puedes volver sola?

—Debería poder.

—Entonces, antes de que mi carroza vuelva a ser una calabaza, permíteme que me despida, señorita.

Besó a Chloé en el cuello y se alejó.

*

Sanji pasó la noche en el vestíbulo, enfrascado en el libro que había ido a recoger al estudio de grabación.

Al final de cada capítulo salía del edificio, cruzaba la avenida, alzaba los ojos hacia las ventanas del octavo y luego volvía a su mostrador a proseguir la lectura.

*

20

A las once de la mañana se presentó un policía en el vestíbulo; mostrando su placa, preguntó si vivía allí una tal señora Collins.

—¿Le ha ocurrido algo? —se inquietó Deepak.

El inspector se limitó a pedirle que le indicara la planta.

La única vez que Deepak había tenido algo que ver con la policía tenía trece años, y el recuerdo de los porrazos había atormentado sus noches mucho tiempo. En el ascensor el inspector reparó en que le temblaba la mano con la que accionaba la palanca.

Cuando la señora Collins abrió la puerta, el policía volvió a mostrar su placa.

—Qué rápido, no hace ni una hora que he llamado.

—Normalmente la gente se queja de lo contrario —masculló el inspector Pilguez—. ¿Puedo pasar?

La señora Collins se hizo a un lado y le guiñó un ojo a Deepak, al que nunca había visto tan pálido. Recibió al inspector en el salón y le relató los hechos: al ir a vestirse esa mañana, había descubierto que le habían robado un collar de mucho valor.

Estaba casi segura de tenerlo todavía la anteayer, pues había dudado si ponérselo para una velada en casa de una amiga.

—¿Qué amiga? —preguntó tranquilamente el inspector.

—Philomène Tolliver, nos conocemos de toda la vida. Cada tres meses celebramos torneos de *bridge* en su casa. En esas veladas se bebe más de la cuenta, por lo que prefiero quedarme a dormir allí.

El inspector apuntó el nombre y la dirección de Philomène Tolliver en una libreta.

—¿Duerme con frecuencia fuera de casa?

—Una vez al trimestre.

—Aparte de su amiga y sus invitados, ¿quién más conocía la fecha de ese torneo?

—Su mayordomo, la empresa de cáterin a la que recurre (Philomène no es capaz de hacer ni unos huevos revueltos), su portero, quizá otras personas, ¿cómo podría saberlo?

—En el taxi que la llevó hasta allí, ¿mencionó usted que no volvía a su casa esa noche?

—Tengo ya una edad, pero tampoco tanta como para hablar sola.

—Durante el día, ¿se ausenta de casa a horas regulares?

—A veces, por la tarde.

—¿Para ir adónde?

—¿Qué tiene eso que ver con su investigación? Paseo, tengo derecho.

—No estoy aquí para molestarla, señora, solo quiero hacer la lista de las personas que podían saber cuándo se queda vacío su apartamento.

—Comprendo, y trataré de ayudarlo lo mejor que pueda —contestó la señora Collins avergonzada.

—Ese valioso collar, ¿dónde lo vio por última vez?

—Donde lo guardo desde que mi difunto esposo me lo regaló, en el cajón de las joyas.

El vestidor de la señora Collins estaba patas arriba, había ropa por el suelo, toallas amontonadas en un rincón y los cajones de la cómoda estaban entreabiertos.

—No se han andado con miramientos —suspiró el inspector.

La señora Collins bajó la cabeza, y el inspector se apiadó de ella al verla tan confundida.

—Un robo impresiona siempre más de lo que uno se imagina.

—No, no es eso —murmuró la señora Collins—, soy un poco desordenada, ¡mi marido me lo reprochaba siempre! Así que no sabría decirle quién es responsable de este caos, si los ladrones o yo.

—Entiendo —suspiró el inspector—. Hágame el favor de comprobar que su collar no esté en medio de todo ese lío. No toque los cajones, sacaré las huellas, tendré que tomarle las suyas para descartarlas si encontramos algo.

—Claro —se disculpó la señora Collins—. ¿Me echa una mano?

—¡De ninguna manera! Voy a inspeccionar las cerraduras. ¿Hay puerta de servicio?

—En la cocina —contestó la señora Collins, señalándole el final

del pasillo.

Se reunió con ella unos momentos más tarde. El vestidor no parecía mucho más ordenado, el caos solo estaba algo distinto.

—¿Es la única joya que le han robado?

—No lo sé, lo demás es bisutería, no me fijo.

—De modo que el ladrón sabía lo que buscaba. Falta saber cómo entró.

—No conseguí cerrar los cerrojos, forzar la cerradura no debe de ser muy difícil para alguien que sepa cómo hacerlo.

—No hay rastro de allanamiento, un trabajo de artista, a menos que tuviera las llaves.

—Imposible, las llevo siempre conmigo —afirmó la señora Collins abriendo el bolso.

—¿Y no ha notado nada fuera de lo habitual, alguien que la haya seguido últimamente?

La señora Collins negó enérgicamente con la cabeza.

—Bien, ya sé todo lo que necesito saber, tendrá que venir a comisaría a firmar la denuncia. ¿Tenía el collar asegurado?

La señora Collins contestó que sí. El inspector le dio su tarjeta y le pidió que lo llamara si recordaba algún detalle sospechoso.

Pilguez aprovechó la presencia de Deepak en la cabina para interrogarlo.

—¿Ha notado algo anormal estos últimos días?

—Depende de lo que considere usted como normal —contestó este lacónicamente.

—Me imagino que en un edificio de esta categoría uno no se debe de aburrir —bromeó Pilguez—. ¿Ha habido más robos?

—Ni uno desde que trabajo aquí, y hace ya treinta y nueve años.

—Este asunto no está claro —masculló el policía—. ¿Tienen cámaras de vigilancia?

—Hay tres, supongo que querrá pedirme las grabaciones.

—Supone bien. ¿Han venido extraños en estos últimos días? Invitados, gente pidiendo dinero, obreros…

—Nadie, salvo dos ascensoristas, la semana pasada, pero el señor Groomlat y yo mismo estuvimos todo el tiempo con ellos.

—¿Quién es ese tal Groomlat?

—Un contable que ocupa un despacho en la primera planta,

también es el presidente de la comunidad.

—¿Recibe clientes?

—Muy rara vez, por no decir nunca.

—¿Algún repartidor que se haya demorado por las plantas del edificio?

—Solo tienen acceso al vestíbulo, los paquetes los subimos nosotros.

—¿Nosotros?

—El señor Rivera trabaja de noche, y yo, de día.

—¿A qué hora llega su compañero?

—A ninguna, en este momento está en el hospital. Una aparatosa caída en la escalera.

—Vaya, ¿y eso cuándo ha sido?

—Hará unas dos semanas.

—¿Quién lo sustituye?

Deepak vaciló antes de responder.

—La pregunta no es muy complicada —insistió el inspector.

—Mi sobrino, desde hace unos días.

—¿Y dónde vive ese sobrino?

—En mi casa.

—¿No tiene otro domicilio?

—Sí, en Bombay. Está de paso en Nueva York. Cuando el señor Rivera se accidentó, fue tan amable de sacarnos del apuro, el ascensor solo puede manejarlo un ascensorista cualificado, lo que, en ausencia de mi compañero, planteaba ciertas dificultades por la noche.

—Recién llegado de Bombay, su sobrino sustituye de buenas a primeras a su compañero, que se ha caído por la escalera. Pues sí que pasan cosas aquí. ¿Tiene permiso de trabajo?

—Sus papeles están en regla, el sindicato nos ha concedido un contrato de prácticas, y Sanji es un muchacho honrado, yo respondo por él.

—Es muy amable por su parte, pero eso no constituye una coartada. Bueno, entrégueme esas grabaciones. Con un poco de suerte, serán más elocuentes que usted. Dígale a su sobrino que se pase a verme a la comisaría lo antes posible, tengo que hacerle unas preguntas.

Deepak fue a buscar las cintas al sótano y se las entregó al

inspector.

—La tal señora Collins, ¿todavía rige bien? —preguntó Pilguez.

—Es la vecina más encantadora del edificio.

—¿Hace tiempo que murió su marido?

—El señor Collins nos dejó hará unos diez años.

—¿Hacia qué hora vuelven los vecinos a casa? Voy a tener que interrogarlos y prefiero no venir varias veces; este no es el caso del siglo.

—Podrá verlos a todos a última hora de la tarde —contestó Deepak.

*

Chloé iba a prepararse el desayuno en la cocina cuando, de pronto, dio media vuelta en el pasillo. Durante la noche nadie había introducido ningún mensaje por debajo de la puerta. Solo al salir hacia el estudio, a las diez, descubrió su libro en el felpudo y un mensaje garabateado en un marcapáginas.

> *Quiero pedirte un favor, nos vemos en la esquina a las seis de la tarde, en la acera que da al parque.*
>
> *Sanji.*

*

La grabación se le hizo eterna por culpa del calor que hacía en la cabina y del ingeniero de sonido, que no paró de interrumpirla. No articulaba lo suficiente, se había saltado una línea de texto, unas veces le reprochaba que leyera demasiado rápido, otras que demasiado despacio; hacia las cuatro, Chloé decidió que era mejor dejarlo ahí.

Pasó por su casa para cambiarse y, al salir del edificio, encontró extraño a Deepak. Lo pensó mientras rodaba hacia el parque, donde la esperaba Sanji, apoyado en la verja.

—Podríamos haber quedado en la puerta de mi casa —dijo al llegar.

—Prefería que no me viera Deepak.

—¿A ti o a ambos?

—Me gustaría hacerle un regalo a mi tía para agradecerle que

me aloje en su casa, tengo una vaga idea de lo que podría gustarle, pero quisiera contar con tu opinión.

Y, como no estaba de servicio, Sanji se ofreció a empujar su silla.

—No, conduces como un loco —contestó Chloé—. ¿Adónde vamos esta vez?

—A dos calles de aquí.

—¿Eres pariente de Deepak?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Nada en particular.

—Aparte de que los dos somos indios…

—Era una pregunta tonta —añadió Chloé.

—Su mujer es tía mía.

—Mi pregunta no era tan tonta entonces.

Sanji abrió la puerta de una floristería en la esquina de University Place con la calle 10.

—¿Me necesitabas para comprar unas flores?

—No tengo ni idea de cuáles pueden gustarle.

—Mis preferidas son las rosas antiguas, como estas —explicó Chloé ante un ramo de abraham-darby—. Pero para tu tía tengo una idea mejor que flores.

Lo llevó a una pastelería.

—¡Un surtido de pasteles! Y así también Deepak podrá disfrutar del regalo.

—Es extraño, parece que los conoces mejor que yo.

—Eso no tendría nada de extraño, conozco a Deepak desde hace años.

—¿Te apetece alguno? —le preguntó Sanji delante del escaparate.

—Me apetece un té, siempre que lo elijas tú.

Compartieron una tetera de té negro de Assam, dos merengues y un momento incómodo.

—No tengo costumbre —dijo por fin Sanji.

—¿De comprar flores?

—De besar a una mujer a la que apenas conozco.

—Te besé yo, y tampoco acostumbro a hacerlo, sobre todo al día siguiente de una ruptura.

—En ese caso, hagamos como si ese momento no hubiera ocurrido nunca.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Comportándonos como adultos, por ejemplo.

—Dice el que me llevaba ayer como un loco por la calle y que no sabe elegir él solo un ramo de flores. Pero si es eso lo que quieres…

Sanji se inclinó por encima de la mesa para besar a Chloé; esta apartó la cabeza con delicadeza.

—Cuando el señor Rivera se haya recuperado, volverás a Bombay, ¿verdad?

—Si se recupera pronto, sí.

—Si no, ¿volverás antes incluso?

—Dentro de dos semanas como mucho, quizá tres.

—Entonces sí, es mejor hacer como si…

—¿Qué distancia nos separa, un océano y dos continentes, u ocho plantas?

—No seas hiriente, ¿crees que una chica como yo…?

—Nunca he conocido a una chica como tú.

—Antes has dicho que apenas me conoces.

—Tanta gente pierde la oportunidad de conocerse por motivos equivocados… ¿Qué riesgo hay en robar un poco de felicidad? Si el fin del mundo estuviera programado para el día en que el señor Rivera se recupere, ¿no valdría la pena vivir con plenitud el tiempo que nos queda?

Chloé miró a Sanji y una sonrisa frágil cruzó sus labios.

—Inténtalo de nuevo —murmuró.

—¿Convencerte de que nos des una oportunidad?

—No, besarme, y esta vez ten cuidado de no volcar la tetera.

Sanji se inclinó hacia Chloé y la abrazó.

—Sería de lo más injusto para el señor Rivera que el fin del mundo ocurriera el día en que le dan el alta —dijo Chloé abandonando el salón de té.

*

El inspector Pilguez volvió a las seis para interrogar a los vecinos del número 12 de la Quinta Avenida.

La señora Zeldoff se estremeció de espanto al enterarse de que se había cometido un robo bajo su techo. No aportó ningún elemento a la investigación y, por una razón que en ese momento a ella misma

se le escapó, no mencionó las sospechas que habían recaído recientemente sobre los ascensoristas. Quizá, de no ser por ellos, los ladrones también hubieran asaltado su casa.

El señor Morrison tenía una resaca tremenda. Vaciló antes de revelar que le había parecido ver a un hombre de color en calzoncillos en su salón. El inspector contó los cadáveres de botellas que había sobre la mesa baja y contestó que, en la época en que empinaba mucho el codo, Donald Trump había ido a cantar en tutú a su cocina, lo que había sido una de las experiencias más traumáticas de su vida.

Los Clerc no habían visto ni oído nada. La señora Clerc se sintió obligada a detallar su agenda de los últimos días, y el inspector, que no le pedía tanto, la interrumpió. No era sospechosa de nada.

La señora Williams se mostró aún más locuaz que de costumbre, contó el incidente ocurrido con ocasión de la intervención de los técnicos que habían venido a modernizar el ascensor. En unos minutos afirmó haber resuelto todo el caso. Los ascensoristas habían saboteado el material y, para que la comunidad renunciara de una vez por todas a instalarlo, habían organizado un robo para asustar a los vecinos y hacer así indispensable su presencia. El inspector dudaba de que el compañero de Deepak se hubiera tirado por la escalera, a su edad, solo por gastar una broma. La señora Williams olía a medicina, un olor mefítico que le recordó a Pilguez la pomada alcanforada que usaba su tía Martha para las varices, y eso bastó para que le resultara antipática.

—Yo también he investigado —protestó—. En este edificio ocurren muchas casualidades, he descubierto que nuestro nuevo ascensorista es pariente de Deepak, ¿no le parece extraño?

—No ha debido de ser una investigación muy ardua, me lo ha dicho él mismo sin necesidad de preguntárselo siquiera. La ahijada de mi mujer trabajó de telefonista en la comisaría el verano pasado, llámelo enchufe si quiere, pero de ahí a acusar a mi mujer de haber cometido un robo…

—Bueno, pues si no quiere hacer su trabajo, ¿para qué me hace perder a mí el tiempo? —se indignó la señora Williams.

Él también se lo preguntaba, contestó el inspector, antes de marcharse dando un portazo.

Pilguez se cruzó con Chloé Bronstein en el vestíbulo y le pidió si

podía recibirlo en su casa.

La informó de lo ocurrido y comentó que era la primera y la única que había manifestado empatía con la señora Collins. El inspector la interrogó sobre los ascensoristas, y Chloé le preguntó si la señora Williams había vuelto a hablar mal de todo el mundo. Desde hacía un año su xenofobia no tenía límites, bastaba ver la crónica de su marido en el canal Fox para darse cuenta de lo alineados que estaban en sus opiniones.

—Vaya pandilla de angelitos que hay en su edificio —comentó divertido el inspector—. ¿No ha visto nada anormal desde su ventana? —preguntó, mirando a Chloé fijamente.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada, soy muy observador. Y algo me dice que usted también.

—Observar no es juzgar, inspector.

—¿Ha conocido ya al nuevo ascensorista?

—¿Qué importa eso?

—¿Por qué no contestar simplemente sí o no?

—Es un hombre atento y generoso.

—Es mucha información para ser alguien a quien hace poco que conoce.

Chloé lo miró perpleja. Ese policía tenía una presencia tranquilizadora. Había sentido algo parecido cuando Sanji la había levantado de la silla para sentarla en el taxi. Y esa sensación se había repetido cada vez que estaba con él.

Al ver que se quedaba callada, el inspector se marchó.

En el ascensor le preguntó a Deepak si tenía idea de cómo había podido el ladrón eludir su vigilancia para colarse dentro del edificio.

—Es un misterio. Cuando subimos a las plantas, cerramos siempre el portal con llave —le explicó Deepak.

Cuando se marchó el inspector, Deepak pensó en la mañana en la que le había traído ropa a su sobrino y se lo había encontrado limpio y aseado.

*

—¿Y mi línea? —exclamó Lali con una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Por qué me traes estos dulces?

—Para agradeceros que me hayáis recibido en vuestra casa.

—Con lo que estás haciendo por nosotros, tendría que irme corriendo a la cocina a prepararte un pastel de bodas.

—¿Puedo hacerte una pregunta un poco personal? —inquirió Sanji, sentándose a la mesa de la cocina.

—Tú hazla, y ya veremos.

—¿Cómo reunisteis el valor para huir de la India?

—No has formulado bien la pregunta. Es el miedo lo que hace huir a la gente. El valor es lo que te impulsa a salir adelante, al encuentro de otra vida… Tener valor es tener esperanza.

—Pero tuviste que renunciar a todo.

—Desde luego no a lo esencial. De hecho, no hui, me fui con Deepak, espero que captes el matiz.

—¿Cuándo supiste que era el hombre de tu vida?

Otra sonrisa iluminó el rostro de Lali, esta vez maliciosa.

—¿Cómo se llama? ¡Venga, por favor, no intentes engañarme! Cuando alguien hace esa clase de pregunta, es porque le pasa algo por aquí —dijo apoyando el dedo en el pecho de Sanji—. ¿Vive en Bombay? Claro que no, si no, no le preguntarías a tu anciana tía.

Sanji se quedó callado.

—¿Tanto? —prosiguió Lali—. ¿Qué quieres que te diga? Cuando lo sabes, lo sabes. Puedes buscar todas las razones del mundo, sobre todo las equivocadas, taparte los ojos para no ver lo evidente, pero, en verdad, no hay más decisión que aprovechar la oportunidad o dejarla pasar. Si no hubiera seguido a Deepak, me habría pasado la vida guardándole rencor.

—¿Nunca te dio miedo ser diferentes?

—Te voy a dar un buen consejo: si vas a parar a un sitio donde todo el mundo se te parece, lárgate cuanto antes. De hecho, vista la hora que es, si no quieres que Deepak te reciba de mal humor, mejor harías en darte prisa.

Sanji miró el reloj de la cocina y corrió al cuarto de baño.

Solo llegó media hora tarde al número 12 de la Quinta Avenida.

*

Al ver la expresión de su tío, Sanji prefirió adelantarse.

—¡Dijimos a las ocho!

—Eso fue ayer. Bueno, hoy al menos estás presentable. ¿Has

visto a tu tía?

—No, ¿por qué?

—¿Entonces no sabes nada?

Deepak le contó lo del robo en el edificio.

—¡Increíble! —silbó Sanji.

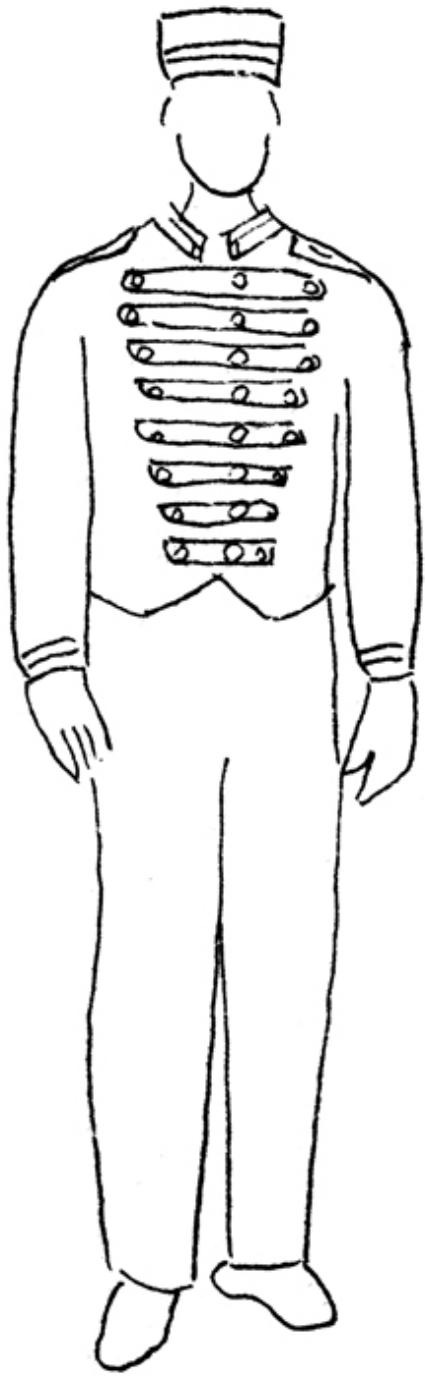
—¡Inadmisible! —replicó su tío—. Sea cual sea el tejemaneje al que recurriste para ducharte la otra noche, espero que no olvidaras cerrar la puerta antes de ausentarte. No quiero saber nada más. Estate alerta esta noche, ese ladrón podría tener la descabellada idea de volver.

Deepak le dio la tarjeta del inspector a Sanji, acompañada de otro consejo. Cuanto menos se habla, menos se expone uno a lamentar lo que ha dicho.

—Quiere verte mañana, recuerda lo que te acabo de decir. Y, ahora, ¡corre a ponerte el uniforme, que me quiero ir a mi casa!

Sanji hizo girar la tarjeta entre los dedos y se la guardó en el bolsillo antes de bajar al sótano.

*



21

Sanji tenía una hora que matar antes de su cita con Sam. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y leyó la dirección escrita en la tarjeta que le había dado Deepak. La comisaría estaba en la calle 10, entre Houston y Bleecker. Tenía que calcular diez minutos para llegar, un cuarto de hora allí, y veinte minutos más para reunirse con Sam. Era posible incluso que llegara antes de la hora, por una vez.

Se presentó en la recepción de la comisaría número seis y pidió hablar con un tal inspector Pilguez.

—¿Qué quiere del inspector Pilguez? —le preguntó un hombre que golpeaba con el puño una máquina expendedora de bebidas calientes.

—Yo nada, pero él quería verme a mí.

El inspector se volvió y miró fijamente al visitante.

—Ah, sí, el collar de la viuda, el caso que le pondrá el broche de oro a mi carrera. Bueno, sígame, le habría ofrecido un café, pero esa porquería de máquina está en huelga de vasos.

Sanji no estaba seguro de haberlo entendido todo, y menos todavía lo que ponía a ese inspector de tan mal humor, pero lo siguió a un cuarto contiguo y se sentó en la silla que le señaló el agente.

—De modo que es usted ascensorista suplente en el número 12 de la Quinta Avenida.

Siguiendo al pie de la letra los consejos de Deepak, Sanji se limitó a asentir con la cabeza.

—Las cámaras de vigilancia del edificio nos han proporcionado imágenes interesantes. Se lo ve abandonar su mostrador a las doce menos veinte y no volver hasta las seis y diez. Al día siguiente más o menos lo mismo: desaparece usted entre medianoche y las seis de

la mañana. ¿Dónde está todo ese tiempo?

—Durmiendo.

—Vale, pero ¿dónde?

—En el sótano, en el cuarto trastero.

—Qué raro, porque no se lo ve en ningún momento en el pasillo del sótano, en el que también hay una cámara. La noche siguiente sigue en su puesto, pero ahí ya su tejemaneje sí que es intrigante. Sale del edificio cada hora más o menos para volver unos instantes después. Como soy curioso por naturaleza, me he dado el gusto de ir al restaurante de enfrente, me había fijado en la cámara que tienen en la entrada. Y esto ya sí que es raro, se le ve cruzar la avenida y plantarse en la acera para mirar las ventanas. ¿Estaba contando las palomas en los balcones?

—¿Tiene alguna prueba de que ese robo se cometiera durante la noche?

—La señora Collins nos ha dicho que se suele ausentar dos horas por la tarde, pero no es frecuente que los ladrones actúen a plena luz del día. Y su tío nos ha asegurado que cierra la puerta del edificio cuando sube a los pisos, lo cual salta a la vista que no hace usted.

—No es verdad, lo hago en cuanto está de vuelta el último vecino.

—No es eso lo que muestran las cámaras, y eso no aboga en su favor.

—Para abogar ya están los abogados, ¿es que sospecha de mí?

—Ni un robo en el edificio en cuarenta años, no me lo invento, lo dice su tío. Y, zas, pocos días después de contratarlo a usted, hay un allanamiento y desaparece un collar. Bueno, allanamiento es mucho decir, nuestro ladrón es un verdadero Houdini, las cerraduras no han sido forzadas. Lo mismo atravesó la pared… A menos que tenga una copia de las llaves…, como usted. Uno de los vecinos cree haber visto a un hombre en su salón en mitad de la noche. Reconozco que, dado el estado general del tipo en cuestión, un juez exigirá que se le haga una analítica antes de aceptar su testimonio, y dudo que haya un índice suficiente de sangre en su alcohol. Pero me ha mentido al declarar haber dormido en el sótano, y sigo sin saber dónde estuvo metido. Si todo esto no basta para una detención preventiva…

—¿Me va a mandar al calabozo? —preguntó Sanji preocupado —. Pero si no tiene ninguna prueba contra mí.

—Pruebas todavía no, pero sí serias sospechas. Así que hasta que no venga a sacarlo un abogado, va a disfrutar gratis de la hospitalidad de este hotel de policía.

—Tengo cara de ladrón, ¿verdad? —preguntó Sanji, mirando a Pilguez con actitud desafiante.

—Si existiera esa clase de cara, amigo mío, me facilitaría mucho el trabajo. De hecho, le reconozco que me preocupa una cosita. Para acumular tantos elementos en su contra, tendría que ser un verdadero imbécil, y usted me parece bastante listo…

Pilguez le ordenó a Sanji que lo siguiera. Iban a rellenar una ficha con sus datos y a hacerle unas fotografías.

—Pensaba que era siempre el móvil lo que traicionaba al culpable.

—Un collar tan valioso es un buen móvil, ¿No le parece?

—¿Qué quiere que haga yo con un collar?

—Un perista le daría la mitad de lo que vale. Si yo tuviera esa cantidad, créame que sabría qué hacer con ella. ¿Un cuarto de millón de dólares equivale a cuántos años de sueldo de un ascensorista?

—Para un ascensorista no sé, pero para mí no es gran cosa.

El inspector miró a Sanji a los ojos y se lo entregó a los dos agentes de uniforme. Le tomaron las huellas y lo fotografiaron de frente y de perfil.

Sanji pidió hacer una llamada, el agente no le hizo caso y cerró con llave la reja de la celda.

*

La actividad frenética de la mañana llegaba a su fin, Deepak podía por fin respirar un poco cuando su móvil empezó a vibrar. Suspiró y subió al octavo.

—¿No baja? —preguntó al ver que Chloé no se había colocado de espaldas.

—¿Podría dejar este sobre bien a la vista sobre el mostrador cuando se marche esta noche? —le contestó ella antes de darle las gracias y desaparecer dentro de su casa.

Deepak no hizo ninguna pregunta. Se pasó la hora siguiente con

los ojos fijos en el nombre de su sobrino escrito en la misiva que le había entregado Chloé.

*

A las seis de la tarde se detuvo un taxi en la esquina de Bleecker Street con la calle 10. Sam se apeó, acompañado del responsable del departamento jurídico de la empresa.

—Lo ensayamos una última vez —dijo, avanzando hacia la comisaría.

—Lo que me pides es del todo ilegal.

—Solo lo será si interpretas mal tu papel.

—¡Que no soy abogado, maldita sea!

—Trabajas en el ámbito del derecho, ¿no?

—¡Eso no tiene nada que ver!

—Pues lo que sí tiene que ver es cómo sacar a mi amigo ya mismo, así es que te presentas como su abogado, preguntas de qué se lo acusa, explicas que no tienen ninguna prueba contra él y, por lo tanto, ningún motivo para retenerlo en el calabozo. Si es necesario, los amenazas con ir a quejarte a un juez, ¡y, hala!, me lo traes de vuelta.

—¿Y qué pasa si tienen pruebas?

—Pruebas ¿de qué? Si Sanji se encontrara un billete de cien dólares en el suelo lo llevaría a objetos perdidos. Es otro delito más de racismo, han pillado al primero que pasaba que no era blanco, nada más.

El responsable del departamento jurídico no escuchaba una palabra de lo que Sam le contaba, estaba muy concentrado en mascullar su papel.

—¡Te juro que después de esto, me deberás una!

—Oye, dime quién te organizó una cita con la chica que trabaja en la quinta planta, Marisa, Matilda, Malika…

—Mélanie, y te limitaste a…

—Me tragué una cena con ocho compañeros para que tú pudieras sentarte a su lado. Y si no me hubiera pasado toda la velada ensalzando tus inmensas virtudes como jurista, no habrías tenido ni una oportunidad con ella, así que ahora ya puedes echar el resto; si no, tendré buenos motivos para decirle que exageré un poco sobre ti. Aquí te espero, ¡y cada media hora que pase pierdes

puntos!

Treinta y siete minutos más tarde, el responsable jurídico salía de la comisaría, empapado en sudor pero acompañado de Sanji.

—¿Qué tal? —le preguntó Sam—. No me digas nada, ya lo sé, ¡es un error policial y una vergüenza! ¿Por qué no me has llamado antes?

—Porque no me han dejado llamar antes de esta mañana. El inspector quería desgastarme, supongo que esperaba que confesara.

—¿Que confesaras qué? ¡Es increíble! Te puedo asegurar que conozco a uno que lo va a denunciar, todas nuestras citas de la jornada anuladas, ¿te imaginas los perjuicios?

—Yo en tu lugar no haría nada —murmuró el responsable jurídico.

—Tú cállate —se indignó Sam—. Lo de hacer de abogado era para la comisaría, cuando necesite tu opinión ya te lo diré.

—Como quieras, pero no quita que tu amigo es sospechoso de haber cometido un robo en el edificio donde trabaja.

Sam lo miró estupefacto.

—¿Qué edificio, qué trabajo?

—¡Ascensorista! —exclamó el jurista.

Al borde de un ataque de apoplejía fulminante, Sam se volvió hacia su amigo esta vez.

—Ven, tenemos que hablar —masculló Sanji.

*

Sanji no había comido nada desde el día anterior. Le contó todo a Sam mientras devoraba una *pizza* en un restaurante del barrio.

—Pasarte las noches en un ascensor… ¿No se te podía haber ocurrido algo más sencillo para perseguir a una chica que va en silla de ruedas?

—No ha sido premeditado, se fueron encadenando las circunstancias.

—¿Qué clase de circunstancias?

—Ya te imaginarás que yo no he robado ese collar. Aunque podría haberlo hecho, fíjate, porque dormí en el sofá de la señora Collins la noche en que se ausentó de su casa.

—¿Que hiciste qué?

—Pero, en cualquier caso, no fue ni esa noche ni la anterior cuando actuó el ladrón, lo habría oído.

—Ah, ¿porque también entraste en otras casas?

—En la del señor Morrison, pero no se enteró, estaba como una cuba, lo sé porque lo acosté yo.

—Va a sonar mi despertador y cuando te cuente mi pesadilla, te vas a morir de risa.

—Mañana el caso estará archivado y, tienes razón, nos reiremos los dos.

—Pues antes de troncharnos, deja que te precise un par de detalles. Se produce un robo en un edificio en el que tú… ni siquiera soy capaz de decirlo… Has dejado tus huellas en el apartamento donde se ha cometido dicho robo, no tienes coartada… Dime también que tienes copia de las llaves y te ayudo a cruzar la frontera con Canadá esta misma noche. ¿Sabes cómo funciona la justicia en este país? Y deja ya de poner esa sonrisa estúpida, esto no tiene nada de divertido.

—Pero, Sam, soy inocente.

—Inocente… y extranjero. ¿Cuánto vale ese collar?

—Más o menos la cantidad que querías que invirtiera.

—Eso tiene que quedar entre nosotros. Te voy a contratar un abogado, uno de verdad, demostrará fácilmente que con lo forrado que estás no tenías ninguna necesidad de cometer ese robo.

—De modo que el ascensorista indio es culpable, pero si se descubre que es un hombre adinerado, ¿entonces es blanco como la nieve? Si tuviera que salir de esta así me lo reprocharía toda la vida.

—No me jodas con tus principios, Sanji. Yo también me lo juego todo, si mi jefe se entera de qué te acusan, me echa *ipso facto*. Así que vamos a hacer las cosas a mi manera, y después ya nos ocuparemos de tus remordimientos.

—Me voy a la cama, mañana veré las cosas más claras. Gracias por todo.

Desde su llegada a Nueva York, Sanji había pasado las noches sucesivamente en un sofá cama asesino, sobre el suelo de mármol de un portal, en los salones de un alcohólico y de una viuda ausente y, para terminar, en el banco de una celda de nueve metros cuadrados. Era demasiado, por lo que decidió irse a dormir al Plaza.

*

Deepak estaba inquieto, eran las nueve y aún no había llegado Sanji. Llamó a Lali, que no había sabido nada de su sobrino en todo el día. Deepak reflexionó sobre la manera de salir de ese atolladero. Tras pensarlo mucho, se dio una vuelta por su trastero y subió a colgar del pomo de la puerta del ascensor un cartelito que hasta entonces nunca había utilizado.

Acto seguido se marchó a su casa.

*

NYC TAXI

22

Un baño, una cena en la cama, una película en versión original en la pantalla gigante de su *suite* y una larga noche de sueño en una *king size* con tres almohadas. Una noche en un hotel de lujo que debería haberle distraído, así como debería haberle tranquilizado la conversación que había tenido al despertar con el señor Woolward, el abogado contratado por Sam. Para un simple robo de joyas cometido sin violencia, Woolward dudaba de que la policía tomara huellas; sin pruebas ni móvil, no creía que un juez aceptara perseguirlo. No podía predecirse el futuro de un caso así, pero le había asegurado que no había motivos para preocuparse más de la cuenta.

Y, sin embargo, Sanji se sentía culpable. De haber faltado a sus obligaciones la noche anterior, de no haber tenido la cortesía elemental de avisar a Deepak, de beneficiarse de la protección de un abogado que nunca habría podido costearse de haber sido ascensorista. Iría a disculparse con su tío esa misma mañana. Antes de eso se sirvió una taza de té, se dio una ducha rápida, se vistió y, en el momento de pagar la cuenta, se preguntó si Deepak seguiría acogiéndolo bajo su techo. De camino hacia el número 12 de la Quinta Avenida, Sanji estaba más preocupado todavía. Lo que había empezado como un juego se iba transformando día a día en un engaño. Se hizo una promesa matutina más: se habían acabado las mentiras, tenía que hablar con Chloé.

*

Deepak se ajustó las gafas al ver entrar a su sobrino en el portal.

—¿Has avisado a tu tía? —le preguntó en tono distante.

—¿Avisarla de qué?

—De que sigues vivo. No ha pegado ojo. Cómo iba a dormir si se ha pasado la noche llamando a todos los hospitales de la ciudad.

—Lo siento mucho, he perdido la costumbre de avisar a mis padres cuando no vuelvo a casa por las noches.

—¡Y encima insolente! ¿Se puede saber por qué no has llamado? ¡Qué humillación! Por tu culpa he tenido que mentir.

—No he podido llamar porque he pasado la noche… en comisaría.

Deepak observó a Sanji de los pies a la cabeza.

—¿Ahora hay celdas de cuatro estrellas?

—He ido a casa de Sam a cambiarme.

—No sé quién es ese tal Sam —suspiró Deepak—. ¿Qué le has dicho a ese policía para que te meta en el calabozo?

—Yo nada, pero alguien que me aconsejó que midiera bien mis palabras fue contando por ahí que nunca había habido un robo en este edificio antes de que yo empezara a trabajar aquí.

—No lo dije así.

—Pues así lo entendió el inspector.

Deepak frunció el ceño.

—Todo esto es muy raro, el ladrón no pudo entrar por el tejado, entonces, ¿por dónde? Y ¿cómo volvió a salir sin que ni tú ni yo lo viéramos ni lo oyéramos?

—No tengo ni la más remota idea —contestó Sanji—. Bueno, ya le he explicado lo de ayer…

—Ah, ¿esa es tu manera de disculparte conmigo? —masculló Deepak, echándose la mano al bolsillo—. Me llaman, espérame aquí, no tardaré.

Deepak volvió unos instantes después, acompañado de Chloé. Al abrir la puerta del edificio le extrañó ver que la joven se detenía en el vestíbulo y se quedaba plantada delante de Sanji. No le asombró menos constatar que este la miraba fijamente sin decir nada.

—Muy elegante el traje —soltó ella antes de salir.

Salió a la calle, donde la esperaba Deepak, pero no quiso que le parara un taxi, quería tomar el aire, iría al estudio en metro.

Deepak dio media vuelta y estuvo a punto de chocar con Sanji, que salía corriendo.

—Pero ¿adónde vas tan deprisa?

—¿Hacia dónde ha ido?

—Mis tres normas, ¿acaso necesitas que te las recuerde?

—¿Izquierda o derecha? —insistió Sanji, agarrando a su tío de los hombros.

—En cualquier caso, a la derecha no —contestó este, limpiándose las solapas del uniforme.

Sanji corrió hacia la calle 9, se retuvo de milagro a un cartel al doblar una esquina peligrosamente y corrió a toda velocidad hasta la calle 6.

—Espera —suplicó jadeando.

Chloé, que se disponía a cruzar por el paso de cebra, se volvió. Sanji la agarró y se plantó delante de ella.

—Siento mucho haberme comportado así en el vestíbulo, pero estaba Deepak delante y…

—Ya esperé bastante anoche —lo interrumpió Chloé—. Por tu culpa voy a llegar tarde, ¡apártate!

—Cuando me digas por qué estás tan enfadada.

—¿Te parece que estoy enfadada?

—¿Sinceramente? Sí.

—Yo no te he pedido nada, no te he propuesto nada, pero tú… ¿Era un juego, una apuesta? ¿Conseguir seducir a la chica de la silla de ruedas? Estás en tu derecho de cambiar de opinión, pero podías haber tenido, si no la elegancia, al menos la cortesía de contestarme.

—Me han reprochado muchas cosas desde ayer, pero esto sí que no lo entiendo.

—¿Acaso no leíste la nota que te dejé sobre el mostrador?

—¿Cuándo me dejaste esa nota?

—Anoche, para que te la encontraras al llegar. Se la di a Deepak, un hombre digno de confianza. Así que no me vengas con cuentos.

—Difícilmente habría podido leerla, puesto que estaba en el calabozo.

—¡Vamos mejorando! Cada vez que te veo voy de sorpresa en sorpresa. ¿Has atropellado a una mujer?

—¡Muy graciosa! Supongo que estarás al tanto de lo del collar, soy el principal sospechoso.

—¡Dime que eres inocente!

—Tanto no puedo decirte, pero culpable no soy. ¿Qué decía la nota?

—Eso no te lo pienso decir. Ahora, déjame pasar, o de verdad voy a llegar tarde.

Sanji paró un taxi. Acostumbrado a la maniobra, levantó a Chloé de su silla, la guardó en el maletero y se sentó detrás con ella.

—A la esquina de la 28 con la Séptima Avenida —le dijo al taxista.

Llegaron diez minutos más tarde. Sanji acompañó a Chloé hasta la puerta del edificio donde estaba el estudio.

—¿Qué decía esa larga carta? —insistió Sanji.

—Que estaba de acuerdo —contestó ella abriendo la puerta del edificio.

—¿De acuerdo en qué?

—En tu teoría sobre el fin del mundo con su paréntesis de felicidad. Tienes veinticuatro horas para encontrar la manera de redimirte. Ven a recogerme mañana a las cinco y media.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque tengo otros planes.

*

Se da una paradoja extraña en los comienzos de una historia de amor. Uno queda con la otra persona con temor, no se decide a decirle que no ha dejado de poblar nuestros pensamientos. Quisiera uno darlo todo, pero se retiene, se dosifica la felicidad, como para preservarla. El amor incipiente es tan loco como frágil.

*

Aunque con mucho retraso, Sanji llegó a su cita con el ánimo sereno; Sam estaba acostumbrado a su puntualidad de Bombay. Pero, al verlo acodado en la recepción, Sanji se esperó lo peor. Decididamente, la mañana se anunciaba cargada de reproches y de justificaciones, pero Sam no le cantó las cuarenta, al contrario, parecía de excelente humor. No dijo palabra y esperó a estar en el ascensor para pedirle que pulsara el botón.

—¡Bravo! —exclamó.

—Muy gracioso —contestó Sanji.

*

A última hora de la tarde Sanji fue a sustituir a su tío. El relevo fue objeto de un breve y educado intercambio de palabras y Deepak se fue a visitar al señor Rivera.

En el hospital no se decidía a contarle la historia del collar, pero Deepak no sabía mentir y, ante la insistencia de su compañero, que no dejaba de preguntarle qué lo preocupaba esta vez, se lo contó todo.

—Yo no sabía ni que tuviera una joya de tanto valor. Estoy seguro de que si no fuera un regalo de su marido, hace tiempo que lo habría vendido. No le sobra el dinero —explicó Rivera.

—No lo sabía, no me meto en la vida de los vecinos —contestó Deepak con aire ausente.

—¿En qué piensas?

—¿Cómo ha podido entrar alguien sin que lo viéramos? Siempre estamos donde tenemos que estar.

—No siempre —suspiró Rivera.

—¡Por favor, no me lo preguntes! Mi sobrino no ha tenido nada que ver.

—No pensaba preguntarte nada.

—Lo que quiero es que ni se te pase por la cabeza siquiera.

—Entonces, ¿quién y cómo?

—¿Cuál de los dos es experto en novelas policiacas? ¡Te toca a ti descubrir al culpable!

—Procedamos con método —sugirió Rivera imitando a un viejo sabueso—. El móvil es evidente: el dinero. Ahora pensemos en cómo ha procedido el ladrón…

Sentado en la cama, el señor Rivera se enfrascó en sus pensamientos mientras Deepak se sumía en un profundo sueño. Una hora más tarde, dio un respingo al oír exclamar a su amigo:

—¡Ha sido un golpe desde dentro!

—¿Qué dices?

—Piensa un poco, hombre, si la poli hubiera visto a alguien en las grabaciones de las cámaras de vigilancia, ya habrían vuelto con una foto para que lo identificaras. Así pues, el ladrón no entró ni salió, y por una buena razón, ¡ya estaba en el edificio! Visto que respondes por tu sobrino, a la fuerza tiene que ser…

—Tiene que ser ¿qué?

—Nada, olvida lo que te acabo de decir, llevo demasiados

calmantes esta tarde.

—Qué dices, si no has tomado ni uno solo desde que estoy aquí.

—Aun así estoy cansado, y tú también.

Deepak había entendido el mensaje, cogió su gabardina y se fue, más confundido de lo que estaba cuando llegó.

El estado en el que encontró a Lali al llegar a casa no lo calmó en absoluto. Su mujer estaba sentada a la mesa de la cocina: no la había preparado para cenar ni tampoco había cocinado nada.

—Han metido a mi sobrino en la cárcel —balbució al borde de las lágrimas.

—Solo ha pasado una noche en el calabozo, amor mío —contestó Deepak arrodillándose delante de ella.

Abrazó a Lali y la consoló prodigándole toda la ternura de la que era capaz.

—Lo han hecho para intimidarlo —añadió—, debían de pensar que confesaría, pero Sanji no ha dicho nada porque es inocente.

—Naturalmente que es inocente. Este país era una tierra prometida para inmigrantes como nosotros. Trabajamos como esclavos, por deber y por gratitud, y mira lo que nos hacen, tratan a los extranjeros como a criminales. Si esta es la América de hoy, prefiero volverme a la India.

—Vamos, Lali, cálmate, esto pasará pronto.

—Si a un hombre tan recto como mi sobrino lo detiene la policía, ¿qué será de nosotros?

—Te recuerdo que hace tan solo unos días ni siquiera lo conocías.

—Mi sangre corre por sus venas, así que si te digo que es honrado, ¡haz el favor de no poner en duda mi palabra!

—¿Quieres que volvamos a hablar de cómo nos trató tu familia?

Lali se levantó y salió de la cocina.

—¡No es día para que te empeñes en tener razón! —gritó, cerrando de un portazo la puerta de su habitación.

Deepak se encogió de hombros, abrió la nevera y se sirvió las sobras de la cena de la noche anterior, un plato de *gombo* que se comió frío, solo en la cocina.

Esa noche el que no pegó ojo fue él. No paraba de pensar en todo cuanto lo preocupaba. Quizá Lali tuviera razón. Para cerrar el caso la policía no necesitaba identificar al verdadero culpable, le

bastaba con designar a uno, y para eso Sanji les convenía perfectamente.

*

12

23

Tronaba la tormenta sobre la ciudad, lo que alteraba la frenética actividad de la mañana. El vestíbulo de Deepak parecía el arca de Noé, todos los vecinos, o casi, estaban encerrados en el interior.

Deepak, cuyo paraguas se había dado la vuelta ante los primeros asaltos del vendaval, estaba empapado. Como un valiente factótum, se esforzaba en agitar la mano, con la esperanza de parar algún taxi. La lluvia resbalaba por su nuca, se le metía por el cuello de la levita y le empapaba la camisa, que se le pegaba a la espalda; su uniforme había perdido todo su esplendor. Cuando una camioneta le lanzó un chorro de agua sucia a los bajos del pantalón, la tormenta no rugió solo en el cielo. Una rabia sorda lo embargó y fue creciendo dentro de él. La guinda la puso un coche de policía que aparcó delante del edificio.

—¿Tenía nostalgia del monzón? —le preguntó, irónico, el inspector bajando la ventanilla—. Vengo a devolverle las grabaciones —añadió, entregándole un paquete—, tenga cuidado, no es impermeable. De todos modos, no hemos encontrado nada interesante en estas cintas.

Deepak lo miró fijamente.

—Tengo novedades sobre su investigación.

El inspector apagó el motor. Dejó el coche en doble fila y siguió a Deepak al interior del vestíbulo, donde la señora Zeldoff, la señora Clerc, los Williams, la señora Collins y el profesor Bronstein esperaban a que amainara la lluvia. Unos observaban los negros nubarrones por la cristalera, otros enviaban mensajes con el móvil, tan nerviosos como impacientes.

Deepak se colocó delante del mostrador y carraspeó para obtener la atención de todos.

—El collar lo he robado yo.

De repente ya nadie pensaba en la tormenta.

—¿Qué está diciendo? —se inquietó el profesor—. Deepak, usted no, no tiene sentido.

—¿Y usted por qué se mete? ¡Déjelo hablar! —se indignó la señora Williams.

Entonces Deepak se desahogó, explicando las razones que lo habían llevado a cometer un acto así. Su decepción, la tristeza que había sentido cuando habían querido sustituirlo por un vulgar mecanismo, su humillación al verse acusado de haber saboteado el material en cuestión. Lo habían tratado como a un muerto de hambre, y, pese a su abnegación, los vecinos para los que lo había sacrificado todo habían demostrado la poca consideración que le tenían, de modo que ¿por qué no hacerlo? El robo de ese collar no arruinaría a la señora Collins, el seguro se lo reembolsaría. Pero ¿qué seguro cubriría la vejez de su esposa? ¿Un año de salario?

—Debería decir que estoy arrepentido —prosiguió—, eso quizá me valdría un indulto, pero no lo estoy en absoluto. Más todavía, creo que he disfrutado pagándoles con su misma moneda, y cuando digo moneda, no exagero, porque eso es poco más o menos lo que ustedes me han dado de indemnización: cuatro perras.

Deepak se quitó la gorra y la levita, que dejó con gesto digno sobre el mostrador, antes de ofrecerle las muñecas al inspector.

Pilguez se sacó unas esposas del bolsillo pero no se las puso.

—Está bien así, se las pondré antes de llegar a la comisaría —dijo agarrando a Deepak del brazo.

Los vecinos vieron al ascensorista entrar en el asiento trasero del coche patrulla, tan anonadados que salieron todos a la marquesina para seguir con la mirada el vehículo que se alejaba hacia el arco de Washington Square Park.

Cuando volvieron al vestíbulo, la señora Williams dijo con aire irritado:

—¡No me digan que ahora vamos a tener que subir a pie también de día!

Sonó el móvil del profesor Bronstein.

—Si llego tarde al estudio, me van a echar, me da igual que llueva, cogeré el metro si hace falta, pero, por favor, papá, ¡dile a Deepak que suba a buscarme!

El profesor colgó. Como solo veía una manera de ayudar a su

hija, interpeló a los vecinos.

—Si aún queda una pizca de humanidad en este edificio, necesito voluntarios para ayudar a Chloé.

La señora Collins fue la primera en intervenir.

—¿Lo que acaba de ocurrir no les ha parecido suficiente? ¡Hala, vamos, todos arriba!

Esta demostración de autoridad bastó para movilizar a las tropas. Hasta los Williams se unieron a la procesión.

Poco después Chloé oyó un gran alboroto al otro lado de la puerta de la cocina.

La bajada transcurrió en un gran desorden, pues cada cual quería dar su opinión, un auténtico guirigay. Su padre la llevó en brazos hasta la cuarta planta, donde el señor Zeldoff tomó el relevo. La señora Clerc se encargó de la silla, ayudada por la señora Williams, que se pilló los dedos con los radios de una rueda, lo que le valió que la señora Collins la tildara de inútil. La señora Zeldoff la relevó, con una sonrisa de oreja a oreja. Despertado por el jaleo, el señor Morrison salió al rellano en calzoncillos y preguntó lo que no había que preguntar. ¿Qué le había pasado a Deepak?

En la planta inferior, la señora Williams exclamó encantada que sus sospechas estaban fundadas, pues Deepak había confesado.

Chloé no esperó a llegar al primero para manifestar su indignación.

—¡Jamás! —gritó—. ¿Cómo han podido dejarle hacer algo así, no les da vergüenza?

Una vez en la planta baja, el señor Williams dejó a Chloé en su silla. En el vestíbulo pesaba un denso silencio.

—Tiene razón —intervino la señora Collins—. Debería darnos vergüenza. ¿Quién de nosotros puede creer ni por un segundo que Deepak sea un ladrón? Lo que ha dicho lo ha dicho por orgullo, porque le hemos hecho daño.

—¡O para proteger a su sobrino! —terció la señora Williams.

Pero las miradas que cayeron sobre ella le quitaron las ganas de argumentar sus sospechas.

—Bien —prosiguió Chloé—, ya que estamos todos de acuerdo, nos corresponde salvarlo de esta situación. ¡Junta general en el octavo a las seis de la tarde! Que alguien avise al señor Groomlat. ¡Sin él, nada de esto habría ocurrido! Y usted, señor Morrison, de

aquí a entonces haga el favor de ponerse unos pantalones.

Nadie se atrevió a disputarle a Chloé el primer taxi que pasó.

*

A mediodía Sanji recibió un mensaje en el móvil que le amargó el resto de la tarde.

> *Me es imposible verte hoy. Hasta mañana. Un beso.*
>
> *Chloé.*

Al llegar al número 12 de la Quinta Avenida a las siete, antes de tiempo por una vez, le extrañó ver el portal desierto y le inquietó que no estuviera allí su tío. Inquietud que aumentó al constatar que el ascensor estaba en la planta baja y que la puerta del edificio no estaba cerrada con llave. Se precipitó al sótano, buscó en el trastero, llamó a Deepak varias veces y subió a toda prisa hasta el octavo.

Le abrió la puerta el señor Bronstein, llegaban voces desde el salón.

—¿Está mi tío con ustedes? —preguntó Sanji jadeando.

—Espere aquí un minuto, por favor, es mejor que mi hija le explique la situación.

Unos instantes después apareció Chloé en el pasillo.

Le contó lo ocurrido por la mañana. Antes de que Sanji tuviera tiempo de reaccionar, le aseguró que nadie dudaba de la inocencia de Deepak, ni de los motivos que lo habían llevado a hacer esa confesión. Habían urdido un plan para sacarlo del mal paso.

—¿Va a pasar la noche en el calabozo? Pero ¿no se dan cuenta de que mi tío nunca superará algo así?

Chloé le cogió la mano.

—No quisiera parecerte arrogante, pero de verdad pienso que lo conozco mejor que tú, en todo caso desde hace más tiempo. Deepak se ha infligido este castigo para expresar su enojo, y también para sentirlo. Justo antes de que llegaras, hemos informado a la policía de su inocencia y le hemos dicho que hemos descubierto al culpable.

—¿Quién es ese malnacido, que le retuerzo el pescuezo?

—Es un poco complicado.

—Tengo que avisar a mi tía. Cuando vea que su marido no vuelve a casa se preocupará mucho.

—Ya me he ocupado yo, ve a acompañarla. La he llamado hace un momento para ver cómo estaba y me ha dicho que va camino de la comisaría.

La señora Zeldoff se asomó al pasillo.

—Me parecía haber oído su voz, qué oportuno, me disponía a marcharme. ¿Sería tan amable de bajarme al segundo?

Sanji la fusiló con la mirada y se fue sin contestarle.

Chloé lo siguió hasta el rellano.

—¿Te encuentras bien?

—¡No se merecen a mi tío!

—Se han dado cuenta hoy. Cuando todo haya vuelto a la normalidad, me encantaría cenar contigo.

Sanji le dedicó una tibia sonrisa y se marchó.

*

Lali esperaba sentada en un banco a la entrada de la comisaría. El agente que estaba de guardia le había repetido mil veces que no podía quedarse ahí, pero de tanto oír que no tenía más que meterla en el calabozo y así estaría con su marido, había terminado por cansarse. Después de todo, si quería pasar la noche ahí, a él le traía sin cuidado.

Sanji se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo.

—Le dejarán irse mañana por la mañana, te lo prometo.

—¿Ahora eres policía?

—Me ha inquietado no encontrarlo en el portal, así que he subido a ver a Chloé y me ha contado lo ocurrido.

—¿Ya no la llamas «señorita» Chloé?

—Los vecinos estaban reunidos en su casa, tienen un plan, no sé cuál, pero parecían confiados.

—¡No vuelvas a hablarme de esa gente! —protestó Lali.

—¿Le has traído sus cosas? —preguntó Sanji al ver una maletita a los pies de su tía.

—Las suyas, las mías y todos nuestros ahorros para pagar la fianza, hasta he cogido nuestros pasaportes.

—¿Qué piensas hacer con el pasaporte?

—¡Largarme! En cuanto salga Deepak de aquí. Quiero volver a la

India. Le avisé de que, después de ti, la tomarían con nosotros.

—No la han tomado con nadie, Deepak se ha acusado a sí mismo. Pero su confesión no es creíble. Deja que te acompañe a casa, este sitio no es para…

—Venga, dilo, ¿para una mujer de mi edad?

—Para mi tía.

Lali le cogió la cara con ambas manos y se acurrucó sobre su pecho.

—Nunca he dormido sin mi marido, ¿entiendes?

Sanji pasó la noche en el banco, velando por ella.

Al amanecer, el agente de guardia se acercó a la máquina de bebidas calientes, le dio una buena patada, que hizo caer un vasito, y luego repitió la maniobra, lo que le permitió tener el detalle de llevarles un café a cada uno.

A las siete el inspector Pilguez entró en la comisaría, se detuvo delante de Sanji, saludó a Lali y desapareció en su despacho.

Un par de horas después volvió a salir para llevarlos a una salita de la que Sanji guardaba mal recuerdo y les pidió que esperaran un momento.

La puerta se abrió poco después y Deepak pudo abrazar a su mujer.

—Vuélvase a casa, señora —le ordenó Pilguez.

—No me moveré de aquí mientras retengan a mi marido —protestó Lali.

—Su marido ha quedado libre, pero aún tenemos que hacer una cosilla él y yo.

—Te lo pido por favor, Lali —insistió Deepak—. Sanji, acompaña a tu tía a casa, yo iré dentro de un rato.

Sanji cogió la maleta con una mano y con la otra el brazo de Lali, que esta vez ya no opuso resistencia.

*

El coche patrulla aparcó delante del número 12 de la Quinta Avenida.

—¿Seguro que estarán todos? —preguntó el inspector antes de bajarse del coche.

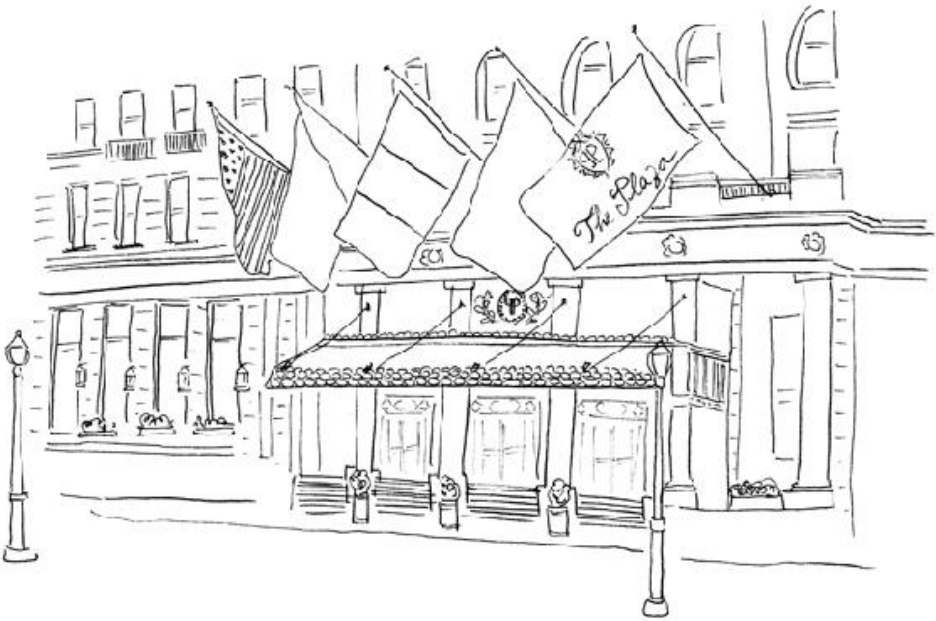
—Siendo sábado por la mañana, no me cabe la menor duda.

—Entonces vaya a buscarlos, no tengo todo el día.

Pero Deepak no quería recibir más órdenes. Bajó al sótano a peinarse y descubrió su levita planchada y colgada en el armario.

Se puso el uniforme y fue a llamar a todas las puertas.

*


The Plaza

24

El vestíbulo había vuelto a transformarse en sala de reuniones improvisada. No faltaba un solo vecino, hasta el señor Morrison, a esa hora inédita para él, sorprendió a todos con su presencia.

—¿Se puede saber qué nos quiere la policía para convocarnos así un sábado por la mañana? —protestó el señor Clerc.

—¿Habrían preferido tener que desplazarse a comisaría?

El murmullo general no dejó lugar a dudas sobre la respuesta.

—He conocido investigaciones a lo largo de mi carrera en las que, tras varios meses de trabajo, seguía sin tener un sospechoso, ¡y en esta tengo nueve culpables! Si doy crédito a la confesión que he oído esta mañana, todos aquí, o casi todos, supuestamente habrían robado ese collar. ¿Qué es esto, una joyería? La señora Zeldoff ha sido la primera en acusarse. Le he preguntado cómo lo había hecho y me ha revelado haber tenido acceso al apartamento de la señora Collins al ir a contarle una historia rocambolesca de vandalismo. Después he recibido una llamada del señor Morrison, el cual, invocando haberse excedido ligeramente con la bebida, supuestamente se equivocó de apartamento y confundió el collar con una de sus corbatas. Asimismo, la señora Clerc me ha llamado para decirme que estaba dispuesta a entregarse con la condición de guardar silencio sobre las razones que la habían llevado a cometer este crimen. ¡Qué falta de imaginación, señora! El señor Bronstein actuó supuestamente por motivos económicos; por lo visto a los del octavo les cuesta llegar a fin de mes. Pero la palma se la lleva la señora Williams, que actuó movida por la envidia, al no haberle regalado nunca su marido una joya tan valiosa como esa. Como estoy seguro de que ninguno de ustedes puede devolver el dichoso collar, me gustaría entender qué les ha hecho pensar que puedo ser tan estúpido.

Se cruzaron tantas miradas que habría sido imposible desenmarañarlas.

—Deepak es inocente —declaró el señor Bronstein—, pero como se ha acusado, no teníamos más opción que entorpecer la investigación. Que nos crea o no es irrelevante aquí, con tantas confesiones ya no puede incriminarlo.

—Podría inculparlos a todos por obstrucción a una investigación policial, falso testimonio, complicidad y, por qué no, receptación…

—Yo los he convencido a todos, soy el único responsable —contestó el profesor.

—¡No es verdad! —objetó Chloé—, la idea fue mía, y estoy dispuesta a asumir las consecuencias.

—¡Una idea que me parecía irresponsable y estúpida, como bien les recalqué! —terció el señor Williams—. Reconozco haber tenido un momento de debilidad. Mi mujer se queja ya bastante por todo, imagínense cómo serán mis tardes en casa si volvemos a quedarnos sin ascensor.

—No me quitarán la idea de que el robo lo ha cometido su sobrino —masculló la señora Williams para distraer la atención del comentario de su marido.

—Es usted de verdad una mosquita muerta, amargada, frustrada, manipuladora y malvada —soltó la señora Zeldoff, para sorpresa de todos.

—¡Le prohíbo hablarle así a mi esposa!

—No necesito su permiso para decir alto y claro lo que todo el mundo piensa —prosiguió ella, pues ya nada podía detenerla—. Menuda pareja forman, la racista y el comentador viperino de un canal de propaganda que comercia con el odio. Dos serpientes venenosas, eso son ustedes.

Pero aún quedaban más sorpresas.

—¡El sobrino de Deepak no es el ladrón! —intervino el señor Groomlat, devolviendo la calma a la reunión.

—¿Qué sabe usted del tema? —preguntó el inspector.

—¿De verdad creen que habría dejado que la comunidad de vecinos contratara a alguien sin haberme informado antes sobre él? ¿Por quién me toman? Yo también he llevado a cabo mi propia investigación, sobre todo después de que me tildaran de negligente por culpa de ese dichoso mecanismo.

—¿Qué mecanismo?

—No importa, hemos encargado otro. Lo importante es lo que he descubierto. ¡Ese joven al que la señora Williams acusa sin fundamento no tenía motivo alguno para ratear el collar de la señora Collins!

—¿Ratear? —protestó la señora Williams—. ¡Un collar de medio millón de dólares nada menos!

—Sí, pero el sobrino de Deepak tiene más de cincuenta millones, es más rico que todos nosotros juntos, y sé de lo que hablo, pues me encargo de sus declaraciones de impuestos. Por qué se ha prestado a esta comedia un hombre tan adinerado, eso no lo sé, pero como a todos ustedes les beneficiaba…

Los Williams, los Clerc, la señora Collins y el señor Morrison, los Zeldoff y el inspector Pilguez se quedaron callados, y Chloé la primera. Los rostros se volvieron hacia el mostrador, y entonces cada cual pudo constatar que Deepak había desaparecido.

*

El inspector se marchó, no sin antes advertirles que ahí no terminaba la cosa. El señor Williams preguntó si había que llevar a Chloé al octavo. El profesor se volvió, con aire contrito, y descubrió que también su hija había desaparecido.

—¡Por fin! —exclamó el señor Morrison—, me voy a dormir, ¡y que a nadie se le ocurra despertarme como no sea que se ponga a llover *whisky*!

*

El móvil de Sanji vibró y apareció un mensaje en la pantalla.

¿Dónde estás?

Durmiendo.

Ya no.

Necesito hablar contigo.

¿Por qué no me llamas?

¡Necesito verte!

Quedamos en nuestro salón de té.

¡Dijimos una cena!

Podemos vernos en Spanish Harlem.

Ya no estoy allí desde que ha vuelto Deepak.

Entonces, ¿dónde estás?

En el Plaza.

¿Y qué haces en el Plaza?

Colmar un déficit de sueño bastante considerable.

¿Número de la habitación?

722.

*

La señora Collins llamó a la puerta del señor Rivera. Entró y fue a sentarse en la cama. El señor Rivera dejó su libro sobre la mesita de noche y le acarició la mejilla.

—¿Por qué pareces tan alterada, te han dicho los médicos que solo me quedan unas horas de vida?

—Los médicos no me dicen nada, puesto que no soy tu mujer.

Rivera se quedó mirando tristemente a la señora Collins.

—Has sido tú, ¿verdad?

—Sí, esta vez la enfermera no tiene culpa de nada —contestó ella.

—Pero ¿por qué?

—Porque todo es culpa mía. Tu accidente, tu mujer que estaba sola mientras nos amábamos, sus cuidados que ya no podrás pagar. Me siento tan culpable…

—¿De haberme dado la ternura que me faltaba o de haberme devuelto la alegría de vivir? Tengo setenta y un años, ¿crees que a mi edad no sé lo que hago? Mi mujer se ha olvidado de que existo, cada vez que voy a visitarla me confunde con el pintor o con el fontanero, a veces con su médico, cuando está de buen humor. Sin ti nunca lo habría soportado. Es hora de que te confíe un gran secreto. Te quise desde el día en que entré en ese edificio. Si supieras la cantidad de noches que bajaba al vestíbulo furioso por no ser ese marido al que acababa de llevar a la quinta planta. Y cuando te quedaste viuda, esperé mucho tiempo antes de atreverme…

—Era un 21 de marzo —lo interrumpió ella—. Me dijiste: «Señora Collins, está usted preciosa». Acababa de cumplir sesenta y cinco años, imagínate si lo recuerdo. Si supieras la cantidad de noches que habría querido que fueras tú quien volviera de la oficina

y me dijera: «Buenas noches, querida». La vida a veces llega tarde, pero lo importante es que llegue, ¿verdad? Qué cobarde soy, me quedé paralizada cuando detuvieron a ese joven y fui incapaz de reaccionar. Pero después de la confesión de Deepak, tan valiente como grotesca, estaba decidida a confesárselo todo a la policía. Y entonces mis vecinos se denunciaron a sí mismos, y creí que esa idea loca nos resolvería las cosas. El inspector no ha dicho su última palabra, ya he hecho bastante daño así. He venido a decirte adiós, va siendo hora de que me entregue a la policía.

—¿Sabes lo que me contó Deepak la otra noche? Que sería original que una novela policiaca terminara sin que detengan al culpable. En un primer momento le contesté que era una tontería, pero quizá tenga razón, tampoco es tan estúpido después de todo.

*

Sanji esperaba a Chloé en la entrada del Plaza.

—¿Has renunciado a Spanish Harlem?

—No exactamente. En cuanto liberaron a Deepak, acompañé a Lali a su casa. Cuando llamó para avisarla de que volvía, preferí dejarlos solos.

Chloé levantó la mirada hacia la lujosa fachada del Plaza.

—¿Por qué te has hecho pasar por ascensorista?

—Para estar contigo por la noche sin molestarte. Como estás convencida de que la gente solo ve tu silla de ruedas, yo también tenía buenos motivos para tener miedo.

—Miedo ¿de qué?

—No me he hecho pasar por nada, la que no me ha creído eres tú.

—¿Tenías miedo de que te juzgara?

—Tenía miedo de que una mujer como tú no pudiera querer a un hombre como yo.

—¿Cómo es un hombre como tú?

—Un extranjero que vive en la otra punta del mundo, un hombre que siempre llega tarde a todas sus citas, sobre todo de amor, y que nunca había sentido esto antes de conocerte.

—¿Sentido qué?

—¿Cómo vas a volver a tu casa? ¿Quieres que te acompañe? Puedo hacerme pasar por ascensorista al menos una vez más.

—No tengo ninguna gana de volver a mi casa.

*

El día en que dormí en un palacio

Sanji me abrazó y me besó. Se tumbó a mi lado y me desnudó en la cama. Era la primera vez que sentía su deseo. Sus labios recorrían mi piel, mis pechos, mi vientre; su fuerza y su dulzura eran magníficas, él sabe. Me besó los muslos e hicimos el amor.

Nos quedamos en la habitación hasta la mañana siguiente. Llamé a mi padre y le dije que había encontrado refugio en casa de un amigo hasta que volviera Deepak. No me hizo preguntas, menos mal porque no soy capaz de mentirle.

*

Desayunamos en la cama; la bañera de la suite era tan grande que nos bañamos juntos.

No tenía ninguna muda, y Sanji quiso remediarlo. Es extraño que un hombre que da tan poca importancia a su apariencia tenga tanto gusto. Paseamos por Madison Avenue, me eligió un vestido, una falda larga, un top, hasta un conjunto de lencería, y yo no opuse resistencia.

Me he burlado a menudo de las escenas de las películas en las que los jóvenes amantes viven sus primeros momentos juntos: gran error, para parafrasear a Julia Roberts, pero que un tremendo error. La pista de patinaje estaba por encima de mis posibilidades, así que fuimos a remar al gran lago. Es imposible frenar a Sanji, y estaba empeñado en dar de comer a los cisnes. En cuanto veía uno, ponía rumbo hacia él. Con las piernas tensas y los músculos marcados, traía los brazos hacia el pecho —no te negaré que esa visión me fascinaba—, y la barca se deslizaba por el agua como en una regata. Sentados en la hierba, terminamos los restos del almuerzo, unos bocadillos sin pan, pues se lo habían comido los cisnes. Nos abrazamos debajo de mi manta, pero el calor era insoportable, y nos bronceamos con los rayos de un sol de primavera.

Tomamos el té en el Blue Box Café, en Tiffany's. En ese salón de un

azul único me habría gustado llevar un vestido corto negro con unos tirantes divinos, saber tararear palabras anodinas a bordo de un descapotable, creerme por un segundo Audrey Hepburn, aunque por nada del mundo habría cambiado a Sanji por George Peppard.

Estaba empeñado en ver Nueva York desde lo alto del Empire State. Mandamos un montón de postales y no tuvimos que hacer cola para entrar. Mi vida también tenía que tener sus ventajas de vez en cuando.

Al anochecer llegamos a South Sea Port y subimos a bordo de un barco-taxi. Desde el río Hudson, la vista del barrio de negocios de Manhattan revela obras maestras de la arquitectura moderna. A Sanji casi le da una tortícolis cuando pasamos por debajo del puente de Brooklyn y, según nos íbamos acercando a la Estatua de la Libertad, parecía un niño fascinado. Me prometió que algún día me haría descubrir las maravillas de Bombay, bajé la mirada y no dije nada, no quería pensar en mañana.

Cenamos en Mimi, un restaurante francés del Soho, la cocina era excepcional. Insistí en invitarlo; Sanji objetó que iba en contra de sus principios, pero aceptó por miedo a parecer anticuado.

Volvimos al Plaza a medianoche, Sanji me informó de que retomaría el servicio al día siguiente. No podía seguir eternamente prisionera en mi ciudad por culpa de un ascensor. Y como mi padre se marchaba a Texas a dar una conferencia, le propuse que se reuniera conmigo cuando ya estuvieran en sus casas todos los vecinos.

Nos acurrucamos uno junto al otro y, antes de que me venciera el sueño, comprendí lo que había añorado puede que más incluso que las piernas: la ternura.

*

25

El lunes por la mañana todo pareció volver a la normalidad. A las seis y cuarto Deepak entró en el número 12 de la Quinta Avenida por la puerta de servicio. Vestido con su uniforme, se alisó el cabello y se ajustó la gorra antes de lanzar una ojeada al espejito colgado de la puerta del pequeño trastero. Después subió al vestíbulo a sacar brillo a la cabina del ascensor. Primero la madera barnizada, con cera y una gamuza; luego, con otra gamuza, la palanca de cobre.

La hora punta transcurrió en un silencio desconocido en treinta y nueve años. En cada viaje se oía el ronroneo del motor, el silbido del contrapeso y el ligero chirrido de la reja, pese a que la había engrasado.

Ese lunes se anunciaba bajo el signo de las resoluciones, y Deepak fue el primero en declarar la suya.

Poco antes de las diez fue a llamar a la puerta del señor Groomlat y le presentó su dimisión.

—Permaneceré en mi puesto hasta que recibamos el material y lo instalen los técnicos —dijo sin traducir la más mínima emoción.

El contable leyó la carta que Deepak le había entregado.

—¿Y su hazaña? —le preguntó.

—¿Estaba enterado?

—Todo el mundo lo está.

—Mi mujer es quien ha dado sentido a mi vida, lo demás no era más que orgullo —contestó Deepak antes de marcharse—. Solo le pido una cosa: si se les pasara por la cabeza, disuádalos de organizar una copa de despedida para mí, no quiero ninguna.

Cuando Chloé apareció en el vestíbulo poco después de las diez, con un bonito vestido que nunca le había visto, Deepak le hizo un cumplido y le contó que dejaría sus funciones al cabo de seis

semanas como máximo. Esta vez le tomó él la mano.

—Conservaremos unos recuerdos maravillosos, señorita, ha sido muy importante en mi vida. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Al ver que se le saltaban las lágrimas, no dijo más.

*

Sanji le contó su resolución a Sam, que lo escuchó sin interrumpirlo.

—¿Has terminado? —le preguntó por fin.

—Creo habértelo explicado todo.

—Me ronda una pregunta desde el día en que me hiciste probar esa hamburguesa asquerosa. ¿Tú te drogas?

—No tiene gracia.

—Lo que sí la tiene, y mucha, es que quieras mandarme a la India a gestionar tu empresa y tú quieras dirigir la filial de Estados Unidos.

—Es una idea muy sensata. Aquí todo está por desarrollar, allí…

—En otros términos, ¿pasaré a ser tu jefe?

—En otros términos, ¡sí!

—Una oferta muy tentadora. Y como hablo hindi perfectamente, dirigir una empresa de más de cien empleados será lo más fácil del mundo. ¡Ya me veo en una reunión comercial!

—En Bombay todo el mundo es bilingüe.

—Sí, bueno, para los que entienden vuestro inglés. Y, por supuesto, esa chica a la que has conocido no tiene nada que ver en tu decisión.

—Tiene mucho que ver en esta decisión. Lali también.

—¿Qué pinta aquí tu tía?

—Es una larga historia. Bueno, ¿estás de acuerdo?

—Mi primera orden como jefe es que me dejes en paz, ve a dar un paseo, o mejor no —dijo garabateando una dirección en una hoja—, ve a visitar estas oficinas, están en alquiler y el precio me parece razonable. Necesito pensar un rato. Antes de irte, acuérdate de firmar los contratos del señor Mokimoto. Gerald te los entregará.

—¿Gerald?

—Mi futuro asistente, su despacho está al fondo del pasillo, no tiene pérdida.

Sam se asomó a la ventana y esperó a ver a Sanji subirse a un

taxi. Lo había mandado a Ikea, en Nueva Jersey; hasta que su amigo se diera cuenta de la broma, tendría toda la mañana para él.

*

A las once Sam entró en el vestíbulo del número 12 de la Quinta Avenida y pidió que lo llevaran al octavo.

—¿Lo esperan? —se inquietó Deepak.

—Soy un amigo de Sanji —contestó Sam.

*

En el camino de vuelta de Nueva Jersey, Sanji le dejó un mensaje furibundo a Sam. ¡Si no era capaz de darle una dirección correcta en la periferia de Nueva York, tendría serios problemas en Bombay! Pese al tráfico intenso, llegó puntual a la cita que había concertado con Woolward, su abogado.

*

A las siete de la tarde Sanji fue a relevar a su tío, que lo informó de su decisión.

—Ya no tienes ninguna obligación, y solo depende de ti elegir cuál será tu última noche como ascensorista. Preferiría, por cortesía, que avisaras a los vecinos con cuarenta y ocho horas de antelación. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por nosotros. Bueno, sobre todo por mí. No sé si algún día podré devolverte el favor.

—Se me ocurre cómo —contestó Sanji—. Sé de alguien que podría transmitirme su maestría manejando un bate de críquet.

Deepak lo miró con orgullo evidente.

—¿Lo dices en serio?

—Reconozco que es mucho pedir, pero la fortuna sonríe a los audaces.

—Nos vemos el domingo en el campo, a las dos y media. Y ven con un atuendo digno de ese nombre, si no, no hay clase, ¿entendido?

—¿Lali sabe que ha presentado su dimisión?

—Sabía antes que yo que tomaría esta decisión.

—¿Y el ascenso del Nanda Devi?

—Al final pienso que es la cantidad de años durante los cuales he soñado con ello lo que da algo de valor a mi renuncia. No le digas eso a Lali, le juré que nunca me haría adulto del todo.

Deepak le dio unas palmaditas en el hombro y, embargado por una arranque de emoción, se abandonó a un abrazo.

Tras dejar a su sobrino, corrió al hospital.

*

—Has hecho lo que había que hacer —declaró el señor Rivera.

—Dices eso porque no te he dejado elección. Debería habértelo consultado antes, pero eso no habría cambiado nada.

—Cabezota como eres, ya me lo imagino, y en el fondo es un alivio para mí. Anoche yo también decidí jubilarme; ahora que los cuidados de mi mujer están asegurados, puedo permitírmelo.

—Si puedes, ¿por qué no hacerlo? —contestó Deepak con desapego, cogiendo el periódico que había a los pies de la cama.

Su indolencia exasperó a Rivera, tanto que se incorporó y le quitó el periódico de las manos.

—¿No me preguntas cómo puedo permitírmelo?

Deepak consultó su reloj y le dedicó una sonrisa burlona.

—Pensaba que aguantarías al menos cinco minutos. Se lo achacaré a las medicinas.

—Tengo un secreto que contarte, pero tiene que quedar entre nosotros, ¿prometido?

—En eso consisten los secretos, ¿no?

—Ya te dije que el golpe lo habían dado desde dentro…

—¿Ese es tu gran secreto? —lo interrumpió Deepak con un suspiro.

—¿Me dejas terminar? Nadie robó el collar: es un fraude a la compañía de seguros. Ella corrió ese riesgo por mí, y yo ahora quiero dedicarme a ella por completo.

—Gracias por la confidencia, pero hace tiempo que lo había adivinado.

—¡Sí, y yo voy y me lo creo! —se rio el señor Rivera—. ¡Mira que eres orgulloso!

—Esto dice un proverbio indio: «El que roba un huevo no tarda en comerse la gallina». ¿Quieres un secreto que no sepa todo el mundo? El material lo saboteó tu amante, la señorita Chloé era su

cómplice, y yo borré las pruebas.

Ante la expresión estupefacta de su compañero, Deepak recuperó el periódico al pie de la cama y se levantó.

—Me lo llevo, quiero un poco de lectura para el metro. Te dejo con tus novelas policiacas, me vuelvo con mi mujer.

*

Sanji esperó a que fuera medianoche para cerrar con llave la puerta del edificio. Unos minutos antes había acompañado al señor Morrison y, como este había querido entablar conversación en el ascensor, Sanji le había gritado al oído para evitar que se quedara dormido de manera intempestiva.

Subió al octavo y llamó tres veces a la puerta de Chloé, pero nadie abrió. Decepcionado, concluyó que había tardado demasiado, debía de haberse quedado dormida. Triste porque no le hubiera mandado ningún mensaje, bajó a pasar la noche en el vestíbulo.

*

En cuanto Deepak llegó por la mañana, Sanji corrió a su primera cita. Al salir del edificio levantó los ojos hacia las ventanas del octavo, esperando distinguir la silueta de una mujer a la que ya echaba demasiado de menos.

El señor Woolward, su abogado, lo esperaba sentado a la mesa de una cafetería cercana a su oficina. Tenía unas noticias que consideraba excelentes.

—Sus tíos no han tardado en contestar al correo electrónico que les envié. Les asusta tanto verlo en el consejo de administración del Bombay Palace Hotel que le proponen un trato: a cambio de un cinco por ciento de sus acciones están dispuestos a financiar sus proyectos en Estados Unidos.

—Dígales que no me interesa —contestó Sanji.

—¿No quiere pensárselo?

—Es inútil, querían la guerra, y yo les ofrezco dos. Lo que más temen ahora es el procedimiento de restitución de herencia que he iniciado en la India. Dentro de unos meses, mi tía recuperará lo que es suyo, y juntos formaremos un accionariado a partes iguales con esos viejos granujas.

Sanji le dio las gracias a Woolward y corrió a su segunda cita del día, en Spanish Harlem.

Su tercera cita fue con un agente inmobiliario del Soho.

Sanji quería alquilar un *loft* con vistas al río Hudson.

Su última cita lo trajo de vuelta al número 12 de la Quinta Avenida.

*

—Qué pronto llegas —exclamó Deepak al ver a su sobrino.

—¡Nunca está contento! No he venido a relevarlo, subo al octavo.

—No está en casa —contestó Deepak.

—No importa, la esperaré.

Deepak carraspeó y abrió el cajón del mostrador.

—La señorita Chloé me ha pedido que te diera esto —dijo entregándole una carta.

—¡Más vale tarde que nunca! Es un poco antigua, y sé lo que contiene.

—Lo dudo —suspiró Deepak—, me la ha dado esta mañana.

Sanji se apoderó de la carta y salió a la marquesina.

> *Sanji:*
>
> *De los dos yo soy la egoísta; la que nunca te ha preguntado por tu pasado, ni por las razones que te han traído a Nueva York. No sabía nada de tu infancia ni del camino que has recorrido. Sam ha venido a verme esta mañana. No le reproches que haya actuado como amigo tuyo que es. La decisión que has tomado, ese proyecto descabellado que le ofrecías era muy ventajoso para él, y hace falta ser una persona justa y buena para hacer lo que ha hecho.*
>
> *Nunca hemos hablado de lo que me ocurrió, y eso me gustó. No he querido hablar de ello con nadie, ni siquiera con la psicóloga que me enseñó su oficio, para mí lo esencial era reconstruirme. Pero este paréntesis de felicidad que he vivido desde el día en que te conocí en un parque merece que me sincere contigo. Sí, me gustaste desde que te sentaste en ese banco, si no, ¿de verdad crees que te habría*

dirigido la palabra de manera tan espontánea? Tenía yo razón, siempre hay una melodía que marca el momento en que dos personas se conocen.

De modo que esta es la historia del día en que se me paró el reloj.

Éramos miles en la línea de salida. Y pensar que unas semanas antes tendría que haber cogido un avión a Florencia…, pero la vida lo decidió de otra manera. La mañana se anunciaba serena, el cielo era de un azul resplandeciente, la brisa ligera sería mi aliada. Algunos corrían por asociaciones, otros para impresionar a su familia o, como yo, para demostrarse que uno es capaz de superarse a sí mismo, más aún que de superar a otros participantes. Ese es el espíritu de un maratón.

14:47, Commonwealth Avenue, un giro a la derecha en Hereford Avenue, otro a la izquierda.

14:48, llegaba por fin a Boylston Street, la última línea recta. Banderas de todos los países ondeaban en la brisa, detrás de las barreras el público nos animaba, nos decía: «bravo», «solo cien metros más», «solo cincuenta más», «tú puedes», «lo vas a conseguir», «estamos contigo»…

14:49, avanzaba a saltitos, sin fuerzas ya, como una marioneta desarticulada, pero decidida a no rendirme tan cerca del objetivo. Me fui hacia las barreras para descansar un poco sin molestar a los que venían detrás de mí, y de repente…

A las 14:50 estalló una bomba y salté por los aires.

Flotaba un humo acre en la acera a la que me había lanzado la onda expansiva. Durante unos segundos no pensé que la sangre en la que estaba inmersa era mía, y luego un hombre se precipitó sobre mí y se quitó el cinturón, pero yo no entendía lo que quería de mí. Su boca articulaba palabras que yo aún no distinguía, estaba aturdida por un silbido estridente. Me incorporé y le vi hacerme un torniquete por encima de las rodillas, le gritaba a alguien que apretara con todas sus fuerzas sobre mi carne abierta. La sangre brotaba al ritmo de los latidos de

mi corazón. Aparté los ojos y vi cuerpos desmembrados con la ropa en llamas, oí gritos, gemidos, y pensé que estaba a punto de morir y que nunca visitaría Florencia. Y luego solo tuve ojos para los demás, no por valentía, sino porque ser testigo del horror que me rodeaba me hacía pensar que nada de todo eso era verdad, y eso me mantenía con vida. Me llevaron en una camilla, la gente corría en todas direcciones, una mujer dijo que tenía los labios lívidos, que había perdido demasiada sangre, un velo opaco me cubrió, me sentí aspirada al interior de mi cuerpo y nada más.

Es curioso, pero el recuerdo que más me ha marcado es el de haber visto a mis padres juntos cuando desperté en el hospital, y las lágrimas de mi padre.

Sanji, de igual modo que yo no quería renunciar a esa carrera, no puedo dejarte renunciar a lo que has construido.

Basta muy poco tiempo para apreciar la valía de un hombre como tú. Un día, por retarme, me preguntaste si la distancia entre nosotros era la de un océano o la de ocho pisos. Es mucho mayor, cuarenta centímetros exactamente.

Es hora de que visite Florencia. Cuando leas esta carta, habré tomado un avión a Italia. Hay tantas cosas que me he prometido hacer… Gracias a ti o por tu culpa, pues en la habitación del Plaza en la que nos amamos me devolviste mi libertad y me diste alas.

Tanta gente deja de conocerse por equivocación, esto me lo enseñaste tú, pero nosotros hemos hecho lo contrario, y los momentos de felicidad de los que hablabas, esos los hemos vivido. Los conservo en mi corazón, como conservaré siempre una parte de ti.

Perdóname por escribirte en lugar de decirte esto de viva voz, pero no se me dan bien las despedidas.

Un día iré a pasear por las calles de Bombay, respiraremos el mismo aire, y sé que eso me hará feliz. Quién sabe, quizá nos encontremos en un parque.

Con infinita ternura,

Chloé.

*

—Se ha marchado esta mañana con una maleta. Me ha hecho jurar que no te llamaría —explicó Deepak, reuniéndose con Sanji bajo la marquesina.

Sanji dobló la carta y se la guardó en el bolsillo.

—He sido un estúpido.

—Tres normas, te pedí que respetaras tres normas de nada, ¿tan difícil era?

—Sí —contestó Sanji.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

Deepak volvió vestido de calle.

—Ven, Lali nos espera para cenar. Puesto que la señorita Chloé ya no necesita mis servicios, los demás pueden utilizar las escaleras.

Sanji paró un taxi, pero Deepak era hombre de costumbres y volvieron en metro a Spanish Harlem.

Lali había puesto la mesa para tres y preparado el plato preferido de su marido.

Al principio comieron en silencio, pero, ante la mirada inquisitiva de su tía, Sanji acabó por sincerarse.

—¡Tendrías que haber hablado tú con ella, no Sam! —protestó Lali—. Tendrías que haberle dicho que querías estar con ella más que nada en el mundo.

—¿Y eso qué habría cambiado?

—Pues todo, tonto. ¿Es que no has aprendido nada de lo que te conté?

—¿Puedo saber lo que le contaste? —preguntó Deepak con aire inocente.

Lali le hizo caso omiso y siguió dirigiéndose a su sobrino.

—¿Y por qué tiene que ser siempre así, por qué tenemos que ser nosotros los que hemos de dejarlo todo para ir a vivir a otro país? —se indignó ella.

—Lali, métete en tus asuntos —intervino Deepak.

—¿Es que la suerte de mi sobrino no es asunto mío? Cuando teníamos su edad, ¿no te habría gustado que algún miembro de nuestras familias nos apoyara?

—¿Es grande Florencia? —preguntó Sanji.

Lali se volvió hacia su marido con aire autoritario.

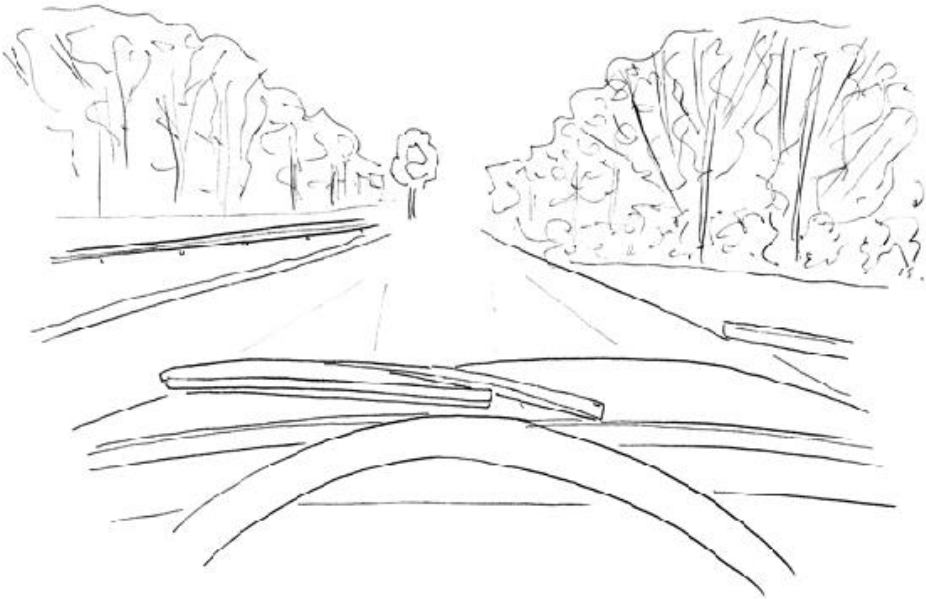
—¡De ninguna manera! —exclamó Deepak.

—¡Te doy un minuto! —le ordenó confiscándole el plato.

Deepak se limpió los labios, dejó con rabia la servilleta en la mesa y, por primera vez en treinta y nueve años de carrera, infringió la más sagrada de sus tres normas.

—La señorita Chloé está en casa de su madre, en Connecticut. Para tu información, después de animar a tu tía a vivir sin mí, cambié de idea y le propuse que nos fuéramos a construir una vida juntos, pero ¿qué importan los consejos de un viejo ascensorista? Y ya que todo se va al garete, ¡me voy a la cama!

*



26

Despuntaba el alba en la avenida Merrit.

Cuando el coche llegó a Greenwich, los faros iluminaban aún la carretera en la claridad rosada del día.

Al cabo de un largo camino, detrás de unos pinos plateados apareció una casa de madera clara.

La señora Bronstein abrió la puerta y observó a Sanji en el porche. Este se disculpó por llegar tan temprano. Ella se sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la bata y le preguntó si tenía fuego, antes de cubrir el mechero con la mano.

Dio una calada y volvió a mirarlo.

—No es tan temprano, nos hemos pasado la noche en el salón hablando. Puede entrar con ella, yo me quedo aquí, mi hija no me deja fumar dentro de casa.

Las brasas ardían con un fulgor rojo en la chimenea. Sanji le preguntó a Chloé si quería que pusiera otro tronco, pero ella prefirió que se sentara a su lado.

Nadie fue testigo de su conversación, aunque la señora Bronstein apareció poco después y le sugirió a su hija que fuera a visitar Bombay unas semanas en lugar de aburrirse en el sofá.

Dos o tres semanas de felicidad, ¿qué tenía que perder?

Y como era una persona culta, antes de irse a la cama mencionó un proverbio indio: «En el amor, iguales son los mendigos que los reyes».

*

Epílogo

Lali y Deepak han abandonado Spanish Harlem. Lali forma parte del consejo de administración del Bombay Palace Hotel. Deepak dirige un equipo de ascensoristas y vela por el perfecto mantenimiento de los tres ascensores manuales. Realizó su hazaña seis meses después de su llegada, y ahora sueña con el Kangchenjunga, una cumbre de 8586 metros.

El señor Rivera se ha instalado a una altura más modesta, en la quinta planta del número 12 de la Quinta Avenida. Con el deseo de hacer oficial su relación, la señora Collins se lo ha contado en secreto a la señora Zeldoff.

Cuando sus vecinos se cruzan con él en el ascensor, cada cual espera respetuosamente a que él pulse el botón.

En cuanto a Chloé y Sanji…

Bombay, 24 de mayo de 2020

Tu padre me ha sostenido la mano mientras te traía al mundo.

Me despierto en una cama de hospital en la que, por segunda vez, mi vida ha cambiado radicalmente.

En la vida todos tenemos trayectorias llenas de altibajos, como nos recuerda cada mañana tu tío abuelo Deepak.

He aprendido algo que no sospechaba. Cuando nos toca sufrir lo que nos parece lo peor, la vida nos reserva una maravilla inesperada: ella misma… Y tú eres la prueba de ello.

Este diario es para ti.

Tu madre.

P. D.: Lunes 13 de abril a las 14:50… Por qué, nunca lo entenderé. Pero «Long Live Boston».

*

Agradecimientos

A Pauline, Louis, Georges y Cléa.
Raymond, Danièle y Lorraine.

Susanna Lea.
Emmanuelle Hardouin.
Cécile Boyer-Runge, Antoine Caro.
Caroline Babulle, Élisabeth Villeneuve, Laetitia Beauvillain, Sylvie Bardeau, Lydie Leroy, Joël Renaudat, Céline Chiflet, y a todos el equipo de la editorial Robert Laffont.
Pauline Normand, Marie-Ève Provost, Jean Bouchard.
Léonard Anthony, Sébastien Canot, Danielle Melconian, Mark Kessler, Xavière Jarty, Julien Saltet de Sablet d'Estières, Carole Delmon.
Laura Mamelok, Cece Ramsey, Kerry Glencorse.
Brigitte Forissier, Sarah Altenloh.
Tom Haugomat.

Y al restaurante Mimi, desde donde he observado a tantos neoyorquinos.

MARC LEVY (Boulogne-Billancourt, Francia, 16 de octubre de 1961), es un novelista francés. Es autor de *Ojalá fuera cierto*, uno de los libros más vendidos en el panorama literario francés de los primeros años 2000, y que ha servido de origen para la película de Mark Waters *Just like heaven*, que en España se tituló igual que la novela.

Ingresó en la Cruz Roja como socorrista a los 18 años, y trabajó allí durante 6 años más. En 1984, se trasladó a los Estados Unidos y montó en la ciudad de San Francisco una empresa especializada en imagen digital (Rambow Images). Nueve años más tarde regresará a París para fundar junto a dos amigos un despacho de arquitectura (Eurythmic Cloiselec). Pero cuando contaba con 39 años, su vida da un vuelco cuando escribe un libro para su hijo.

Marc Levy es hoy en día un escritor de éxito. Entre sus próximos proyectos espera dirigir cine, una película producida por Dominique Farrugia.